CIRCULO DEL CRIMEN

LA LLAVE ESCONDIDA

GEORGE HARMON COXE

EDICIONES FORUM



150 Ptas.

Nº 43

Annotation

Cuando Kent Murdock salió de aquella fiesta en honor de los Spartans, un equipo de fútbol, no podía imaginar lo que le esperaba. En el asiento de atrás de su coche encontró el cadáver de uno de los asistentes a la reunión. ¿Qué hacer en tan comprometida situación? El instinto periodístico de Murdock ganó la partida: si el cadáver estaba en su coche, él debía ser quien encontrara al criminal.

La llave escondida

George Harmon Coxe

LA LLAVE ESCONDIDA

Kent Murdock - 19

Círculo del Crimen Nº 43

1

Aquel sábado por la mañana de principios de diciembre, Kent Murdock había recogido el ejemplar del Courier que el repartidor le dejara junto a la puerta y se puso a ojearlo sin preocuparse más que de las fotografías. Como jefe de los servicios gráficos, su interés siempre iba en primer lugar hacia los testimonios obtenidos por su gente y le agradó ver que el porcentaje de fotografías era más abundante de lo corriente, incluyendo dos estupendas sobre el incendio de un almacén, suceso ocurrido cuando él ya había vuelto a casa.

Ahora se encontraba de pie ante el mostrador de la cocina, bebiendo un zumo de naranja, mientras esperaba que estuviese listo el bollo que había metido en el tostador. Ya había echado agua hirviendo en la taza con café instantáneo y, una vez que su bollo estuvo bien cubierto de mantequilla, dio la vuelta al periódico y comenzó a mirarlo desde el principio, esta vez más atento a los artículos, hasta que algo le llamó la atención en la página 3. Lo tuvo que leer nuevamente para asegurarse de que no se trataba de una equivocación. No es que fuese algo sensacional, sino que mencionaba un nombre conocido.

A una columna se decía que se habían producido tres robos en las últimas veinticuatro horas y los relacionaban por orden de importancia. En un piso de Fenway habían sustraído dos abrigos de pieles y el equivalente a doce mil dólares en joyas, mientras los dueños de la casa se encontraban en el teatro; una tienda de repuestos de automóviles había sido forzada por una puerta que daba a un callejón, con la consiguiente pérdida de neumáticos, accesorios y una cantidad de dinero que no mencionaban. El tercer suceso merecía tan sólo unas líneas al final de la columna: alguien había penetrado en una oficina de la Calle Shaw, propiedad de un detective privado que se llamaba John Fenner. No decían si se habían llevado algo.

Este breve párrafo llegaría a convertirse en tragedia, pero en ese momento la reacción de Murdock fue a la vez humorística y escéptica. Hacía mucho que conocía a Fenner y respetaba su reputación como uno de los mejores detectives privados de la ciudad, cosa que había podido comprobar en más de una ocasión. Había estado en la pequeña oficina consistente en dos despachitos y lo primero que se le ocurrió en ese momento es que el ladrón se había equivocado.

—Jack Fenner —murmuró casi en voz alta—. ¿Qué diablos podía tener allí que interesara a nadie?

No se le ocurría nada, pero después de fregar los cacharros y poner la mantequilla en el frigorífico, miró otra vez la noticia. La leyó

con cuidado esta vez, especulando con la idea. Se llevó el periódico consigo al dormitorio, luego se colocó la corbata y la chaqueta de lana Shetland y comprobó los bolsillos. Del armario de la entrada cogió un abrigo y un sombrero marrón oscuro y se quedó un momento mirando la habitación sin verla realmente. Murdock era un hombre bastante alto, de constitución delgada y atlética, cuyo cabello oscuro y espeso empezaba a encanecer en las sienes. Se veía preocupación en los oscuros ojos y en el fruncido ceño al llegar a la calle y abrir la puerta de su coche. Conforme se retiraba de la acera se sentía ya tan intrigado por sus propios pensamientos que decidió dar un rodeo antes de dirigirse a su oficina.

Eran las nueve y cuarenta cuando encontró un sitio donde dejar el coche en la calle Shaw y retrocedió hasta la puerta, que se abría entre una ferretería y una tienda donde vendían aparatos de televisión. El sitio, aunque apropiado, se encontraba fuera del distrito de alquileres altos y los edificios de tres pisos, algo decrépitos, que se alineaban en aquel lado de la calle, se habían resignado a albergar una clientela de pequeñas oficinas de prestamistas, especialistas en numismática y filatelia, abogados, receptores de apuestas y algunos otros de más difícil clasificación.

No había ascensor, de forma que Murdock subió un tramo de escaleras y al llegar al segundo piso se dirigió hacia una puerta en el lado izquierdo. Sobre un cristal esmerilado se leía: John Fenner, sin dar más datos sobre actividades. Entró en una habitación cuadrada provista de una ventana y que ofrecía a los visitantes revistas y dos ceniceros de cristal.

La puerta interior estaba abierta mostrando el despacho de Fenner. Había dos hombres con él que precisamente parecían a punto de marcharse. Ambos se volvieron al oír que se cerraba la puerta e, incluso desde el punto en que se encontraba Murdock, su amplia experiencia como periodista le dijo que se trataba de policías de paisano, aparentemente de la comisaría del distrito. El más joven se le quedó mirando mientras el otro se despedía de Fenner.

—Está bien —dijo—. Si es así como lo prefiere... No podemos impedirlo. Si cambia de idea, llámenos.

Se aproximaba a Murdock, el más joven no le quitaba ojo. La mirada del de más edad brilló al reconocerle y Murdock encontró que aquella cara rechoncha le resultaba algo familiar al saludarle.

—Hola —dijo.

—Hola. Usted es Murdock, ¿no? Aquí no va a encontrar nada para el Courier. Este hombre quiere que le deje en paz.

Se marcharon y Murdock entró en el despacho. Se apoyó en el quicio de la puerta mientras sus ojos recorrían el recinto. Dos ventanas, una mesa colocada diagonalmente entre ellas, dos sillas, el

armario, la estantería, el archivador de acero. Rápidamente se dio cuenta de que el cajón superior, con su mecanismo de seguridad, estaba retorcido y que la superficie del mueble aparecía cubierta por el polvillo de detectar huellas.

Jack Fenner estaba sentado inmóvil detrás de su mesa. Era un hombre de aspecto nervioso y fuerte, casi de la misma edad de Murdock. Tenía la cara angulosa, los labios finos, orejas muy pegadas y agudos ojos de color ágata que no se quedaban parados ni un momento. Con su liso cabello oscuro y el «pico de viuda» en la frente, tenía un aspecto algo mefistofélico que pareció acentuarse al levantar la mirada hacia el visitante sin alzar la cabeza.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Murdock hizo como si no se diese cuenta del tono.

—¿Es así como recibes a un amigo?

—No —contestó Fenner después de haberlo pensado, y sin cambiar la expresión de su rostro—. Olvídalo. Empezaré otra vez. Buenos días, señor Murdock. ¿En qué puedo servirle?

Murdock se quitó el abrigo y se sentó. Continuaba mirando los restos de polvo del archivador.

—¿Quién estuvo buscando huellas?

—Algunos sabuesos del cuartel general.

—¿Han encontrado algo?

—No dijeron nada —Fenner se agitó un poco en su silla—. ¿Cómo te enteraste?

—He visto la noticia, muy pequeña, en el Courier. No me lo creía; es por eso por lo que he venido. ¿Qué se llevaron?

—Nada.

—¿Qué buscaban?

—¿Quién sabe?

—Vamos, vamos —Murdock esperó un rato sin obtener de Fenner más que un agrio silencio—. Ya sé que no buscaban dinero.

—¡Ja! —contestó Fenner—. Todo lo que poseo lo llevo en el bolsillo.

—Eso tengo entendido. Pero no me convence que estés tan serio porque alguien te estropeó tu archivador.

—Me costó mucho dinero.

—¿De veras? —hizo otra pausa antes de volver a preguntar—. ¿Cómo es que vino la Policía?

—Fue ese idiota de vigilante nocturno. Supongo que se le puede llamar así —Fenner se incorporó para coger un cigarrillo del paquete que había sobre la mesa y ofreció uno a Murdock—. Se trata de un viejo que se llama McLain. Se cuida de tres o cuatro de estos edificios en este lado de la calle. Comprueba las puertas y cosas así (no hay nada que merezca la pena robar en ninguna de estas oficinas

realmente). Viene cada dos horas, desde las ocho de la tarde hasta las cuatro de la madrugada —inhaló y expulsó el humo contra la ventana más próxima, su ceño se hacía más profundo—. De forma que comprobó la puerta del vestíbulo a eso de las diez de la noche y la encontró abierta. Entró, encendió la luz y vio que esta puerta se encontraba abierta también. Pensó que eso no era correcto, se asomó y vio el archivador reventado y los cajones de la mesa revueltos. En vez de llamarme a mí, llamó a la comisaría de donde enviaron un par de chicos y uno de ellos supongo que estaba intentando ascender a sargento.

Dejó de hablar un momento y apuntó a Murdock con su cigarrillo como para dar más énfasis a sus palabras:

—La mayoría de los policías, en estos casos, a menos que se trate de algo relacionado con seguros, o que crean que merece la pena, no se lo vayas a decir a ninguno de tus buenos amigos en la Policía, como el Teniente Bacon, que te he dicho esto, ni se preocupan de mirar y comprobar puertas y ventanas. Pero llegó un chico listo con un especialista en huellas, mientras a mí me lo estaban contando. Cuando llegué aquí se encontraba empolvado el mueble. Lo que no me explico es cómo llegó el asunto al Courier.

—Somos muy activos.

—Ya veo —contestó Fenner, todavía cavilando.

—¿Quieres decir que no hubieras dado parte?

—No. ¿Para qué quiero a la Policía husmeando en mis cosas?

Esta contestación dejó a Murdock pensativo y en el silencio que se produjo recordó algunas cosas que estimularon más su curiosidad. Durante mucho tiempo, Fenner había trabajado solo, aunque para muchos de sus trabajos necesitaba ayuda. No tenía más gastos de administración que un servicio que le recogía recados telefónicos y los trabajos esporádicos de una mecanógrafa del mismo edificio, cuando se cansaba de hacerse él mismo los informes. Hubiera tenido trabajo para dos hombres casi siempre, pero como no quería la obligación de tenerles que pagar cuando no hubiese nada que hacer, los contrataba por horas y enviaba la factura al cliente. Cuando le hacían falta ayudantes más especializados de los que se podían conseguir localmente, los traía de fuera de la ciudad.

Pensando esto, Murdock recordó que en el mes anterior había visto a Fenner un par de veces comiendo con dos hombres desconocidos y pensó que quizá estuvieran trabajando para él. Si se trataba de eso, todo parecía indicar que se había empleado un tiempo considerable en llegar a un acuerdo y que alguien había invertido una buena cantidad en contratar los servicios de Fenner. Pensando que no hacía ningún daño en preguntarlo, dijo:

—Esos hombres que estaban comiendo contigo en Kelly la semana

pasada ¿trabajaban para ti?

Fenner consideró la pregunta. Se tomó tiempo en acabar el cigarrillo y Murdock amplió lo dicho:

—Esa fue la segunda vez que los he visto. Eran forasteros, ¿no?

—De Nueva York.

—¿Han trabajado mucho tiempo contigo?

—Casi cinco semanas. Eso es lo que me pone furioso. Tenía el asunto ya preparado. Iba a entregarlo hoy o el lunes y... —miró con amargura el destrozado archivador y soltó un taco.

—Es mucho tiempo —dijo Murdock—. Mucho dinero. ¿Qué pensará tu cliente de todo esto?

—¿Cómo diablos lo voy a saber? Probablemente me echará de su oficina y me dirá que no me paga el resto de la minuta —soltó otro taco—. No puedo decir que se lo reproche.

—¿Se lo has dicho?

—Todavía no.

Murdock se levantó y se abrochó la chaqueta. Resultaba obvio que alguien que conocía las actividades de Fenner le había robado algunos informes. Sabía que no merecía la pena preguntar de qué se trataba ni la identidad del que le había contratado para ese trabajo.

—¿Qué vas a hacer?

—Empezaré a buscar.

—¿Yendo por las calles?

—Tengo algunas pistas —dijo Fenner—. Tres, en realidad. No sé si sacaré algo en limpio, pero voy a tratar de empezar tan pronto salgas de este despacho.

—Pero sin la ayuda de la Policía.

—Eso mismo.

Murdock se paró en el umbral y, pensando que el asunto estaba cerrado de momento, cambió a un tema más agradable.

—¿Vas al partido mañana?

Los reflejos metálicos de los ojos de Fenner parecieron alejarse al ajustarse su mente a esta otra pregunta. Sabía a qué partido se estaba refiriendo Murdock. Para los muchos miles de aficionados al fútbol profesional en esa parte del país solamente existía uno: el de los Spartans (el nombre que habían elegido para el equipo local los propietarios del mismo) y los Bisons. Uno de los dos tendría que jugar como representante de la parte oriental, contra el equipo ganador de la parte occidental la semana entrante, para ver quien se alzaba con el título de la Liga. En los últimos tres años, desde que había empezado la nueva organización de la Liga, esta era la primera vez que los Spartans habían llegado tan cerca del título y los aficionados estaban emocionados y a la vez llenos de esperanza, a pesar del hecho de que el equipo se encontraba con tres puntos negativos.

—Sí —contestó Fenner.

—¿Tienes entrada?

—Voy a ir con un amigo a un palco. ¿Y tú?

—Estaré en la tribuna de prensa.

—¿Con una cámara?

—Simplemente como espectador —antes de marcharse, Murdock señaló el archivador—. Buena suerte en este asunto, Jack. Si hay algo en lo que yo te pueda ayudar, no tienes más que decírmelo.

Fanner le dio las gracias. Le contestó que lo tendría en cuenta, pero se le veía poco convencido. Seguía hundido detrás de su mesa con mirada fija y resentida cuando se cerró la puerta de entrada.

2

Al día siguiente por la tarde, Kent Murdock vio a Jack Fenner en el descanso del partido, gracias a unos prismáticos que pidió prestados para observar los palcos situados debajo del suyo. Fenner se encontraba con otras cinco personas. Uno de ellos era desconocido para Murdock, pero sabía quiénes eran los otros: George Townsend, uno de los copropietarios del Spartans, y su esposa Laura; Ross Carlin, un antiguo tahúr que recientemente había ganado dinero en transacciones comerciales de tipo más legal, y Beverly Gordon, directora y copropietaria de uno de los mejores cabarets de la ciudad.

En ese momento, los partidarios del Spartans se encontraban un poco apagados a causa del resultado de 14-7 en contra de su equipo. Excepto un publicitario y un periodista que viajaban con los Bisons, el único ocupante de la tribuna de prensa que se sentía feliz con el resultado era un tipo llamado Clark Bailey. Se trataba del redactor deportivo del Courier, que estaba trabajando en el periódico desde que llegara a la ciudad procedente de alguna del Oeste. Su falta de lealtad hacia el equipo local era producto de un odio casi patológico. Murdock, que se encontraba sentado a su lado, sabía la razón de su odio, pero hasta que terminó el partido no pensó en el tema, porque hasta casi el último minuto y cuarenta segundos los Bisons no tuvieron el partido ganado.

Acababan de lanzar un tiro a la base de veintisiete metros que les había dado una ventaja de 20-17 cuando, como pasa algunas veces en el fútbol profesional, los Spartans reaccionaron. Un joven amigo de Murdock, Gary Hargrave, que solía jugar antes en el Ivy y cuya corta estatura le limitaba a recibir balones en el aire y a pasarlos ocasionalmente, aprovechó el siguiente saque y, ayudado por un cerrojo, retornó la pelota a la base de cuarenta y cinco metros. En este punto, un veterano de nombre Wade Altman se levantó del banquillo y se incorporó al juego.

Dos pases laterales, que casi pararon los relojes, llevaron la pelota a la base de veinte metros de los Bisons. Otro saque significó una ganancia de doce y los Spartans remataron. Dos pases incompletos (uno aparentemente deliberado cuando los defensas del Bisons atacaron, empujando a Altman) duraron solamente catorce segundos. Con la tercera y la décima, otro veterano llamado Charlie French cortó el campo diagonalmente desde la estrecha posición en que se encontraba, para quedarse solo en la esquina de la zona final y esperar a Altman que le lanzó la pelota desde diez metros. Todo lo demás se resolvió en mera rutina y dio un resultado de 24-20. Ahora, veinte minutos más tarde, un furioso Clark Bailey seguía a Murdock a través

de la masa jubilosa camino del aparcamiento.

En los primeros minutos, mientras Murdock intentaba sacar el coche y llegaban por fin a la calle, intentó argumentar contra el odio contenido en las palabras de Bailey. Negó que la reacción de los Spartans fuese cosa de la suerte, como el otro afirmaba. Trató de hacerle ver que la patada de Gary Hargrave se debía tanto al cerrojo de algunos de los delanteros del Spartans como a la rapidez y velocidad del mismo Hargrave. Mantuvo que los pases laterales eran difíciles de defender cuando se ejecutaban bien; también dijo que Charlie French había interceptado el pase de rebote, porque había cogido por sorpresa al circuito secundario de los Bisons o porque aquel pase era algo que los Bisons no esperaban.

Si Bailey estaba escuchando estos comentarios no hizo signo alguno de darse por enterado y pasados unos minutos Murdock optó por callarse y prestó atención al tráfico. La reacción de Bailey no era realmente la de un hombre que ha perdido una apuesta de diez dólares inesperadamente. Había otra cosa, algo maligno y profundo. Murdock cerró los oídos a los argumentos del otro y empezó a pensar qué era lo que realmente sabía sobre este hombre.

No le había llevado en su coche al campo porque fuesen muy amigos. Bailey tenía el suyo en el taller y había buscado una plaza libre. Murdock se dio cuenta de pronto de que Bailey no tenía amigos, excepto una chica que se llamaba Fay Loomis, que trabajaba como fotógrafo en el Club Beverly. Nadie en el Courier le llamaba amigo. En las últimas semanas se le había visto con Nancy Hargrave, ayudante del departamento femenino del Courier y hermana del futbolista que había rematado el juego hacía unos minutos. Pero Murdock tenía la idea de que esa relación no significaba nada, por lo menos por parte de Nancy.

Bailey escribía bien; sus compañeros estaban de acuerdo con eso. Pero era un solitario, poco constante y no tan eficiente como se hubiera podido esperar, y se decía que no dudaba en inventar una historia si le convenía. Como Murdock había salido poco con él todo esto lo sabía de oídas, pero recordaba que alguno de los compañeros había insinuado que Bailey tenía mal carácter y otro había dicho que debía haber nacido con el rencor ya puesto. Cualquier gesto amable que pudiera hacer, de tarde en tarde, parecía fingido y solía tener un aire beligerante que no intentaba ocultar.

Tendría unos treinta y cinco años, era delgado y de buena estatura. Cabello castaño oscuro y ondulado, haciendo juego con el bigote que llevaba muy bien recortado. Mirándole objetivamente, tenía buen aspecto en un sentido algo achulado y si sus compañeros de trabajo le aceptaban con reservas él sabía que algunas mujeres le encontraban atractivo, cosa que le hacía frecuentar cabarets y bares

cuando no estaba trabajando.

Ahora, de vuelta al Courier, continuaba quejándose con resentimiento. En este asunto le había ayudado la botella de medio litro, ahora casi vacía, que se había llevado al partido. Pero el odio ancestral por los Spartans, que parecía tan arraigado en su personalidad, había sido producido por un trabajo que él creía que tenía conseguido, para encontrarse con que sus posibles patrones no le habían ni tomado en cuenta.

Anteriormente, Bailey había hecho algo de publicidad para algunas empresas, con el fin de ganar algo más, cosa habitual entre periodistas. Cuando se supo que se iba a conceder a la ciudad una franquicia en la recientemente formada Liga de fútbol, Bailey se había subido al carro. Había puesto todo su empeño en fomentar la aceptación del equipo por sus nuevos propietarios. Utilizó sus columnas en el periódico, siempre que le fue posible, para vender la imagen del equipo entre el público. Los favores que hizo, y fueron muchos, estaban dirigidos por una sola idea: la nueva organización iba a necesitar un buen publicitario. Bailey quería el puesto. Lo repetía siempre en cuanto le daban la oportunidad. Y se aseguró de que los nuevos propietarios lo supieran.

Murdock no conocía la verdadera historia; no tenía idea del motivo de no haber aceptado a Bailey. Todo lo que sabía es que cuando llegó el momento de cubrir ese puesto, eligieron a un extraño. Desde aquel instante Bailey se dedicó a desprestigiar a los propietarios, a los jugadores, los resultados de los partidos y las recaudaciones.

—Está bien —dijo Murdock bruscamente—, vamos a dejarlo ya.

—¿Cómo? —Bailey le miró asombrado, por lo visto no se había dado cuenta de que continuaba gruñendo.

—Me están ardiendo las orejas. No has parado de protestar desde que salimos del aparcamiento y me parece que es bastante para una tarde. Los Spartans han ganado. Fue el mejor equipo y te apuesto cualquier cosa a que las estadísticas lo reconacerán así.

Bailey no contestó mientras el otro aparcaba. No se produjeron más discusiones mientras atravesaban el andén de carga y entraban en el pequeño vestíbulo, camino del ascensor. Mientras subían a sus respectivos pisos, Bailey preguntó:

—¿Vas a la fiesta?

—¿Fiesta?

—¿Qué te pasa? —la sonrisa de Bailey era sarcástica y las palabras que pronunció a continuación tenían un acento desagradable —. ¿No esperabas que invitasen a un enemigo como yo?

A Murdock se le debía ver la sorpresa retratada en el rostro, porque Bailey musitó algo en voz baja antes de seguir hablando.

—Una fiesta muy condicionada de antemano, según tengo entendido. Si los Spartans pierden, no hay fiesta. Si ganan, se celebra. No se trata de una reunión para muchos, solamente un grupo selecto —golpeó el pecho de Murdock con el índice—. ¿Sabes por qué me invitaron? Porque creían que si ganaba el equipo yo no iba a asomar la cara. Si no voy, ellos pueden pavonearse. Pero yo tengo algo que decir. Pero, aún así, necesito que alguien me lleve, ¿te importa?

—Está bien —dijo Murdock al abrirse la puerta del ascensor al llegar a su piso.

—No voy a tardar mucho en escribir la historia —dijo Bailey—. Llámame cuando te vayas a ir.

Durante veinte minutos Murdock estuvo muy ocupado en el estudio, comprobando las copias de los fotógrafos que habían cubierto el partido. Se había colocado uno en cada lateral y otro en la tribuna de prensa, con teleobjetivos. De más de veinte copias seleccionaron seis y mientras los fotógrafos escribían los pies que identificaban el momento y el nombre de los jugadores, Murdock entró en su oficina y llamó al Club Beverly.

Sabía que cerraba los domingos, pero si iban a celebrar una fiesta los preparativos se harían allí. Estaba en lo cierto y el camarero que contestó al teléfono lo confirmó.

—Seguro que hay una fiesta, señor Murdock. Han estado haciendo sandwiches como locos en la cocina y yo me marcho ahora mismo con las botellas y el hielo. La gente del motel pondrá los vasos.

Murdock se recostó en la silla y encendió un cigarrillo. Se dibujó una leve sonrisa en su delgado rostro al pensar en la «fiesta» que tres incondicionales del Spartans habían ideado de forma improvisada, tres noches antes. Como bien había dicho Clark Bailey, se trataba de un acto condicionado. En el caso de que el Spartans ganase, el servicio del Club Beverly prepararía las cosas esenciales y se habían hecho tentativas para alquilar parte de un motel, ya que el Club no podía abrir un domingo.

No iba a ser una fiesta de la victoria en el sentido estricto; esa se celebraría a la semana siguiente si los Spartans ganaban la Liga. Ahora se trataba de una idea que había gustado a George Townsend y a Beverly Gordon que se encontraban cenando en el club y al joven Gary Hargrave, que era probablemente el jugador más rico de cualquier Liga.

Se había corrido la voz. Los tres directores habían invitado a algunos jugadores, a sus esposas, si las tenían, y a algunos de fuera a los que consideraban amigos. Murdock era uno de esos y, aunque se había sorprendido de que Bailey hubiese sido invitado, comprendía la razón latente tras esa invitación. No estaba seguro de lo que iba a suceder, pero le producía curiosidad el anticipar el desarrollo de la

fiesta. Cogió el teléfono para preguntar a Bailey si estaba preparado, éste contestó afirmativamente y Murdock le pidió que le esperase junto al coche.

Clark Bailey le pidió otro favor más a Murdock, ya de camino y después de haber pasado delante del viejo edificio de piedra donde se encontraba el apartamento del segundo.

—¿No te importa parar un momento en mi casa? Quiero coger otro abrigo. Está sólo a manzana y media de aquí. Al llegar a la esquina tuerces a la derecha.

Murdock le echó una mirada y se dio cuenta de lo quería decir. Hacía frío cuando él salió de su casa por la mañana y como precaución había cogido dos abrigos, el marrón que ahora llevaba puesto y la gabardina que había dejado en el asiento del coche. Ahora ya parecía que la lluvia no iba a hacer su aparición, pero seguía haciendo frío y comprendió por qué Bailey deseaba cambiar su gabardina por algo más abrigado.

Torció como le había indicado, disminuyó la marcha al llegar a la próxima bocacalle y llegó finalmente a un edificio antiguo similar a los de su alrededor. Había un sitio para aparcar muy cerca y una vez parado el motor, Bailey le dijo:

—Sube y nos tomamos una copa.

—No, gracias.

—Me quiero lavar un poco. Puedo tardar unos minutos.

—No te preocupes.

—Venga, sube —insistió Bailey con su tono irónico—. Sé amable por una sola vez. No estarás enfadado porque me metí con los chicos del Spartans, ¿verdad?

Murdock tenía la contestación en la punta de la lengua, pero se había cansado de discutir, estaba ya harto de Bailey. Como era más cómodo transigir que continuar tercamente en su negativa, suspiró mientras abría la puerta.

—Está bien —dijo—. Pero vamos a darnos prisa.

El apartamento de Bailey se encontraba en un piso tercero. El salón carecía de estilo. Los pesados muebles y las viejas alfombras tenían lógica en un piso de soltero, pero la impresión que sacó Murdock fue de algo bastante vulgar y no muy limpio. Bailey acrecentó el desorden al dejar su gabardina en el sofá, invitó a Murdock a quitarse el abrigo y sentarse y luego se alejó encendiendo luces. Se oyeron ruidos en la cocina y volvió rápidamente con una botella de Bourbon bajo el brazo y un vaso con hielo en cada mano.

Sirvió whisky y ofreció a Murdock uno diciendo:

—¡A tu salud! —tomó un largo trago, luego se dio la vuelta y salió nuevamente al vestíbulo con paso poco seguro. Encendió una luz y Murdock vio el dormitorio al fondo del vestíbulo. Sonó otro

conmutador ren algún otro lugar y se oyó ruido de agua. Bailey apareció dos o tres minutos más tarde muy peinado y con una extraña expresión en el rostro. Se quedó parado en el umbral con un gesto duro. Sus ojos parecían haberse empequeñecido y había sospecha en ellos, moviéndose despacio de una pared a otra, sin mirar a Murdock, pero sin perder detalle del contenido del salón.

—Aquí ha entrado alguien —dijo finalmente con acento cortante.

Murdock, que se estaba interrogando sobre el cambio producido en el rostro del otro, siguió mirándole. Le vio acercarse a la mesa de despacho. Sobre ella había una fotografía del propio Bailey enmarcada en cuero; parecía haber sido tomada unos años antes: estaba sonriendo. Bailey la quitó y examinó los papeles extendidos en la superficie. Cerró dos de los cajones entreabiertos. Se dio la vuelta con el ceño fruncido. Se acercó a una cómoda baja, en el otro lado de la habitación, abrió y cerró los cajones.

—¿Qué quieres decir con eso de que alguien ha entrado? —preguntó Murdock.

—Eso. Lo he notado en el dormitorio. Las cosas no están tal y como yo las dejé. No me di cuenta al principio, pero ahora está claro.

—¿Se han llevado algo?

—No lo sé.

Bailey miró su vaso y lo encontró vacío. Cogió la botella y se echó más whisky sobre el hielo medio deshecho. Durante unos segundos pareció olvidar la presencia de Murdock. Dejó la botella sin ofrecérsela y finalmente se aproximó a un armario de la entrada y sacó un abrigo de color gris. Se lo puso y cerró la puerta. Después de apurar el vaso levantó los ojos hacia Murdock.

—¿Por qué? —preguntó éste dándose cuenta de que la preocupación de Bailey era auténtica.

—¿Por qué, «qué»?

—¿Qué podrían buscar aquí?

No contestó a esto y como el silencio continuaba, Murdock lo rompió:

—¿Tienes alguna idea sobre alguien?

—Quizá. Podría hacer tres conjeturas y quizá encontrar a… Bueno, olvidémoslo. Vámonos. Vámonos a la fiesta.

Murdock se levantó y dejó el vaso. Miró otra vez la habitación. Cuando se dirigía camino de la puerta una de las frases de Bailey se le vino a la memoria. Era parecida a otra que había oído no hacía mucho, pero fue más tarde cuando recordó que esa frase la había pronunciado Jack Fenner, en respuesta a su pregunta sobre si tenía idea de quién había podido forzar su archivador.

3

El motel, que los tres organizadores habían alquilado para su fiesta «condicionada», era una construcción de ladrillo en forma de U cuya parte abierta daba a la calle. En esa época del año, la falta de público había hecho que cerrasen el ala izquierda, pero precisamente esa noche habían abierto la parte frontal derecha de ese ala (utilizada en la temporada alta como comedor). En la parte frontal derecha se encontraba la oficina y la cafetería, varios coches aparcados indicaban que estaban ocupadas cerca de una docena de unidades.

El aparcamiento del comedor se encontraba delante del mismo y ya había entre dieciocho o veinte coches cuando llegó Murdock. Su gabardina continuaba en el asiento posterior del vehículo y pensó que estaría más segura allí. Al dirigirse, junto a Bailey, camino del iluminado salón, pudo escuchar débilmente música interpretada al piano. Al abrir la puerta principal y entrar tras Clark Bailey, esa música le sonó conocida y observó que la fiesta ya estaba en su apogeo.

Pudo apreciar también que el servicio del Club Beverly había actuado con prontitud y eficiencia. Habían apilado las sillas y mesas contra una de las paredes con el fin de dejar sitio suficiente a los invitados para moverse o bailar si lo deseaban. Había una gran mesa cerca del vestíbulo interior con platos que contenían sandwiches. Dos camareros presidían otra mesa parecida, no muy lejos de la primera. Reconoció a tres coristas del club, que bailaban con los gigantescos jugadores del Spartans; el pianista, Gene Drake, solía ser el director de la orquesta otras veces y el relámpago de un flash le indicó que Fay Loomis se encontraba trabajando, al igual que solía hacer en el club los otros días de la semana. Al ver a dos de los anfitriones, George Townsend y Beverly Gordon, se aproximó a ellos para saludarlos.

Estaban casi rodeados por un grupo que les daba la enhorabuena, de forma que se tuvo que limitar a decir «hola» y comentar que el partido había sido todo un acontecimiento, ellos asintieron, preguntándole si no se había ya provisto de una copa. Contestó que iba por una y navegó hasta encontrarse con Gary Hargrave que estaba charlando con su hermana Nancy.

—Hola Kent —dijo Nancy, que a pesar de su dinero y posición social era una chica agradable y sencilla—. ¿Viste cómo se comportó el Tigre? —y pellizcó el brazo de su hermano—. ¿No crees que estuvo fantástico?

—Maravilloso —dijo Murdock y dio la mano a Hargrave—, también fue maravillosa la compenetración de todos.

—No nos quedaba mucho tiempo, ¿verdad? No me dejaban

moverme —el chico sonreía feliz—. Casi me doy por vencido, pero fueron Wade Altman y Charlie French quienes consiguieron romper el cerrojo… y hablando del rey de Roma —miró por encima del hombro de Murdock al ver que Charlie French se acercaba con una copa en la mano y un aspecto tan feliz como el de su compañero.

Murdock le estrechó la mano y repitió sus felicitaciones. Estaba comparando mentalmente a los dos jugadores y se preguntaba cómo podrían ser tan buenos amigos siendo tan diferentes.

Hargrave debía de tener poco más de un metro setenta y cinco de estatura y pesar alrededor de los setenta y cinco kilos. Era rápido, bien parecido y rico. Tenía la nariz correcta sin cicatrices y conservaba toda la dentadura. El pelo castaño oscuro, cortado muy corto, y ojos de un azul oscuro, iguales a los de su hermana. Se trataba de un joven extrovertido, impetuoso y vehemente. Tenía el aspecto de las personas de dinero y un comportamiento propio de los que siempre han tenido una excelente posición social, buenos colegios y varios millones de dólares, con la promesa de más cuando muriese su padre.

French, por el contrario, era ocho o nueve años mayor, un tipo huesudo y desgarbado con cabello rubio que empezaba a clarear. Tenía viejas cicatrices en las cejas y su nariz algo desviada solía estar enrojecida durante la temporada a causa de los puñetazos de los contrarios a los que intentaba detener. No todos sus dientes le pertenecían ya, pero su sonrisa era atractiva y sincera. Como jugador itinerante que nunca había ganado demasiado dinero, había participado en las Ligas nacionales y en la de Canadá antes de firmar con los Spartans. En ese momento, con una amplia sonrisa amistosa, se encontraba explicando a Murdock los pormenores del partido cuando vieron acercarse a Clark Bailey, que se aproximó a Nancy Hargrave y rodeó su cintura con familiaridad, aunque levemente.

—Bien, bien —dijo mientras se tambaleaba, añadiendo abiertamente resentido— «los correcaminos» en persona. Os fue bien hoy, ¿verdad?

—Ganamos —replicó tajantemente Hargrave.

—Pues ya lo podéis celebrar. Probablemente será la última oportunidad que tengáis de hacerlo —Bailey puso su vaso bajo la nariz de Hargrave—. Tengo una exclusiva sobre el Spartans y la voy a contar. Voy a contar asuntillos de alguno de los chicos y luego veremos qué sucede.

Nancy Hargrave parecía ignorar aquella mano en su cintura. Estaba mirando a Bailey con atención, la expresión del bello y joven rostro parecía remota y su tono sonó altivo al preguntar:

—¿Estás un poco bebido, Clark?

—Algo. ¿Quieres conocer mi exclusiva?

—En otra ocasión cariño —y se retiró con gracia, dejando

colgando el brazo de Bailey. Miró el vaso de French—. ¿Por qué no me traes uno de esos Charlie?

Murdock se alejó al mismo tiempo que ellos. Cuando se aproximaba al piano pudo oír que Bailey le decía algo a Hargrave y. aunque se encontraba demasiado lejos para oír la respuesta, se dio cuenta de que éste había reaccionado con enfado.

Murdock era un admirador de Gene Drake por una razón muy sencilla: le gustaba su manera de tocar el piano. El pianista había trabajado en varios lugares nocturnos de aquel distrito, muchos de ellos pequeños y no muy buenos. Nunca había sido ambicioso y aunque colaboraba a veces con orquestas, generalmente trabajaba solo o con un trío. Beverly Gordon le había hecho director y le había encargado los arreglos musicales al abrir el club, de forma que se había convertido en una costumbre del lugar desde hacía más de un año. En este momento se encontraba tocando suavemente para unas cuantas parejas y cuando Murdock se aproximó y se apoyó en el piano, él levantó los ojos y le hizo un guiño. Se trataba de un hombre alto y demacrado de color pálido, con aspecto poco robusto.

—¿«Sweet Lorraine»? —insinuó Murdock.

—Ahora mismo —contestó Drake—. Tan pronto como les haga bailar a esos otro poco.

Murdock se quedó esperando y observó que Drake tenía una mejilla inflamada. El cigarrillo que se quemaba en la comisura de los labios ya tenía sólo un par de centímetros de longitud, al igual que la ceniza que se mantenía colgando. Era una vista familiar para Murdock y se trataba por lo visto de una costumbre adquirida por Drake durante sus años de estudiante de piano. Había aprendido a torcer la cabeza de forma que el humo no le entrase en los ojos. No solía inhalar del cigarrillo, sino que sencillamente le dejaba quebarse, sin hacer caso de la ceniza que se le caía en cualquier sitio, y no se preocupaba de tirarlo hasta que empezaba a quemarle el labio. Ahora, al terminar lo que estaba interpretando, pareció acordarse de la colilla y la echó en un cenicero de cristal que se encontraba al final del teclado, entre otras igualmente manchadas de nicotina. Flexionó los dedos y atacó un par de cuerdas. Luego cogió otro cigarrillo y Murdock le ofreció fuego.

—¿Qué te ha pasado en la mandíbula?

—¿Mandíbula? —Drake se palpó la hinchazón—. Una muela infectada.

—¿Has ido al dentista?

—¿Dentista? Claro. Me dio unas pastillas. Dijo que me la sacaría cuando se me bajase la infección.

Estaba mirando por encima del piano cuando empezó a tocar. Jugueteó un poco antes de atacar «Sweet Lorraine». Sus dedos largos y

delgados comenzaron a crear una melodía plena, salpicada de intervalos. Murdock escuchaba fascinado, disfrutando sinceramente de la carencia de arpegios que la mayoría de los pianistas gustan de insertar, aunque no sea más que para demostrar de lo que son capaces.

Permaneció allí hasta que Drake empezó a tocar la segunda parte, fue entonces cuando reparó en que el otro seguía con la mirada fija. Esta concentración le hizo finalmente volverse y se dio cuenta de que el objeto que tanto interesaba a Drake era Fay Loomis. Esta acababa de fotografiar a un grupo cercano a la puerta y Murdock continuó mirándola hasta que comenzó a cruzar el salón. Cuando se dio cuenta de que ella le había visto le indicó que se acercase.

Llegó rápidamente. Se trataba de una chica delgada pero bien proporcionada, con cabello rubio bastante largo y, en aquel momento, un exceso de maquillaje en los azules ojos. Tenía la cara demasiado chupada, la boca exageradamente pintada era grande para poder considerarla bonita, su atractivo tenía la calidad de lo vulgar. El sabía que poseía unas piernas largas y bien formadas, porque antes utilizaba un breve atuendo como vendedora de cigarrillos en otro club, antes de comenzar a trabajar como fotógrafo. Hasta que Clark Bailey se convirtiera en el hombre más importante de su vida, todo el mundo la había considerado como la chica de Gene Drake y Murdock se preguntaba si Drake se sentiría todavía interesado. Ahora, al pararse delante de Murdock, le ofreció su sonrisa más profesional.

—Buenas noches, señor. ¿Puedo tomar su foto?

Murdock le dijo que no sonriendo.

—¿Qué es esto? —le preguntó—. ¿Cómo es que trabajas en domingo?

—Ya lo ves. Únicamente que esta noche no tengo que vender nada y es un alivio. —se retocó el rubio cabello y sonrió a Drake que la estaba mirando con aprobación, sin dejar de tocar—. Beverly pensó que sería una buena idea. Ya sabes, sólo para divertirnos. Me pidió que lo hiciera y yo acepté. Siéntate junto a Gene, por favor. Será un cambio, ¿no crees? El fotógrafo retratado.

Murdock, divertido por su entusiasmo, se cambió de postura de forma que tanto Drake como él pudieran aparecer en la fotografía. Cuando trabajaba en el club, Fay utilizaba una cámara complicada; ahora sostenía una pequeña con flash incorporado. Cuando se retiró un poco para enfocarles, Drake continuó tocando, con el rostro un poco vuelto y el cigarrillo a medio fumar en la comisura de los labios.

Se vio el relámpago del flash y Murdock abrió y cerró los ojos varias veces para quitarse la sensación de deslumbramiento. Luego le preguntó a Drake si quería una copa, a lo que el pianista contestó:

—No, gracias.

—Cuando te sientas con ganas, ¿tocarás «*I can't get started*»?

—Es una de las que más me gustan. La letra también.

Durante la hora siguiente no sucedió nada que a Murdock le pareciera de interés. Estuvo hablando con unos y con otros, se sentía satisfecho y relajado. Pensó vagamente en bailar y miró a su alrededor para ver si encontraba a Nancy Hargrave, pero como no la vio olvidó su idea. En dos o tres ocasiones durante aquella hora vio a Clark Bailey, siempre con un vaso en la mano y aparentemente discutiendo con alguien. Más tarde recordaría otras cosas, pero en aquel momento se dio cuenta de que Bailey se encontraba enfrascado en lo que parecía una pelea verbal muy intensa con Charlie French y Wade Altman, otro de los jugadores. Más tarde advirtió que Bailey y George Towsend estaban en una esquina y por su actitud y gestos y las mandíbulas apretadas pensó que no mantenían una charla de amigos.

Esto no le sorprendió, ya que Bailey había sugerido que iba a llegar dando palos. Se le ocurrió que Bailey podía estar pasándose, y eso fue exactamente lo que sucedió un poco después, mientras Murdock se encontraba en un extremo del bar esperando que le sirvieran una nueva copa. Nadie se encontraba cerca de él en ese instante y al mirar a su alrededor vio cómo Bailey y Gary Hargrave pasaban junto a él y se iban hacia el vestíbulo interior.

Pasaron a pocos metros de él sin verle. Caminaban en silencio con sombríos rostros y labios apretados. Ambos tenían la cara enrojecida. Entonces, porque la escena tenía un algo de amenazador, cogió su copa y salió para verlo mejor. Se dio cuenta de que el vestíbulo terminaba en unas puertas metálicas que lo separaban por aquel lado del resto de las habitaciones del motel. Había otras puertas parecidas frente a frente y llegó a tiempo de ver a los dos hombres desaparecer a través de una situada a la derecha.

Murdock se quedó donde estaba, haciendo especulaciones y sintiendo que su curiosidad iba en aumento, pero no tuvo que esperar mucho tiempo. En lo que le pareció menos de un minuto se abrió la puerta y Hargrave apareció en el vestíbulo. Su hermoso rostro se mostraba tranquilo, pero los ojos azules estaban sombríos y distantes y tan absortos que pasó a pocos metros de Murdock sin verle.

Murdock tenía una idea bastante concreta de lo que podía haber sucedido y fueron las manos de Hargrave las que le confirmaron sus pensamientos. Llevaba el puño izquierdo cerrado y se lo frotaba con la palma derecha, en un gesto que a Murdock le parecía familiar. Lo había hecho él mismo en alguna ocasión y la conclusión era muy sencilla: Hargrave acababa de hacerse daño en los nudillos. Un sitio adecuado podría haber sido la mandíbula de Bailey y como esto era algo que había que comprobar, Murdock se aproximó a la puerta y le complació ver que su sospecha se confirmaba.

Se trataba de una pequeña habitación para huéspedes, con una

cama mueble y la decoración normal de cualquier motel. Había otra puerta que conducía al exterior y al aparcamiento, pero no prestó atención a esto. Clark Bailey estaba en el suelo con las piernas abiertas y la cabeza apoyada en la pared de tal forma que la barbilla reposaba en su pecho.

Era evidente que se había confiado demasiado y Murdock no se paró a analizar el impulso que le llevó a plasmar la escena para la posteridad. La experiencia le había enseñado que el momento de tomar una fotografía es cuando éste se presenta. No era aconsejable retrasarlo, de forma que salió rápidamente de la habitación, sin razonar el motivo pero con la certeza de que dejar constancia de la derrota de Bailey era algo apropiado y necesario. Podría quizá haber algo de ’ satisfacción en la idea de que lo que había sucedido era lógico, pero lo importante ahora era volver junto a Bailey antes de que se recuperase del puñetazo de Gary Hargrave.

Encontró a Fay Loomis hablando con dos de los jugadores y le pidió que le prestase su cámara un minuto.

—¿Tienes rollo suficiente?

—Mucho. Usa el que quieras.

Camino del vestíbulo se le ocurrió andar más despacio. No quería que nadie se diese cuenta, de forma que acabó su copa y la puso en la mesa. Entró en el vestíbulo, se aseguró de que no había nadie mirando, luego se coló en la habitación y cerró la puerta. Comprobó la cámara y se subió a una silla para hacer la foto desde un ángulo mejor. Abrió el objetivo y cerrando los ojos un instante para que no le deslumbrase el flash, disparó la máquina.

Bailey no se había movido y Murdock le miró desde arriba con gesto divertido en sus ojos oscuros y una sonrisa en los labios. Se dio cuenta de que había una marca en un lado de la mandíbula del periodista y percibió un hilillo de sangre en la comisura de la boca. La respiración era la lógica en un borracho que se ha dormido con la boca abierta y Murdock pensó que, en parte, el alcohol era igualmente responsable de su caída.

Cuando volvió al salón principal observó que Fay Loomis estaba bailando, de forma que se apoyó en la pared y encendió un cigarrillo, bastante complacido con lo que había visto y con su propia actuación. Mañana le pediría el negativo a la chica para sacar un par de copias y se dio cuenta de que disfrutaba pensando en el momento de enseñárselas a Bailey.

Dos o tres minutos más tarde vio a Charlie French pasar junto al bar y penetrar en el vestíbulo. Su cuerpo musculoso y desgarbado aparecía relajado y Murdock le estuvo mirando sin que el otro se diera cuenta por el rabillo del ojo. Sabía adonde se dirigía French y no le sorprendió que desapareciera de su vista. French y Hargrave eran

amigos. Este último debió de haberle contado lo sucedido. Ahora French iba a echar una ojeada y Murdock se quedó donde estaba, esperando ver lo que sucedía a continuación.

Dejó pasar un minuto y luego otro antes de acercarse al vestíbulo. Lo recorrió con la mirada encontrándolo vacío. Esperó otro minuto o dos y ahora, ya preso de curiosidad, se aproximó a la puerta de la derecha. La abrió lentamente, sin saber lo que podía encontrar. Abrió otro poco más y finalmente entró en la habitación que estaba vacía.

Se quedó un momento parado, tratando de evaluar este descubrimiento, con los ojos oscuros pensativos y el ceño fruncido. Finalmente, miró la otra puerta que ya viera antes y comprendió lo que había sucedido.

Seguramente Charlie French había encontrado a Bailey inconsciente, borracho o quizá ambas cosas. No deseando introducirle en el salón para probablemente provocar otra escena, se lo había llevado fuera con el propósito de espabilarle un poco.

Aceptando esta conclusión Murdock cruzó la habitación y salió al exterior por la puerta principal para encontrarse en un sendero techado sobre el aparcamiento, frente a las unidades iluminadas del otro ala del edificio. A su izquierda, en el lado cerrado de la U, el sendero parecía vacío en la oscuridad, de forma que se dirigió hacia la derecha. Pasó ante las ventanas iluminadas del salón en fiesta y dio la vuelta a la esquina; se quedó indeciso al ver a un hombre de pie entre las sombras, entre él y la entrada principal. Se dio cuenta de que tenía un cigarrillo encendido al acercarse a él y oyó el saludo de Gene Drake:

—Hola Kent. Sienta bien el aire fresco, ¿verdad?

Murdock asintió, pero sus ojos se movían escudriñando el aparcamiento delante del edificio. Captó el ruido de dos o tres coches con el motor en marcha y percibió una luz leve en el asiento posterior de uno de ellos, aparentemente un cigarrillo o un mechero. Esto le indicó que algunas parejas habían decidido que era más divertido estar en un coche con calefacción que en un comedor lleno de gente.

A la izquierda se abrió y se cerró la puerta de la cafetería y vio a una mujer que se aproximaba a ellos. Un reflejo de luz se posó levemente en el cabello rojizo y se dio cuenta de que era Beverly Gordon. Llevaba un largo abrigo de visón sobre los hombros y al verlos se paró un momento.

—Hubo algo imposible de conseguir —dijo con un gesto que señalaba la cafetería—. Un teléfono.

—Lo preparaste de maravilla —le dijo Murdock.

—¿Te lo estás pasando bien?

—Estupendamente. Fuiste muy amable al invitarme —dudó un momento y luego, deseando una contestación a algo que le había

tenido intrigado, dijo—: Dime que no es asunto mío si quieres, pero, ¿quién invitó a Clark Bailey?

La risa de Beverly Gordon fue corta e imprevista.

—Le invitamos entre todos, como una broma. No creímos que aceptase.

Se alejó mientras hablaba y se metió en el edificio. Pocos segundos más tarde se oyó la portezuela de un coche en el lugar del aparcamiento. Murdock oyó el taconeo de una mujer y cuando la figura se aproximó vio que se trataba de Nancy Hargrave. Iba cabizbaja, con los brazos cruzados sobre el pecho, en una especie de autoabrazo. Sintió curiosidad, preguntándose con quién habría estado antes de que ella los viese y se quedase dudando.

—Brrr. ¡Qué frío hace aquí fuera!

—¿Incluso con la calefacción puesta? —preguntó Murdock.

—Con o sin ella —contestó la chica y se marchó.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Murdock tiró el cigarrillo y se quedó contemplando el abanico de chispas en la oscuridad producido por el choque de la punta encendida contra el suelo. Durante unos cuantos segundos estuvo pensando si le preguntaría a Drake si había visto a Charlie French o a Clark Bailey, pero se dio cuenta de que no tenía mucha importancia y que además a él no debería importarle el asunto, se dio la vuelta camino del salón.

—Vas a coger una pulmonía ahí fuera, Gene.

—En el momento que termine este cigarrillo me voy para adentro —contestó Drake sin moverse de donde estaba.

Murdock continuaba con la cámara en la mano, de forma que se puso a buscar a Fay Loomis, andando lentamente. Tres o cuatro minutos más tarde se abrió la puerta y la vio entrar. No pareció verle al principio, de forma que se aproximó a ella para darle la cámara.

—Gracias —le dijo—, te había estado buscando.

—Fui al coche a coger cigarrillos. ¿Tomaste la foto que querías?

Murdock asintió y se aproximó al bar para tomar lo que, se dijo a sí mismo, sería su última copa. Estuvo charlando con el camarero y al mirar el reloj se sorprendió de ver que eran solamente las ocho y media. Se daba cuenta de que al anochecer tan pronto en esa época del año parecía que tenía que haber sido más tarde, pero luego decidió que ya estaba bien de fiesta. Se terminó la copa y una vez más cruzó el salón para buscar a los anfitriones y despedirse.

Encontró a Gary Hargrave en primer lugar. Su hermana estaba con él, así como Charlie French, al cual Murdock no recordaba haber visto entrar en el salón. Se preguntó cuanto tiempo llevaría aquel gigantón allí, pero se daba cuenta de que no debía mencionar nada de lo sucedido, de forma que se puso a hablar de cosas sin importancia.

Tomó la mano izquierda de la chica y la estrechó con dulzura.

Ella sonrió aprobando su gesto. El dijo entonces que esperaba verla al día siguiente en la oficina y ella asintió. Estrechó la mano de Charlie French y le volvió a dar la enhorabuena por el toque final en el partido. También le dio la mano a Gary Hargrave tomando nota de que el agradable y juvenil rostro no indicaba nada que pudiera tener relación con lo sucedido poco tiempo antes. Murdock dijo que era una fiesta estupenda y Hargrave contestó que se alegraba mucho de que lo hubiese pasado bien.

Continuó andando pero no vio ni a Bailey ni a Beverly Gordon, encontró a George Towsend con dos jugadores y un ayudante del entrenador. Towsend, un hombre grande y corpulento de músculos fláccidos, parecía estar pasándoselo bien. Se trataba de un abogado de buena reputación en el pasado. Poseía buenas maneras sociales y se comportaba educadamente, tratando de no olvidar nunca los detalles. Tenía un aspecto próspero y vestía bien, pero era sabido que hacía poco caso de sus negocios y de su mujer desde hacía algunos meses a causa de los encantos de Beverly Gordon. El estar en posesión de varias acciones del Spartans era para él un orgullo y se encontraba de excelente humor cuando estrechó la mano de Murdock y le dio las gracias por haber acudido.

—¿No está aquí Laura? —preguntó Murdock, refiriéndose a la esposa.

—Le dolía la cabeza —contestó Towsend sin inmutarse—. No le gustan demasiado las fiestas, por lo menos las de este tipo.

—No veo a Beverly.

—Debe de estar por ahí.

—Bien, ¿te importa darle las gracias en mi nombre y decirle que me ha gustado mucho la fiesta?

Towsend contestó que así lo haría y Murdock se despidió con un gesto de los dos jugadores y el entrenador.

—Que lo hagáis igual de bien el próximo domingo, muchachos.

—Eso queremos, señor Murdock —contestaron con toda sinceridad.

Al alejarse, Murdock volvió a mirar para ver si encontraba a Clark Bailey, luego se rindió, diciéndose: «Que se vaya al cuerno. Hay suficientes coches por aquí y no me voy a molestar más buscándole.»

De forma que, tranquilizado, se olvidó del asunto y se dirigió a buscar su abrigo y sombrero en el perchero cercano a la puerta. Pensó en aproximarse a Gene Drake que continuaba tocando sin abandonar su estilo y decirle lo que le gustaba su música, pero decidió dejarlo para otro momento.

Salió camino de su coche y lo puso en marcha. Encendió las luces que causaron un poco de embarazo a una pareja que se encontraba en el asiento delantero del situado frente al suyo. Disminuyó las luces y

miró hacia la parte trasera para comprobar si su gabardina continuaba en el asiento.

Veinte minutos después encontró un sitio para aparcar a pocos metros de su propio apartamento. Paró el motor y apagó las luces, cerró la puerta del lado opuesto y salió del coche. Iba a cerrarlo cuando se acordó de la gabardina, de forma que abrió la puerta trasera para cogerla. Fue entonces cuando vio el cuerpo. Estaba en el suelo, tendido entre el respaldo delantero y el asiento de la parte posterior.

Este descubrimiento inesperado le dejó tan sorprendido que no reaccionó durante unos segundos. Permaneció allí sin moverse, un poco inclinado, con los ojos muy abiertos contemplando la figura inmóvil. Incluso, cuando su mente reaccionó aceptando el hecho de que se trataba de un hombre, no podía comprender qué era lo que hacía allí, ni por qué había llegado a semejante lugar.

Le costó un esfuerzo incorporarse y coger su encendedor. Ya se había dado cuenta de que el hombre estaba tumbado de espaldas, con la cabeza torcida de una forma extraña y las rodillas dobladas y encogidas hacia arriba. Le temblaba un poco la mano al encender el mechero y luego, ya inclinado, vio el bigote y el rostro pálido y rígido y se dio cuenta de que se trataba de Clark Bailey.

4

Durante un buen rato Kent Murdock perdió la noción del tiempo y sus reacciones podría decirse que fueron más automáticas que meditadas. Incrédulamente pronunció el nombre de Bailey. Con el tembloroso resplandor de 16 la llama del encendedor no pudo apreciar marca alguna en el tranquilo rostro, excepto el moratón de la mandíbula que ya había percibido en el motel. Una parte de su cerebro repetía que aquel hombre estaba simplemente inconsciente y, sin razonar, tomó su muñeca con la idea de reanimarlo. Al acentuar la presión de su mano se dio cuenta de que el esfuerzo era inútil. La piel estaba helada. El brazo había comenzado a ponerse rígido y en aquel momento la realidad se le vino encima y notó una contracción en el estómago.

Soltó la muñeca y respiró profundamente con el fin de luchar contra las náuseas que le asaltaban. No se trataba únicamente de la presencia de la muerte, sino de alguien que había conocido. Empezó a sentirse culpable, sabía que podía haberlo evitado. Si no se hubiera dejado llevar por su manía hacia aquel hombre, si le hubiera atendido cuando le encontró sin sentido, si hubiera llamado a un médico...

Trató de alejar aquellas ideas porque le hacían sentirse peor. Se incorporó lentamente y notó que continuaba con el encendedor en la mano. Lo apagó porque ya realmente no le hacía falta. Miró a un lado y otro de la calle desierta; pasaron un par de coches. Había luces en las ventanas de los edificios cercanos, pero no se veía nadie en las aceras. Al irse tranquilizando se obligó a expeler el aire que tenía acumulado y se fue hacia la parte trasera del coche obedeciendo a una costumbre nacida de su larga experiencia. Se encontraba mejor.

Abrió el maletero y sacó la cámara que siempre llevaba allí. En algunas ocasiones solía utilizar una más pequeña y moderna, al igual que todos los que trabajaban a sus órdenes, pero ésta era una vieja Graphic que siempre gustaba de tener a mano por si acaso. La comprobó y sacó una bombilla extra de la bolsa donde guardaba el equipo.

No era frialdad de carácter o dureza lo que le hizo actuar siguiendo el hábito adquirido. Había tenido ocasión de ver fotografías de fallecimientos muchas otras veces y siempre le quedaba un resquicio por donde se colaba un sentimiento depresivo, una de esas sensaciones extrañas de desesperanza ante lo irrecuperable, algo casi impersonal, pero no por eso menos auténtico, una de esas emociones que forman parte de nosotros, pero que nunca sacamos al exterior. Esta vez la víctima era un hombre al cual había conocido. El impacto era más fuerte y más personal y todavía volvían a asaltarle los

remordimientos. Pero la razón le decía que no podía hacer nada por Clark Bailey. Su atención debería ir hacia el trabajo a realizar y la preocupación de que el periódico saliera a diario, de forma que no tenía por qué pensar en otras cosas.

Tomó la primera fotografía desde el lado de la acera. Colocó otra bombilla y esperó a que terminara de pasar un coche para irse al centro de la calle y tomar otra. Guardó el rollo en el bolsillo y volvió a colocar la máquina en su sitio, asegurándose de que el maletero del coche quedaba bien cerrado. Como no había necesidad de apresurarse encendió un cigarrillo y trató de aclarar las ideas, con el fin de salir de su estado morboso.

Se daba cuenta de lo que tenía que hacer a continuación. La primera llamada sería para el Courier, con la petición de que le enviasen a un muchacho para recoger la película. Después llamaría a la Policía y se ofrecería para ayudar en lo que pudiese. Ese planteamiento le pareció correcto, pero repentinamente el periodista que llevaba dentro pensó en algo más.

Si se trataba de un asesinato, y había algo que así lo indicaba, merecería más que un par de párrafos en las páginas interiores del Courier. No porque Bailey fuese importante, sino porque era un periodista. El asesinato de un periodista, del que fuera, era noticia, aunque no fuese más que por su singularidad. Las fotografías que acababa de obtener serían útiles, pero la historia iba a requerir una de Bailey vivo. No creía que hubiera ninguna en los archivos del Courier, pero recordó repentinamente la fotografía que había visto en la mesa de Bailey unas horas antes y sintió la necesidad de hacerse con ella.

Tendría suficiente con cinco minutos. ¿Qué diferencia podría haber? Eran un par de manzanas. Podía ir ahora y tenerla segura, o podría esperar, enredarse en la investigación durante horas y perder esa oportunidad. Enfrentado a semejante elección, cerró la portezuela del coche y comenzó a andar, dándose cuenta de las dificultades y sabiendo que se trataba de algo ilegal, pero no le importaba correr el riesgo, porque en su mente de reportero gráfico le parecía que algo lo estaba legalizando.

Pensó que no había tardado más de dos minutos en llegar a la casa de piedra en la que estuviera unas horas antes. En ese tiempo pasaron junto a él dos coches y se cruzó con un hombre y una mujer cogidos del brazo en la bocacalle. Se paró a mirar las ventanas del tercer piso pareciéndole que había una luz tras las persianas bajadas.

No estaba seguro, pero al subir las escaleras y atravesar el vestíbulo se dijo a sí mismo que no tenía importancia. Si encontraba el apartamento vacío, mucho mejor; si no lo estaba, no le vendría mal saber quién había ido a visitar al muerto.

No se le ocurrió pensar que podía meterse en un lío. Ni meditó

que quizá se vería obligado a dar algún tipo de explicaciones. Lo único que le interesaba en ese instante era entrar en el apartamento. Sacó de la cartera un delgado hilo de acero con un extremo redondeado, un sustituto de la tira de celuloide que los profesionales suelen usar para abrir cerraduras. El hilo de acero había sido un regalo de un experto, se lo había dado hacía mucho tiempo y en más de una ocasión había comprobado que era algo muy útil.

Probó el pomo de la puerta para asegurarse de que estaba cerrada, el hilo de acero funcionó a la perfección y en unos segundos el cerrojo se retiró para dejar la puerta abierta, mostrando la oscuridad del interior. La dejó abierta y entró, iluminado por la luz del descansillo, hasta que encontró el conmutador.

En el momento en que se hizo la luz, se dio cuenta de que alguien había estado allí. Bailey había dicho lo mismo; ahora Murdock notó lo cambios producidos. Los cajones de la cómoda estaban parcialmente abiertos y parte de su contenido tirado en el suelo. La fotografía enmarcada de cuero, que había estado en posición vertical, aparecía ahora tirada en la mesa, que tenía los cajones abiertos llenos de papeles.

Le quedaba todavía la idea de que había visto una luz desde la calle, pero como lo primero era lo primero, se fue directamente a la mesa y sacó la fotografía de su marco. Hasta que no la hubo enrollado cuidadosamente y colocado en el bolsillo del abrigo, no empezó a pensar en lo que iba a hacer a continuación. Tenía dos alternativas: podía marcharse tranquilamente sin preocuparse de más o realizar un rápido registro y ver si el que había estado allí permanecía todavía en el piso.

No sabía, ni lo supo tampoco más tarde, el motivo de haber elegido la segunda opción. Se le ocurrió que si profería alguna amenaza y no había nadie se iba a sentir un poco idiota, pero como no quería perder el tiempo levantó la voz para decir de forma truculenta:

—¡Salga de ahí! ¡Vamos! ¡He visto la luz desde la calle!

Iba moviéndose a la vez que hablaba y como el armario de la entrada era el lugar más cercano que podría servir de escondite, abrió la puerta de par en par, dio un paso atrás y se quedó helado, sintiendo los músculos en tensión.

Rápidamente percibió el abrigo de visón, no de ese tipo de visón que lleva mucha gente, sino una especie de mutación dorada que debía haber costado a George Townsend diez mil dólares por lo menos. No estaba abotonado y dejaba ver un vestido negro escotado, que había sido adaptado de forma experta para moldear un hermoso y bien formado busto. Flotaba un ligero olor a perfume en el aire V vio una ráfaga de cabello rojizo. Sin fijarse realmente en la cara, sabía de quién se trataba, pero su mirada permanecía fija en la pequeña

automática azulada, firmemente sujeta por una mano segura de uñas rojas, que apuntaba a su estómago sin vacilar.

Cuando pudo, dio otro paso atrás. Requirió un esfuerzo levantar los ojos hacia el atractivo y bien maquillado rostro y enfrentarse con los sombríos ojos verdes que Beverly Gordon no apartaba de su rostro. En su mano, la pequeña automática parecía un juguete, pero no había nada juguetón en la amenaza que representaba. Conocía ese tipo de armas. Algunos hombres habían sido asesinados con ellas, generalmente por mujeres.

—¿Para qué sirve eso? —preguntó, tratando de que su voz sonara normal.

—Exactamente para lo que estás pensando. No sabía de quién se trataba, de forma que me dije, ¿para qué voy a exponerme?

—¿Tienes permiso de armas?

—Naturalmente.

—¿La sueles llevar contigo?

—Por la noche, sí —la voz de la mujer era fría y se la veía segura —. A veces, al abandonar el club llevo bastante dinero.

Murdock se volvió de espaldas y trató de relajarse. Sacó un cigarrillo y miró alrededor de la habitación.

—¿Cómo pudiste entrar? —preguntó sin mirarla.

—La puerta no estaba cerrada.

—Cuando llegué yo, sí lo estaba.

—Ya me di cuenta de que te las apañabas bien.

«Punto y aparte», pensó Murdock y dijo en voz alta:

—¿Has encontrado lo que buscabas?

—No, ¿y tú?

Murdock asintió.

—¿No te asustaba pensar que Bailey pudiera entrar y sorprenderte?

—No mucho. La última vez que le vi estaba cargadísimo. Me figuraba que mientras siguieran sirviendo whisky gratis, se quedaría en la fiesta —se encogió de hombros, abrió el bolso y metió la pistola dentro—. De todas formas era un riesgo que tenía que correr.

Por la cabeza de Murdock pasaron muchas ideas mientras encendía el cigarrillo. La primera pregunta era muy sencilla. ¿Sabía Beverly Gordon que Bailey estaba muerto? ¿Se encontraba en el piso por ese motivo? ¿Debería o no debería contarle lo que sabía?

Decidió en contra, debido a las cosas que conocía sobre esta mujer. Había una inteligencia calculadora y aguda tras el atractivo rostro, se trataba de una mujer ambiciosa, segura de sí misma, que no tenía reparos en utilizar su cuerpo, su cerebro o su ingenio para conseguir lo que quería. Pocas cosas ignoraba sobre los hombres y Murdock se daba cuenta de que acusarla o amenazarla en ese instante

sería inútil. También sabía que si más tarde se refería a este encuentro, tendría que admitir que él también era técnicamente culpable de haber forzado la puerta para entrar.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Lo que tú hagas es cosa tuya —su tono era premeditadamente frío e insolente al envolverse en su abrigo—. Yo me marcho. ¿No tienes intención de impedírmelo, verdad?

—Quién, ¿yo? —Murdock le dirigió una sonrisa torcida y la vio alejarse hacia la puerta y poner la mano en el pomo.

—En ese caso —dijo mientras abría— me vuelvo a la fiesta.

Después de que se hubo marchado Murdock se quedó allí pensando si habría habido otra manera de manejar la situación. Sentía una admiración rencorosa por la forma en que se había comportado la mujer; luego, acordándose de que había cosas importantes que atender, se acercó al teléfono y marcó un número muy conocido.

Cuando conectaron con la redacción, explicó su historia y rogó que enviasen a alguien para recoger la fotografía y la película. Tuvo que utilizar una guía para encontrar el otro número que deseaba. Una mujer contestó el teléfono y él, sin identificarse, le preguntó si estaba el teniente. Después de un rato se oyó la voz de Bacon. Había algo de fastidio en su tono debido a su aversión a que alguien interrumpiera sus noches libres.

—Tengo trabajo para ti —dijo Murdock después de identificarse.

—No quiero trabajar —replicó Bacon bruscamente—, es domingo.

—A algunos los matan en domingo.

—¿Y qué? ¿Por qué yo?

—Alguien tiene que hacerse cargo. Me he visto envuelto en el asunto sin tener nada que ver. Prefiero trabajar contigo mejor que con alguien que no conozco y a lo mejor no me gusta.

Algo en la voz de Murdock debió de transmitirse a Bacon, porque se produjo un silencio largo antes de decir con una nota de resignación:

—Está bien. ¿Qué ha sucedido?

Murdock se lo contó lo más brevemente que pudo y esta vez, al terminar de hablar, hubo como una explosión al otro lado de la línea.

—¿Quieres decir que ese Bailey está en la parte posterior de tu coche? ¿No sabes cómo llegó a ese lugar, ni cuándo, o...?

—Lo único que sé es que está muerto —interrumpió Murdock—. Creí que se encontraba sin sentido y traté de reanimarle, pero está ya tieso. ¿Quieres que llame a la comisaría o te encargas del asunto?

—Supongo que habrás llamado ya a tu periódico.

—Naturalmente.

—Está bien —contestó Bacon, su voz muy profesional ahora—. Me haré cargo del asunto. ¿Dices que tu coche está aparcado cerca de

tu casa? Bien. Baja y no toques nada hasta que llegue alguien. Te veo ahora.

Se cortó la línea y Murdock colgó. Miró nuevamente alrededor de la habitación. Se entretuvo únicamente en poner el marco vacío de la fotografía en el fondo de uno de los cajones más bajos. Apagó la luz y abandonó la casa.

5

A grandes zancadas logró llegar unos diez segundos antes que el primer oficial, representante de la ley. Estaba todavía tratando de recuperar el aliento cuando un coche se paró junto al suyo y la luz de una linterna se posó sobre la matrícula y brevemente sobre su persona. Luego el vehículo se retiró un poco y se aproximó a la acera, con las luces todavía encendidas. Se abrieron y cerraron puertas y dos hombres se le acercaron.

—¿Es ese su coche? —preguntaron.

Murdock asintió y se identificó:

—Yo soy el que llamó al teniente Bacon.

—Usted dijo algo sobre un cuerpo que encontró en el asiento trasero.

—Exacto. Pueden echar un vistazo.

Uno de ellos fue hacia el coche; pero antes de que pudiese preguntar nada más llegó otro vehículo negro. Dos detectives del distrito salieron de este segundo. Tuvo que identificarse nuevamente y los policías se reunieron a conferenciar, mientras uno de ellos se aproximaba a ver el cadáver con algo más de atención.

—¿Le conocía? —preguntó a Murdock.

—Se trata de Clark Bailey. Trabajábamos juntos en el Courier.

—Sí —dijo el segundo detective—. Era el que se ocupaba de los deportes, ¿verdad?

—Solía leer sus crónicas algunas veces —intervino uno de los hombres de uniforme—. Decía pestes del Spartans, cuando se le presentaba la ocasión.

Todos estuvieron de acuerdo con esto y conferenciaron nuevamente, después los hombres de uniforme se alejaron en su coche. Algunos vehículos que pasaban se quedaron parados a curiosear, formando un embotellamiento, hasta que uno de los detectives los hizo circular. Durante unos minutos más, Murdock tuvo que contestar a preguntas rutinarias y repentinamente la calle se llenó de gente.

Eran coches oficiales que aparcaron en doble fila, uno de ellos una ambulancia con sus luces centelleantes. Unos cuantos especialistas empezaron a inspeccionar el coche de Murdock y un doctor se dedicó al cuerpo. El teniente, a cargo de los hombres del distrito, se aproximó para prestar al asunto su personal atención. Cuando llegó el teniente Bacon había gran actividad y Murdock, de pie, parecía simplemente un curioso más.

Permaneció en el mismo sitio mientras Bacon era informado de los pormenores. Sabía que le había visto, pero permaneció en el

mismo sitio. Estaba acostumbrado a estos asuntos y en ese momento pensaba en el botones que tenía que venir a recoger las fotografías. No había empezado a preocuparse porque sobraba tiempo para llegar a la edición. Se limitaba a mirar cuando Bacon se aproximó a él. La primera frase fue característica:

—Supongo que ya habrás sacado tus fotos.

—Naturalmente —contestó Murdock—. Estoy esperando que venga alguien a recogerlas... Creo que está ahí —añadió cuando vio a un muchacho llamado Lanning discutiendo con uno de los detectives —. ¿Se las puedo dar?

—Está bien —dijo Bacon—, pero date prisa. Vamos a necesitar tu ayuda.

Habló con el detective que impedía el paso a Lanning y Murdock se retiró a un lado con el muchacho. Le entregó la película y le explicó lo que tenía que hacer con ella. Asegurándose de que nadie le veía sacó la fotografía enrollada que guardaba en el bolsillo y la deslizó en el de Lanning. Luego regresó junto al coche.

El fotógrafo de la Policía había comenzado a trabajar y el doctor se acercó a hablar con Bacon. Le dijo que allí no podía hacer nada. No había evidencia concreta. Después de haber realizado un buen reconocimiento ya le comunicaría los resultados.

—Lo que sí puedo adelantadle —dijo— es que si no lo sacan del coche y con el tiempo que está haciendo van a tener problemas.

—Lo haremos en cuanto termine el fotógrafo. ¿De qué ha muerto?

—No podría asegurarlo. No se ve ninguna herida punzante. Tiene un cardenal en la parte derecha de la mandíbula.

—¿Como si le hubieran pegado?

—Sí. Tiene también una herida más seria en la nuca. Con este reconocimiento superficial que he podido realizar podría decir que el golpe de la nuca fue mortal, pero es difícil asegurar si dañó el cerebro.

—¿Podría ser que alguien le hubiese golpeado desde atrás? —preguntó Bacon.

—Podría ser —contestó el doctor—. Se lo podría haber hecho también al caerse. No parece que se lo haya producido un instrumento agudo, sino más bien el borde de algo.

—¿Cuánto tiempo lleva muerto?

—Es difícil pronunciarse con esta temperatura. Quiero decir que depende del tiempo que haya estado en el coche. Por lo menos una hora..., quizá dos.

Murdock, que había estado escuchando y haciendo algo de aritmética mental, mientras miraba el reloj, ofreció un comentario:

—No hace tanto que murió.

Se produjo un instante de silencio mientras los dos hombres le miraban.

—¿Cómo diablos lo sabes? —preguntó Bacon.

—Le vi hace menos de dos horas y estaba vivo.

Bacon miró a Murdock fijamente con la cabeza ligeramente inclinada. Se trataba de un veterano alto y austero que se mantenía siempre rígido y que controlaba difícilmente sus emociones. Llevaba un abrigo gris oscuro muy recto cayendo de los cuadrados hombros y un pulcro sombrero gris colocado en el centro de la cabeza. Soltó una exclamación de impaciencia al decir:

—¿Dónde?

Murdock le habló de la fiesta. Dijo dónde se estaba celebrando y cuándo la había abandonado él.

—Yo llevé a Bailey hasta allí. Estuvimos juntos en el partido.

—No me dijiste nada de esto por teléfono.

—Quería darme prisa —contestó Murdock—. Me lo encontré ahí cuando iba a cerrar el coche. No tengo ni idea de cómo llegó a este lugar. Todo lo que sé es que hace dos horas estaba vivo.

Bacon volvió a gruñir, le dijo a Murdock que permaneciese allí y retrocedió hasta el coche acompañado del doctor. Cuando los dos hombres de la ambulancia empezaron a sacar el cuerpo, Murdock se volvió de espaldas e intentó ignorar los sonidos que se producían. Se quedó allí hasta que oyó que se cerraban las puertas de la ambulancia y que se ponía en marcha el motor. Oyó a Bacon que le llamaba y se aproximó.

—¿Es ese el abrigo de Bailey? —le preguntó el teniente.

—Es mío.

—Pero tú tienes un abrigo puesto.

—Parecía que iba a llover cuando salí esta mañana de casa. Cogí la gabardina. Ha estado ahí desde ese momento.

—Tenemos que llevarnos el coche —le dijo Bacon— y creo que nos vamos a llevar también ese abrigo. Quiero que lo examinen en el laboratorio, probablemente te lo devolvamos en veinticuatro horas.

—¿Y si llueve mañana?

—Un tipo elegante como tú debería tener tres o cuatro de repuesto —contestó Bacon—. Si no te presta tu empresa un coche, toma taxis. Si el Courier no te lo paga, quizá los contribuyentes lo hagan —se tocó el sombrero ligeramente y añadió—: Vamos a hablar de esa fiesta. ¿Cuánto tiempo hace que saliste de allí?

—Quizá tres cuartos de hora.

—¿Tú crees que estará todavía en marcha?

—Seguro que sí.

—Vamos para allá entonces. Ya me lo contarás todo durante el camino.

Habló brevemente con el teniente del distrito. Luego llamó a Murdock y le condujo hasta el último de los coches aparcados en

doble fila, recogiendo en el camino a un sargento llamado Keogh, un tipo brusco y agresivo, del cual se decía que tenía un par de manos fuertes y rápidas si era necesario.

—Siéntate detrás, conmigo —dijo Bacon, abriendo la puerta—. Dejaremos que conduzca el sargento.

Camino del motel, Murdock le contó a Bacon todo lo que pudo sobre la fiesta. Le explicó cómo había surgido el celebrarla, quiénes eran los anfitriones y le dio el nombre de todos los asistentes que pudo recordar. Detalló también los movimientos de Bailey y su opinión sobre las razones que habían tenido al invitarle.

—Entonces ¿dices que estaba un poco borracho? —preguntó Bacon.

—Por lo que pude escuchar se estaba portando de una forma aborrecible —trató de explicarle lo que había pensado sobre el odio que Bailey profesaba al Spartans, añadiendo que no tenía pruebas, que era solamente su opinión—. Cuando los Spartans reaccionaron y ganaron el partido en los últimos segundos, Bailey se puso a cien. Como si alguien le hubiera inyectado una sobredosis de algún veneno.

—Entonces se puso tonto con alguien y le dieron un golpe —Bacon hizo una pausa, sus palabras rezumaban frustración—. ¿Por qué tuvieron que elegir tu coche?

Murdock no tenía respuesta para esto. Así lo dijo. La misma pregunta le había estado dando vueltas, pero se sentía más preocupado por otro tema que le abrumaba cada vez más, al pasar el tiempo. Estaba seguro de que sabía lo que había pasado en aquella pequeña habitación del motel entre Hargrave y Bailey, pero Hargrave era amigo suyo. También Charlie French era su amigo. No quería sacarlos a relucir en aquel asunto, pero sabía que lo tendría que hacer tarde o temprano.

Había trabajado con Bacon en otras ocasiones y sentía respeto por la integridad y el buen hacer del teniente. El que algunas veces él mismo hubiera conseguido algún dato de algo que merecía la pena ser publicado, se debía en parte al hecho de que Bacon confiaba en él, pues sabía que Murdock no había tratado nunca de pasarse de listo con la Policía. Quería fotografías, exclusivas a ser posible, pero jamás había intentado jugar a detective, ni sentía deseos de interferir en nada que fuese responsabilidad del departamento de Policía.

Lo que tenía que decir ahora iba a poner en dificultades a Hargrave y a French, porque con la evidencia que habían obtenido hasta ¿se momento parecía como si Bailey pudiera haber muerto, si no por el puñetazo, quizá a consecuencia de la caída que le había dañado el cerebro. De forma que, respirando profundamente y aclarándose la garganta, se decidió. No le gustaba nada, pero no encontraba otra alternativa que le permitiera seguir sintiendo respeto por sí mismo.

—Creo que sé quién le golpeó —dijo, y continuó explicando lo que había presenciado.

Bacon escuchó sin interrumpirle, algo extraño en él, y cuando Murdock hubo terminado, permaneció en silencio durante unos segundos, como si estuviese esperando a estar seguro de haber asimilado toda la información que le acababan de entregar.

—Tú viste a Hargrave y a Bailey ir camino del vestíbulo y entrar en esa pequeña habitación. Medio minuto después Hargrave salió acariciándose los nudillos. Y ahora, antes de seguir, ¿quién diablos es Hargrave?

—Un muchacho con mucho dinero, al que le gusta jugar al fútbol.

—Tú debes de saber algo más de él.

—Personalmente no sé mucho, pero por lo que he oído tengo entendido que su padre es el presidente, o algo así, del consejo de Administración de una gran compañía de productos químicos de creada por el abuelo. Sé que Gary fue a Cornell y que era considerado un buen jugador según los niveles de la Liga del Ivy. Tiene en contra que no es muy alto y siempre estaba en el banquillo. Realmente si no hubiera empezado esta Liga no hubiera llegado a nada.

Respiró nuevamente antes de continuar.

—Ha estado trabajando los veranos el negocio familiar y creo entender hizo un trato con su padre. Si podía dedicarse al fútbol durante dos años, suponiendo que llegara a graduarse, lo dejaría, y se pondría a trabajar en la compañía. Si no conseguía jugar hubiera tratado de olvidar el tema. Tiene una hermana que trabaja en el Courier y tengo entendido que los dos heredaron bastantes acciones de la compañía por parte de su abuelo. Se dice que valen unos cuatro o cinco millones de dólares cada uno, pero no se les nota y no se vanaglorian de ello.

Bacon soltó un pequeño silbido y pareció tener dificultad en comprender las cantidades mencionadas por Murdock.

—¿Quieres decir que esa chica tiene cuatro o cinco millones y trabaja en el Courier? —y continuó antes de que Murdock pudiera comentar algo—. Bueno, olvidemos ese tema. ¿Por qué iba a pegar Hargrave a Bailey?

—Puedo imaginar dos razones. Quizá debería decir que sospecho de dos razones, sería más correcto.

—Me encantan tus sospechas —añadió Bacon secamente—. Ya he podido comprobar lo que sucede con ellas. No necesitas ni bola de cristal ni nada… Vamos: te escucho.

—Ya te he dicho que Bailey se estaba portando como un bestia al hablar del partido. Creo que estaba metiéndose con algunos de los jugadores. Podría haberse pasado con el joven Hargrave, en plan gallito. Hargrave podría haberle contestado y por eso se fueron hacia

el vestíbulo a dilucidarlo.

—Esa es la primera sospecha —dijo Bacon.

—La otra es que quizá Bailey había estado molestando a Nancy Hargrave. Durante un año ha estado saliendo con una chica que se llama Fay Loomis. ¿Vas alguna vez por el Club Beverly?

—No, si puedo evitarlo.

—Bien, esa chica trabaja allí como fotógrafo. Es una rubia. Debe tener unos veinticinco y una bonita figura. No es muy inteligente, pero atractiva. Se nota su presencia. Quiero decir…

—No te había pedido una descripción —cortó Bacon.

—Bueno, las dos últimas semanas creo que Bailey estuvo intentando promocionarse con Nancy Hargrave. Sé que salieron juntos un par de veces. Si esta noche intentó propasarse, Hargrave podría haberle llamado la atención.

—¿Y realmente viste a Bailey tendido en el suelo? ¿Estás seguro de que estaba vivo en aquel momento?

—Seguro. Pude oír su respiración.

—Entonces, un poco después ese otro chico…, ¿cómo se llama?

—Charlie French.

—¿Otro futbolista?

—Sí, pero de más edad y mucho más corpulento. Es un buen amigo de Hargrave.

—Bien. De forma que French va a la habitación y no sale. Cuando tú entras unos minutos más tarde ves que la habitación está vacía. Lo que quiere decir que French sacó a Bailey por la otra puerta. Eso es lo que pensaste.

—Eso es lo que yo sé —dijo Murdock—. Supuse que lo había sacado fuera para que le diese el aire o para tranquilizarle, para que no siguiera armando problemas en la fiesta.

Murdock se calló bruscamente y soltó un taco entre dientes, un murmullo de rabia. Hasta ese momento había sido capaz de concentrarse en su relato y dejar en el fondo de su mente la sensación de culpabilidad que le asaltara anteriormente. Ahora le agobiaba otra vez, subiendo de tal forma que obviaba otras consideraciones de forma persistente y descorazonadora; ya le era imposible luchar él solo con aquel sentimiento.

—Yo podía haberlo evitado —dijo con rabia.

—¿Evitar qué? —preguntó Bacon, dándose cuenta del cambio súbito—. ¿De qué tonterías estás hablando?

—No tenía más que haberle levantado del suelo y ponerle en la cama. Me hubiera dado cuenta de la herida de la cabeza. Podría haber conseguido que alguien le atendiera, un médico, haber llamado una ambulancia…

—Vamos, vamos. Espera un momento —dijo Bacon notándose en

su voz que se sentía afectado—. ¿Le mataste tú?

—Naturalmente que no.

—Entonces, ¿cómo puede ser tu culpa? Hargrave es el que le golpeó. Es el responsable. ¿Por qué no hizo algo? ¿Y el otro jugador?

—¿French?

—Sí. ¿Qué hizo para ayudarle? Tú no eres más responsable que yo mismo. De forma que deja de sentirte culpable —su brusquedad fue efectiva. Hizo que la atención de Murdock se distrajera y Bacon, suavemente, regresó al tema que le interesaba—. La cosa es, cuando la analizas bien, que solamente tenemos tu palabra contra la de ellos cuando dices que Bailey estaba tumbado en el suelo de aquella habitación.

—Hay algo más —dijo Murdock tratando de apartar sus pensamientos y encerrarlos en algún lugar ignoto y poco utilizado de su cerebro—. Puedo probar que Bailey estaba tumbado e inconsciente en el suelo con la cabeza contra la pared.

—¿Cómo?

—Le saqué una foto.

Bacon necesitó un buen rato para aceptar la nueva noticia. Se volvió lentamente en su asiento y se inclinó para aproximar su rostro al de Murdock.

—¿Que hiciste qué? —preguntó con lento asombro—. ¿Una foto?

—¿Qué hay de extraño en eso? Soy un fotógrafo.

—Pero, ¡Dios mío! ¿Quieres decir que vas a una fiesta de ese tipo y entras con una cámara en la mano?

Murdock dijo que no. Le explicó que no se trataba de su propia cámara. Le habló de Fay Loomis. Admitió que no podía razonar el impulso que le hizo pedir la cámara y sacar una foto de Clark Bailey mientras yacía inconsciente en el suelo. Dijo que probablemente la idea de que Bailey estaba recibiendo lo que merecía había podido impulsarle, pero no estaba seguro. Había visto la oportunidad de obtener lo que creía que iba a ser una foto divertida y nada más.

6

Lo primero que preguntó Bacon cuando el sargento Keogh llegó al aparcamiento del motel fue por el lugar donde había estado el coche de Murdock. Ahora solamente quedaban otros cinco y cuando Keogh hubo parado el motor, Murdock señaló un sitio. Anteriormente había habido un coche a cada lado del suyo, y sin ellos como guía lo único que pudo hacer fue dar una idea aproximada.

—Por lo que yo recuerdo —dijo— estaba aquí.

Bacon pidió a Keogh que le diese una linterna y derramó la luz sobre el asfalto. Se inclinó para mirar un paquete de cigarrillos arrugado que aparentemente había sido lanzado desde la ventanilla de un automóvil. Un trozo de celofán brilló ligeramente y Bacon lo retiró con el pie. Un cigarrillo había ardido hasta llegar al filtro, se veía un poco de ceniza todavía intacta; había otra colilla aplastada en uno de los extremos, como si alguien la hubiera pisado; una tercera, difícilmente reconocible, parecía haber sido arrollada por un neumático. No había nada más que ver, aparte de los restos incinerados de dos fósforos de papel. Cuando Bacon se consideró satisfecho apagó la luz y se marchó camino del comedor.

—Puedes presentarme —dijo y dirigiéndose a Keogh añadió—: Será mejor que tome algunos apuntes, sargento.

Esta vez, cuando Murdock entró en la habitación el piano seguía sonando todavía muy suavemente y como sin propósito. Gene Drake jugueteaba con el teclado y Fay Loomis, sentada a su lado, contemplaba las manos del pianista. Ya habían retirado el mantel de la mesa y los dos camareros estaban limpiando la de las bebidas. Dos de las mesas que habían retirado a primera hora habían sido unidas, y las seis personas sentadas a su alrededor tenían ese aspecto relajado que viene después de una fiesta agradable. Todos dejaron de hablar y levantaron la vista cuando Murdock, Bacon y Keogh llegaron y solamente uno, George Townsend, pareció saber quién era Bacon.

Murdock hizo las presentaciones, que fueron recibidas por Nancy Hargrave y Beverly Gordon, Gary Hargrave, Charlie French y Wade Altman.

—¿Sigue usted en Homicidios, teniente? —preguntó Townsend.

—Exactamente, señor.

—Entonces, esta visita no puede ser oficial.

—Lo siento, pero sí lo es —dijo Bacon—. Se trata de uno de sus invitados, según lo que me ha dicho Murdock. Un hombre llamado Clark Bailey.

El silencio que siguió a esta exposición fue instantáneo y profundo. El piano dejó de sonar en el otro lado de la habitación. Los

ojos grises de Bacon fueron de un asombrado rostro a otro, a la vez que se quitaba el sombrero y lo ponía sobre la mesa. Se acercó a uno de los montones de sillas y cogió dos de ellas para empujar una hacia Murdock y sentarse en la otra. En ese momento Beverly Gordon, que raramente se sentía intimidada, encontró una réplica:

—Usted debe estar bromeando, teniente.

—Cuando me llaman un domingo por la noche tiene que ser por algún trabajo, señorita Gordon —contestó Bacon y brevemente les explicó lo que había encontrado en el coche de Murdock, que éste había proporcionado algunos datos útiles, pero que ahora necesitaba ampliarlos.

—Pero antes de llegar a ese punto —continuó— me gustaría que todos fueran a recoger sus abrigos.

—Un momento, teniente —dijo Townsend con el suave y bien parecido rostro algo ensombrecido—. No pretenderá que vayamos a la comisaría esta noche, ¿verdad?

—Únicamente quisiera que identificaran sus abrigos —contestó Bacon. Miró hacia Gene Drake y Fay Loomis—. Ustedes también, por favor —se volvió hacia Keogh—. Pregunte a los camareros.

Se oyó un alboroto de sillas y hubo un movimiento unísono al levantarse todos y salir camino del largo perchero junto a la entrada principal. Solamente Beverly Gordon permaneció sentada y tenía una buena razón para ello, ya que su dorado abrigo de visón se encontraba en el respaldo de la silla que ocupaba. Se dedicó a contemplar con indiferencia cómo los otros buscaban y Murdock se dio cuenta de lo que quería Bacon porque, cuando cada uno retiró su abrigo, en el perchero quedó uno solo y comprendió que era de Clark Bailey.

Bacon lo tomó del perchero. Dijo que aquel debía ser el de Bailey y lo levantó para que Murdock pudiera verlo. Cuándo éste hubo asentido, diciendo que era igual al que Bailey llevaba puesto, Bacon se lo lanzó a Keogh y todos volvieron a sentarse a la mesa, mientras el sargento vaciaba los bolsillos. Cuando todo estuvo listo, Bacon dejó a un lado un par de guantes de piel de cerdo, dos cajas de cerillas, una pastilla de chicle y cogió un llavero con cinco o seis llaves.

—Qué sitio tan raro para guardarlas —dijo, pero no añadió nada más.

Pero aquello había producido una diferente impresión en Murdock. Miró rápidamente a Beverly Gordon que estaba ocupada encendiendo un cigarrillo y cuando hubo terminado fijó los ojos en Bacon, pero mientras ya había fabricado una hipótesis que tenía sentido. La puerta del piso de Clark Bailey se encontraba cerrada cuando él llegara allí. No existía ninguna razón para creer que Beverly no la hubiera encontrado igual unos minutos antes. Esto sugería que ella tenía una llave, y si esto era así, la única pregunta que se le

ocurría era ¿cómo la había conseguido?

Juraría que Bailey no le había dado las llaves de forma voluntaria. Tampoco creía que la mujer hubiera podido sacárselas del bolsillo. Eso significaba que las había cogido en algún momento, mientras Bailey estaba inconsciente o muerto. Al regresar se había apresurado a deshacerse de ellas, seguramente se había fijado en cuál era el abrigo de Bailey cuando éste llegó. Incluso si hubiera dejado las llaves en los bolsillos de algún otro abrigo, ¿qué importaba?, pero aparentemente las había metido en el adecuado. Pero, ¿cómo podía comunicar a Bacon este detalle sin admitir que él mismo había forzado la puerta de Bailey?

No tenía respuesta para esto y al retornar al presente se dio cuenta de que el teniente había comunicado a Gary Hargrave lo que él, Murdock, había visto. Luego, volviéndose hacia Fay Loomis, Bacon le dijo:

—Me gustaría que me entregase esos negativos, señorita Loomis.

—¿Todos?

—Sí. Se los devolveremos cuando los hayamos revelado, después de ver las fotografías… Y ahora —volvió sus ojos hacia Hargrave—, ¿va usted a negar que se peleó con Bailey? ¿O que le dejó inconsciente en el suelo de esa habitación?

—¿Cómo puedo negarlo?

—¿Por qué se pelearon?

—Estaba molestando a mi hermana.

—¡Oh! No era para tanto —exclamó Nancy Hargrave.

—Me había cansado de oírle —Hargrave continuó sin titubeos—. Insultó a la mitad de los que nos encontrábamos aquí, de forma que le invité a que saliéramos. Dijo que hacía frío, pero que conocía una habitación del vestíbulo y allí nos dirigimos… Quizá no debería haberlo hecho. Creo que no es muy deportivo pegar a un hombre medio bebido, pero existe un límite en lo que uno puede soportar. Era tan grande como yo y… —se calló haciendo un gesto explicativo.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Bacon.

—Entramos y le di el primer puñetazo.

Fue un buen golpe, dado con la izquierda. Se cayó. Eso fue todo. Yo le dejé allí.

—¿Se dio en la cabeza al caer?

Hargrave dudó, con ojos pensativos.

—Creo que sí. Se cayó pesadamente. Me parece que se dio con el borde del escritorio. Sí, creo que se golpeó la cabeza.

George Townsend se aclaró la garganta.

—¿Qué fue lo que le mató, teniente?

—No sabemos todavía —contestó Bacon—. No lo sabremos probablemente hasta que realicen la autopsia. A simple vista parece

como si se hubiera dañado el cerebro. Tenía una marca en la mandíbula y una más grande en la nuca —miró a Charlie French—. Me han dicho que lo sacó fuera, ¿por qué lo hizo?

El corpachón de French estaba desparramado sobre la silla, las piernas extendidas apoyadas en los talones. Su largo rostro tenía un aspecto melancólico, levantó una mano enorme y la dejó caer otra vez.

—Gary me contó lo que había pasado.

Fui a echar una ojeada y pensé que sería mejor sacarle de allí. Quiero decir que alguien podía entrar y armar jaleo o...

—¿Estaba vivo entonces?

—Pues... claro que sí.

—¿Cómo lo sabe? —insistió Bacon—. ¿Le tomó el pulso?

—No. Yo sólo sé que estaba vivo. Pude oír su respiración. Estoy seguro.

—Bien. ¿Y luego?

—Quería sacarle de allí para que le diese el aire. Traté de hacerle andar, pero no se sostenía de pie, así que me lo eché al hombro.

—¿Por qué le metiste en mi coche?

—preguntó Murdock.

French le dirigió una mirada de sorpresa. Cuando contestó su acento sugería que la respuesta era obvia.

—¿Por qué no? Había venido contigo,

¿no? Pensé que el aire frío le reanimaría.

Creí que volvería al salón y si no lo hacía..., bueno, si tú le habías traído, ¿por qué no le ibas a llevar a su casa?

Murdock se dio cuenta de que no podía discutir, de forma que se calló y escuchó a Bacon que continuaba hablando.

—Murdock dice que fue andando por VIII el sendero y dio la vuelta hacia la parte frontal del edificio y se encontró con usted —estaba mirando a Gene Drake.

—Correcto —replicó Drake—. Salí a tomar el aire.

Bacon miró hacia Beverly Gordon con atención:

—En ese momento usted salió de la cafetería. Comentó que había ido allí a hacer una llamada.

—Eso es.

—Y usted, señorita Hargrave, llegó en ese momento. ¿Había estado con alguien en uno de los coches?

—Sí —miró hacia Wade Altman—. Con él.

Alguien produjo un sonido apagado, pero explosivo que era parte estornudo y parte bufido, pero de tipo despreciativo. Murdock se dio cuenta de que el sonido procedía de Gary Hargrave y vio que la mirada del muchacho iba de su hermana a Altman, sucesivamente.

—Haciendo manitas, supongo.

—¿Cree que es asunto suyo? —dijo la chica fríamente.

—¿Salió usted sola del coche, señorita Hargrave? —preguntó Bacon.

—Yo tenía frío y la sugerencia de Wade para entrar en calor no me apetecía en aquel preciso instante.

Otra vez se pudo escuchar el sonido de Gary y su hermana le ordenó con ojos airados:

—¡Cierra el pico!'

Bacon golpeó la mesa para llamar al orden.

—¿Dónde estaba aparcado su coche, señor Altman? Quiero decir en relación con el de Murdock.

—En forma diagonal.

—¿Alguno de ustedes vio al señor French en algún momento?

Se produjo otro silencio, durante el cual la chica y Altman se miraron. Continuaron así durante unos instantes, hasta que Nancy se encogió resignadamente de hombros:

—Sí —dijo—. Le vimos salir y acercarse al coche, no sabíamos a quién pertenecía, y nos dimos cuenta de que llevaba a alguien a hombros. Cuando regresó al salón, Wade salió y se acercó para ver de quién se trataba. Al volver me dijo: «Parece que tu novio está sin sentido.»

—Y..., ¿era Bailey su novio? —preguntó Bacon.

—Naturalmente que no. Había salido con él tres o cuatro veces y después de haber visto su comportamiento aquí esta noche había decidido que no volveríamos a salir nunca más.

—¿Cuál era su posición cuando le vio?

—Tumbado boca arriba, con las rodillas encogidas —contestó Altman que hablaba con un marcado acento del sur.

—¿Le examinó de cerca?

—No, señor. Le sacudí un poco pero no pareció hacerle ningún bien. Pensé que estaba inconsciente.

—¿Sabe si estaba vivo?

—No. Pensé que sí lo estaba, pero no podría jurarlo porque no estoy seguro. No me molesté en comprobarlo, ¿por qué iba a hacerlo?

—¿Cuánto tiempo permaneció fuera usted solo?

—Lo suficiente para fumarme otro cigarrillo.

—¿Vio a alguien más que le fuera conocido?

—A ella —Altman señaló a Fay Loomis—, no sé de dónde salió. No sabía siquiera quién era hasta que se abrió la puerta y le dio la luz en la cara.

Bacon hizo algunas otras preguntas de rutina que parecieron añadir poco a lo que ya conocía. Luego pidió una lista de los que habían asistido a la fiesta. Hubo algunas protestas, ya que los tres promotores dijeron que no habían hecho lista y que se habían limitado

a invitar verbalmente a la gente que querían que asistiera, pero de forma individual. Bacon persistió en su idea y al final Keogh llenó varias páginas de su cuaderno de notas. Cuando hubo terminado, Bacon les dijo que si podían recordar algún otro nombre les agradecería que se lo dijesen; luego dirigió la mirada hacia George Townsend.

—Me preguntó si les iba a conducir a la comisaría esta noche. La contestación es no. Pero me gustaría verles a todos, y quizá a algunos más, a las diez de la mañana, si no les parece inconveniente.

—¿Quiere decir que es voluntario? —preguntó Townsend con el fin de recordar a Bacon que él era un abogado de prestigio y que conocía las leyes.

—Naturalmente —contestó Bacon—. No creo que tuviera dificultades para conseguir citaciones para los que no vengan de forma voluntaria, pero prefiero hacerlo a mi manera. Cuando lleguen, el oficial que está en la recepción del vestíbulo les dirá a dónde tienen que dirigirse.

7

Poco hablaros durante el viaje de vuelta del motel, pero cuando se aproximaban a la casa de Murdock, el teniente Bacon le ordenó a Keogh que siguiera adelante. Murdock sabía hacia donde se dirigían. El número que mencionó Bacon confirmó lo que estaba pensando. Al pararse ante la casa en la cual había vivido Bailey el teniente le dijo:

—Esta dirección era la que aparecía en su carnet de conducir. ¿Has estado aquí alguna vez?

—Vinimos después del partido. Quería cambiarse el abrigo.

—Subamos. Usted también, sargento.

Utilizó las llaves que había encontrado en el bolsillo de Bailey en el motel, encendió la luz y se paró en el umbral mientras sus ojos recorrían la estancia.

—Parece como si se nos hubiese adelantado alguien —avanzó lentamente, sus ojos moviéndose en todas direcciones mientras le decía al sargento—: Mire la mesa. A ver lo que puede encontrar, interesan cosas como cartas, talonarios de cheques, recibos, cualquier cosa que crea que puede ser esclarecedora —alzó los ojos hacia Murdock—. No estaría así de revuelto cuando viniste con el, ¿verdad?

—No, pero Bailey dijo que debía de haber entrado alguien —contestó Murdock—. A mí me pareció que todo estaba correcto, pero él dijo que habían estado registrando.

Bacon pareció pensarlo.

—¿No explicó el motivo, o notó si le faltaba algo?

—No, pero estaba irritado. Parecía tener una idea sobre lo que podía haber sucedido, por lo menos me dio esa impresión, pero no lo dijo.

Bacon asintió distraído y no hizo comentarios. Cuando empezó a moverse lentamente alrededor de la habitación, a Murdock le asaltó lo que había tratado de alejar de su pensamiento; después de sopesar los pros y contras se dio cuenta de que había llegado el momento de decir la verdad. Sabía perfectamente que su posición era vulnerable, pero no podía continuar ignorando su responsabilidad. Se trataba de un asesinato. De forma que lanzó un pequeño suspiro y se preparó para la reacción que iba a causar con su declaración.

—Ven aquí.

Tomó el brazo del teniente y le condujo hasta el dormitorio, que estaba tan desordenado como el salón. Cerró la puerta y se sentó en el borde de la cama de matrimonio que había sido hecha de forma descuidada. Veía que los ojos de Bacon se ensombrecían, pero al empezar a hablar le miró directamente:

—Conozco al que estuvo aquí —dijo—.

No al de la primera vez, cuando Bailey se enfadó tanto. Pero sé quién estuvo aquí, después.

Bacon se quedó pensativo. Parecía estar analizando lo que oía y la expresión de su cara resultaba familiar a Murdock.

Su mandíbula se endurecía poco a poco y una luz de sospecha apareció en sus ojos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó finalmente.

—Siéntate —le pidió Murdock—. Piensa en tu tensión sanguínea antes de ponerte en ebullición, ¿quieres? Recuerda que te estoy contando esto no porque deba hacerlo, sino porque quiero ayudar.

Empezó a hablar después de que Bacon se sentara en una incómoda silla que había en un rincón. Dijo todo lo que tenía que decir tan rápidamente como pudo, dejando a un lado lo que no consideró necesario; observó cómo se enrojecía el cuello del teniente y tan pronto como pudo empezó a argumentar para evitar la explosión que veía venir.

—Cinco minutos. Pensé que con ellos tendría bastante. ¿Qué diferencia podía haber? Deseaba esa fotografía para la historia y recordaba que la había visto en la mesa, de forma que me dije, ¿por qué no? ¿Qué daño podía hacer?

La explicación debía haber ayudado algo, porque el autocontrol de Bacon pareció deliberado y, a juzgar por pasadas experiencias, admirable.

—¿Cómo entraste?

—Diremos que la puerta no estaba cerrada.

—Está bien, dejémoslo así.

—Pero yo sé cómo entró Beverly Gordon y tú también lo sabes.

—Sí —Bacon bajó los ojos y contempló el manojo de llaves que todavía sostenía en la mano—. Tuvo que conseguirlas de Bailey. Las cogió y las utilizó. Cuando volvió a la fiesta las metió en el bolsillo del abrigo. ¿Tú crees que pudiera habérselas dado él de forma voluntaria?

—Me parece que no.

—Entonces, tuvo que tomarlas de su bolsillo —Bacon movió de nuevo la cabeza, con la mirada pensativa—. Los hombres generalmente llevamos las llaves en el bolsillo del pantalón. Esto quiere decir que cuando ella las cogió, Bailey estaba inconsciente o muerto. ¿Dijiste que sostenía una pistola cuando la encontraste en el armario?

—Una veinticinco automática. Me explicó que tenía permiso de armas.

—Probablemente sea verdad —Bacon se levantó con aspecto de querer empezar la acción—. Está bien. Quiero una declaración completa por la mañana.

—Te haré una declaración de todo lo que sé, con excepción de

esta última parte.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué crees que te he traído aquí y he cerrado la puerta? Esto tiene que quedar entre tú y yo, además sería tu palabra contra la mía.

—Eso es...

—Yo no tenía por qué haber venido aquí, no tenía por qué haber cogido esa foto. ¿Cuál puede ser la opinión del Fiscal del Distrito? Supongamos que se pone contra mí.

—Pero, ¡maldita sea, Kent! —gritó Bacon, muy agitado y con el color encendido.

—Si quieres acusar del crimen a Beverly Gordon —interrumpió Murdock— y necesitas que yo testifique, es una cosa. Hasta entonces se tiene que quedar entre tú y yo —se levantó para enfrentarse con el airado teniente y su voz sonó clara y firme—. ¿De qué te estás quejando? Yo no estaba obligado a contarte nada, ¿no es cierto? Ya me estoy exponiendo bastante. Quizá no tenga importancia, pero podías agradecerme que te lo haya contado... Se me ocurre otra cosa, si es que lo quieres oír.

Bacon conocía a Murdock lo suficientemente bien como para saber que el asunto no podía prosperar. Continuar insistiendo, sin testigos, era inútil, de forma que su buen sentido le hizo calmarse.

—Continúa —dijo muy serio—, te escucho.

—Alguien entró en la oficina de Jack Fenner la noche pasada —dijo Murdock.

—¿Y qué tiene que ver con este asunto?

—No lo sé, no sé si tiene algo que ver o no, pero estuve hablando con Fenner. El, ayudado por un par de hombres que se trajo desde Nueva York, han estado trabajando en algo durante cuatro o cinco semanas. Alguien entró en su oficina y forzó el archivo. Fenner no me quiso decir el porqué, ni para quién había estado trabajando. Tampoco me quiso decir qué era lo que se habían llevado.

—¿Y...?

—Alguien de la estación de Policía llegó allí y obtuvo huellas del archivador.

—Quizá sí, pero, ¿a dónde nos conduce eso?

—No sé si nos conduce a algún sitio, pero lo que sí sé es esto: Fenner se encontraba en un palco en el partido. Con él estaban, entre otros, Ross Carlin y George Townsend, que posee el veinticinco por ciento del Spartans. Carlin es un tahúr. No sé si Fenner es muy amigo de ellos, pero la verdad es que estaban en su palco.

—Hmm —murmuró Bacon conforme empezaba a ver claro—. Crees que uno de ellos podía haber contratado a Fenner?

—Es una posibilidad.

—Y…

—Y yo sé, y lo sabe todo el mundo, que Bailey odiaba al Spartans y todo lo relacionado con el equipo. Estuvo soltando indirectas en la fiesta. Se encontraba muy bebido, pero sonaba a amenaza seria; como si estuviese dispuesto a soltar el bombazo sobre algo o alguien.

Se encogió de hombros para colocarse bien el abrigo. Se rectificó el sombrero y sonrió al teniente para demostrarle que no le guardaba rencor.

—Esto es gratis, solamente entre tú y yo —dijo—. Como todas las cosas gratis probablemente no vale nada, pero no perjudicaría que se tomasen las huellas de Bailey para compararlas con las que encontraron en el archivador de Fenner. Incluso si no cuadran no sé en qué punto te encontrarías, pero puede proporcionarte una pista que te conduzca a algo valioso. Podríamos decir que es un motivo —hizo una extravagante reverencia a la vez que abría la puerta—. ¿Nos reunimos con el sargento?

Bacon emitió algunos sonidos con la garganta, que no eran precisamente de cumplido, pero no parecía ya enfadado. Al ver a Murdock dirigirse a la puerta le preguntó:

—¿A dónde vas ahora?

—A casa. ¿A dónde creías? Está sólo a manzana y media de aquí. Puedo ir andando. Avísame cuando quieras mi declaración.

—Sí —contestó Bacon con amarga ironía—. Estoy deseando que llegue el momento. Te llamaré por la mañana.

Parecía hacer más frío cuando Murdock llegó a la calle y se dirigió a su apartamento. No había luna, pero cuando miró hacia arriba y respiró profundamente el aire limpio, el cielo estaba claro y lleno de estrellas, cuya luz se filtraba a través de las desnudas ramas de los árboles alineados a ambos lados de la calle. Había poco tráfico y no se encontró con nadie durante el recorrido que le separaba de su portal, ni al subir los viejos escalones.

Estaba todavía pensando en Bacon y en la idea que había sugerido al teniente, cuando comenzó a trepar las escaleras hasta el segundo piso donde se encontraba su apartamento. No sabía de dónde le había surgido ese pensamiento y hurgando en su cerebro encontró una tenue conexión entre lo que Fenner y Bailey habían dicho. No podía recordar las palabras exactas pero sabía que las frases habían sido muy parecidas.

Fenner, al enfrentarse al robo de ciertos informes el sábado por la mañana y al ser preguntado qué era lo que pensaba hacer, dijo que tenía tres pistas que podían ayudarle. Bailey, molesto al darse cuenta de que alguien había registrado su apartamento después del partido, había indicado que podría coger al culpable gracias a tres pistas.

¿Coincidencia? Quizá.

Estaba tan ocupado en sus pensamientos que no se dio cuenta de que había alguien en el descansillo del segundo piso, hasta después de haber sacado las llaves. Fue sólo un sonido apagado lo que le hizo ponerse alerta, pero al dirigir los ojos hacia uno de los lados, se produjo un movimiento en las sombras.

El instinto actuó en ese momento. Volvió la cabeza, a la vez que se ponía rígido como si estuviese helado, con los oscuros ojos clavados en el fondo del descansillo en el punto de donde arrancaba el tramo de escaleras para el piso superior. Notaba los nervios en tensión y contuvo la respiración.

Una sombra más intensa surgió de la penumbra diciéndole que su temor era justificado. El sonido de los movimientos se acentuaron, al mismo tiempo que la sombra tomaba forma y se agrandaba. Se dio cuenta del sombrero hongo de color negro y del abrigo oscuro y de las manos que permanecían en los bolsillos. Se quedó quieto hasta que pudo reconocer la cara. Cuando se dio cuenta de quien era la sorpresa reemplazó la incertidumbre. Porque no había realmente nada muy amenazador en la expresión ni en los ademanes de George Townsend, que se acercó despacio, de forma pesada, advirtiéndose su cansancio en sus hombros y en el gesto de la boca.

—Estaba rendido de permanecer de pie —dijo—, de forma que me senté en las escaleras.

—¿Llevas aquí mucho tiempo?

—Quizá no. Pero me lo pareció —se quitó el sombrero y se pasó la mano por el escaso pelo—. Tenía que verte. No te entretendré mucho.

Murdock abrió la puerta.

—Entra —dijo, sintiéndose curioso a pesar de su propio cansancio —. Quítate el abrigo y siéntate. ¿Quieres una copa?

Townsend se desabrochó el abrigo pero no se lo quitó. Se sentó en el sofá y negó con la cabeza.

—No, gracias —dijo—, sólo quiero hablar un poco contigo y quizá pedirte un favor si podemos arreglarlo.

8

Kent Murdock se tomó bastante tiempo en colocar el sombrero y el abrigo en el armario del vestíbulo. No dio contestación inmediata a la sugerencia de Townsend y el abogado permaneció en el sofá sin moverse, siguiendo a Murdock con la mirada, en medio del silencio que se había producido entre ellos. Murdock sabía el motivo que había tenido Townsend para venir, pero no se encontraba todavía preparado para hablar de ello. Se sentía cansado y con la moral baja, y tenía una sensación de vacío. Cuando se dio cuenta de que el vacío era más bien de tipo físico y no psíquico, se plantó delante del sofá.

—Está bien, George —dijo—. Si no tenemos más remedio que hablar vamos a hacerlo en la cocina. Tengo hambre.

Se dio la vuelta a la vez que hablaba y oyó el profundo suspiro del abogado, que se puso de pie sin protestar y le siguió, a lo largo del corto pasillo interior, hasta la cocina. Murdock encendió la luz y sacó un taburete de metal con asiento tapizado para ofrecérselo a su visitante.

—¿Estás seguro de que no quieres una copa, George?

—No —Townsend se echó el abrigo hacia atrás al sentarse en el taburete—. No quiero nada.

—Yo tampoco. No he comido nada desde mediodía, excepto un par de sandwiches en vuestra fiesta —Murdock abrió el frigorífico y encontró dos bollos. Abrió uno por la mitad y lo metió en el tostador —. ¿Quieres uno? ¿La mitad? Es por no comer yo solo.

Sin esperar respuesta sacó un cartón de leche y cogió dos vasos de la repisa. Tomó la mantequilla y la untó generosamente cuando el bollo estuvo bien tostado. Le dio la mitad a Townsend y uno de los vasos. El se sentó en el mostrador de la cocina y empezó a comer. Townsend dio un mordisquito y luego, bien porque descubrió que tenía hambre, o porque no se sentía con ganas de discutir, empezó a comer con algo más de entusiasmo.

Esto dio a Murdock un respiro para pensar, y al hacer un repaso mental sobre los datos que poseía sobre su huésped, se dio cuenta de que jamás le había visto tan sumiso, tan preocupado, tan dócil.

Según su propia experiencia, George Townsend no poseía ninguna de esas cualidades. Incluso su aspecto físico daba la impresión de que, cualquiera que fuesen sus faltas, no se encontraba entre ellas un complejo de inferioridad. El tamaño de Townsend ayudaba a su carácter. Era grande y, aunque ya no poseía los músculos firmes, estaba bien proporcionado. Tenía un aire próspero, cuidado, una manera cordial y una risa pronta quizá más rápida que sincera. Su extracción social, si bien no se podía colocar en el más alto escalón,

era adecuada. Había recibido una buena educación y era licenciado por la Facultad de Derecho de Harvard. Un tío suyo, abogado de gran prestigio, le había tomado bajo su protección al licenciarse y Townsend había prosperado. Al morir su tío unos años atrás, Townsend había seguido con el negocio él solo y si había dejado su incesante actividad en la profesión recientemente, había sido debido en parte a falta de esfuerzo y en parte a su debilidad por las mujeres, por una en particular.

Había mariposeado hasta bien pasados los treinta y se había casado con una atractiva viuda que era muy amiga de Murdock. Ahora, a los cuarenta y cinco años, el matrimonio no iba nada bien y Murdock, que conocía la auténtica razón, recordó el partido y el palco que había podido inspeccionar gracias a los prismáticos, cuando intentaba localizar a Jack Fenner.

Laura Townsend había estado en el palco con Ross Carlin y Beverly Gordon. Pero los cuatro no componían las dos parejas convencionales que cualquiera hubiera podido suponer. Se sabía que Townsend estaba loco por Beverly Gordon desde hacía tiempo y Carlin, cuya esposa inválida había muerto unos seis meses antes, se decía que estaba interesado por Laura Townsend, pero de forma discreta...

—La razón de haber venido —dijo Townsend, interrumpiendo el curso del pensamiento de Murdock— es que yo...

—Termina de comer —dijo Murdock—, ¿quieres un poco más de leche? —vio como Townsend negaba con la cabeza y continuó—. Te vi en el partido. Con Laura, Ross Carlin y Beverly. Dijiste que Laura no había querido ir a la fiesta.

—Le dolía la cabeza. Siempre le duele a cabeza después de los partidos. Supongo que será la emoción.

—¿La acompañó Carlin a casa?

—Claro. Yo tenía que hacer demasiadas cosas para preparar la fiesta.

—¿Quién invitó a Jack Fenner al partido?

Townsend, que iba a dejar el vaso, se quedó parado con la mano en el aire. Se volvió despacio para mirar a Murdock de reojo y más directamente después.

—Se trataba de mi palco. ¿Por qué?

—Estaba pensando —dijo Murdock—. So sabía que os conocíais tanto —lavó los vasos, sacó un cigarrillo y apoyó las caderas contra el mostrador—. ¿Por cuánto tiempo crees que te va a seguir aguantando Laura?

—¿Qué quieres decir con eso?

Murdock encendió el cigarrillo y sopló a cerilla que lanzó hacia el fregadero con un gesto lánguido.

—En mi profesión oyes muchas cosas. Cuando oyes algo muchas veces, empiezas a pensar que tiene que haber algo de verdad en ello. No sé de dónde salió Beverly Gordon, pero me han dicho que estuvo casada un par de veces antes de llegar a este lugar. Solía ser una rubia cantante de folk en los círculos locales hasta que se encontró contigo. Cualquiera que esté con ella unos quince minutos se dará cuenta de que se trata de una mujer ambiciosa; muy atractiva desde luego. Quizá tiene mucho que ofrecer, pero eso yo lo ignoro, naturalmente.

Townsend estaba un poco inclinado hacia adelante, los oscuros ojos sombríos y con expresión de pocos amigos.

—¿A dónde diablos quieres llegar?

—Me han dicho que tú le has regalado las joyas que luce —continuó Murdock, haciendo como que no había oído la pregunta—. Igualmente las pieles. También se dice que adelantaste el dinero del club Beverly a un interés muy bajo. No sé si estarás sacando algo por ese dinero y realmente no me importa, pero si quieres que te dé mi parecer…

—Me importa un bledo lo que pienses —interrumpió Townsend.

—…te diré que —añadió Murdock— te tiene cogido en el anzuelo y tú estás encantado, de otra forma no estarías aquí ahora mismo. Se trata de eso, ¿verdad, George? Ella está preocupada por lo de esta noche y es natural que lo esté. De forma que tú has venido en representación, ¿no es así?

Townsend se bajó del taburete y avanzó apretando las mandíbulas, con ademán amenazador. Tenía casi la misma estatura de Murdock, pero era más grueso. Se acercó, adelantando la barbilla, indignado. Murdock continuó apoyado en el mostrador con los pies cruzados. No se sentía impresionado por la actitud de Townsend, ni temía que pudiese intentar pegarle. Se quedó mirándole con fijeza hasta que el otro explotó.

—¿Quién eres tú para decirme lo que tengo que hacer respecto a Beverly Gordon? ¿Es algo de tu incumbencia?

—No —contestó Murdock—, si a Laura no le importa, a mí tampoco. ¿Sabes? Resulta que tu mujer me cae bien.

Díselo a ella entonces. Claro que quizá deberías decírselo también a Ross Carlin.

Murdock se retiró del mostrador haciendo que Townsend retrocediese un paso.

—Se está haciendo tarde, George. Estoy rendido. Creo que ya sé porque has venido a mi casa, pero me gustaría que lo contases tú mismo.

Townsend se humedeció los labios y pareció pasársele algo de la rabia contenida.

—Quiero pedirte que olvides que te encontraste a Beverly en el

apartamento de Bailey. De todas formas, no puedes probar que ella estaba allí, es su palabra contra la tuya, ¿para qué vamos a armar jaleo entonces?

—¿Cómo consiguió las llaves de Bailey?

—¿Quién ha dicho que tenía llaves?

—Los hombres no llevamos las llaves en el bolsillo del abrigo. Bacon las encontró allí y tuvo que ser Beverly la que las colocó en ese sitio. No puede ser de otra manera. Me la encontré metida en el armario de Bailey con su pistolita en la mano. Había registrado el apartamento a conciencia.

—Tú lo sabes —dijo Townsend— y yo lo sé también. Si le cuentas eso al teniente Bacon o al Fiscal del Distrito puede resultar un poco incómodo para ella, pero nada más. No tienes pruebas, ¿para qué complicar las cosas?

—Me dijo que no había encontrado lo que buscaba. ¿Qué era en realidad?

Townsend movió la cabeza y suspiró.

—No te lo puedo decir.

—Viniste a solicitar mi cooperación, pero no ofreces la tuya.

—Lo siento —contestó Townsend y daba la impresión que lo decía sinceramente.

—¿Por qué pensaste que Bailey lo tenía?

—Tenía, ¿qué?

—Lo que buscaba Beverly.

—Por lo que dijo en la fiesta.

—¿No crees que podía haber estado fantasmeando? Era de esa clase de gente, ya sabes.

—No lo creo —contestó Townsend—. No podría haber hablado como lo hizo si no supiera algo, o no tuviera alguna prueba de ello. Te puedo decir una cosa, si eso llega a caer en ciertas manos, va a sufrir mucha gente.

Murdock lo creyó. La sinceridad de Townsend, así como su disgusto eran obvios, pero no dejaba de especular y probó a hacer otra pregunta.

—¿Tiene algo que ver con el Spartans?

—Sí. Lo negaré si se lo dices a alguien; pero si Bailey estaba diciendo la verdad, si tenía en su poder lo que estaba insinuando, podía haber provocado bastantes más problemas de los que la Liga podría soportar.

—¿Se trataba de alguno de los trabajos que estaba realizando Jack Fenner?

—No sé nada de Jack Fenner.

—¿No le habías contratado tú?

—No.

Murdock no se sintió convencido, pero se daba cuenta de que no iba a sacarle más.

—Está bien, George —dijo y le cogió del brazo para llevarle hasta el salón—, creo que no es cosa mía, pero alguien mató a Bailey. No puedo remediar el sentirme un poco culpable de su muerte, estoy metido en esto aunque no quiera. Incluso si me hubieras hablado antes, no creo que hubiera podido ser diferente, pero ahora ya no es posible cambiar las cosas.

Townsend se quedó parado en el centro del salón.

—¿Quieres decir que no nos vas a ayudar? —preguntó entrecortadamente y con resentimiento.

—Quiero decir que no puedo. Es demasiado tarde. Ya le he contado a Bacon lo de Beverly.

—No te creo —dijo Townsend—. Si se lo hubieras contado a Bacon ya nos habría comunicado algo.

—Te lo dirá por la mañana probablemente. Le acabo de dejar en el apartamento de Bailey.

Townsend le dirigió una dura mirada y pareció darse cuenta de que acababa de oír la verdad. Se le oyó inhalar aire y el cansancio se reflejó en su rostro flácido. Se dirigió hacia la puerta, abrochándose el abrigo. Dijo una última frase cuando ya se encontraba en el vestíbulo.

—Si las cosas son así, está bien. Ella lo negará naturalmente y yo haré lo mismo. También negaré haber estado aquí. No te he visto.

—Como tú quieras, George —dijo Murdock—. No creo que lo que yo haga o deje de hacer suponga una gran diferencia. Se trata del caso del teniente Bacon y él lo llevará como crea más conveniente.

Se quedó allí de pie hasta que oyó que Townsend empezaba a bajar las escaleras, luego cerró la puerta y echó el cerrojo. Al atravesar el salón apagando luces pensó que debería haberse tostado el otro bollo. Durante un segundo o dos estuvo tentado, pero luego, sintiéndose más cansado que hambriento, se marchó camino del dormitorio.

9

Kent Murdock recibió una llamada oficial a las 9,05 de la mañana siguiente mientras estaba tomando café. El que llamaba era el sargento

Keogh y sus palabras fueron bruscas, sin sombra de sentido del humor.

—El teniente quiere verle.

—Ya lo sé —dijo Murdock.

—Quiero decir ahora mismo.

—Se suponía que me esperaba a las diez —replicó en tono de débil protesta.

—Yo no sé nada de eso. Lo que sé es lo que me acaba de decir ahora mismo. Me ha pedido que le comunique que llame usted a su periódico y que diga que llegará tarde —continuó Keogh tercamente —, en caso contrario le irán a buscar de forma oficial.

—Está bien —dijo Murdock—, llamaré.

—¿Cuánto va a tardar?

—Quince o veinte minutos.

—Se lo diré al teniente —replicó Keogh y, habiendo cumplido con su deber, colgó.

Murdock terminó de tomarse el café y fregó los cacharros antes de llamar al Courier. Cuando contestó la telefonista le pidió que le pusiera con T. A. Wyman, esperando que el director se encontrase en su despacho. Ya había echado una ojeada al periódico que le había traído el repartidor y le complació ver que la fotografía del apartamento de Bailey y las que él le había tomado en el coche habían sido publicadas. La historia que daba pie a las mismas tenía algo de espectacular, pero estaba salpicada de vaguedades, se hacía aparente que lo que Bacon había dicho la noche anterior era más de tipo general que definitivo.

—Hola —dijo cuando escuchó la voz de Wyman—, me acaba de llamar el teniente Bacon. Quiere que me presente en la comisaría.

—De acuerdo —replicó Wyman con su acostumbrada manera directa—. Hiciste un buen trabajo anoche. Me gustaría decir lo mismo sobre el reportaje. Tuvimos que contentarnos con frases como «encontrado muerto en circunstancias misteriosas». Todavía no se sabe cómo le mataron, ni el motivo, ni nada de eso, ¿no?

—No.

—¿Cuándo lo sabremos?

—Cualquier reportero de los que se encuentren en la comisaría puede enterarse por el teniente, antes de que termine la mañana.

—Eso espero. ¿No es Bacon amigo tuyo? —Sí.

—Bien, sonsácale, y no te preocupes por la oficina. Delaney puede ocuparse de las cosas de tu departamento.

—De acuerdo.

—No te olvides de que Bailey era uno de los nuestros. Aunque no te gustase, el hecho es que trabajaba para el Courier. Queremos saber quién le mató y necesitamos ser los primeros en publicar la noticia. Llámame. No dejes de curiosear. Si necesitas algo nos llamas.

Eran las 9,25 cuando Murdock entraba en el vestíbulo de la Comisaría de Policía, saludó al oficial de uniforme que se encontraba en la información y entró en el ascensor. Subió hasta el piso cuarto y caminó a lo largo del corredor, torciendo a la derecha, para penetrar en una oficina cuadrada que contenía una media docena de mesas pequeñas, sillas y archivadores. En ese momento había dos detectives de guardia, uno de ellos mecanografiaba un informe y el otro leía el periódico. Ninguno de los dos levantaron los ojos hacia Murdock mientras éste se dirigía hacia una puerta cerrada que conducía al despacho privado de Bacon. Cuando alargó la mano para coger el pomo de la puerta, el detective que leía el periódico lo retiró para mirarle, diciéndole con tono de aviso:

—Oiga. El teniente está ocupado. Tiene visita.

—Me mandó buscar —replicó Murdock y dio la vuelta al pomo—, dijo que quería verme ahora mismo.

Abrió la puerta y se quedó parado en el umbral, mientras su mirada captaba el contenido de la pequeña y algo destartalada oficina. Bacon, sin chaqueta y con el chaleco desabrochado, tenía los codos apoyados en la mesa. Su primera reacción fue de enfado; no había nada más que dos sillas para las visitas y en una de ellas estaba sentado Jack Fenner con muy buen aspecto, vestido con un traje gris oscuro. Su rostro delgado y de facciones acusadas parecía inexpresivo. Sus ojos de ágata parecieron más especulativos que sorprendidos al posarse en Murdock.

—Cuando esa puerta está cerrada —dijo Bacon, con su tono de voz más oficial a la vez que la señalaba— quiere decir que estoy ocupado. Incluso tú deberías saberlo.

—Me llamó Keogh.

—Ya lo sé.

—Dijo que querías verme ahora mismo.

—¿Y no puedes esperar fuera? Terminaré en unos minutos.

—¿Qué hay de las huellas? —preguntó Murdock sin ceder.

—¿Qué huellas?

—¿No tomaste en cuenta lo que te sugerí anoche? ¿O es que quizá tus expertos no consiguieron sacar ninguna huella del archivador de Jack?

Bacon suspiró y se recostó en el sillón con aire de derrota.

—Está bien, ¡maldita sea! —y todavía había restos de enfado en su voz—. Cierra la puerta y siéntate, pero mantente callado. Cuando quiera que hables te lo diré.

Abrió el cajón superior derecho de su vieja mesa y seleccionó uno de sus cigarros puros favoritos, un ejemplar largo y delgado que compraba por cajas a seis centavos la pieza. Sacó un cortaplumas del bolsillo del chaleco y eligió con cuidado una de las cuchillas. Una vez abierta, manipuló cuidadosamente uno de los extremos del cigarro. En esta tarea concentró su atención sin dedicarla a nada más y, mientras se encontraba ocupado, Murdock se sentó y miró a Fenner que respondió con un solemne guiño.

Murdock tomó sus cigarrillos y al alargar Fenner la mano le dio uno y le ofreció lumbre; ambos siguieron fumando en silencio, mirando cómo Bacon hacía girar el extremo del cigarro entre sus labios hasta que lo tuvo bien humedecido. Luego, casi con ternura, acercó una cerilla y a base de pequeñas aspiraciones y de giros del cigarro consiguió encenderlo de una forma satisfactoria. Cuando terminó, se dio una vuelta en la silla y los muelles rechinaron con el movimiento.

—Tu sospecha resultó cierta —dijo—, las huellas cuadraron. Esto significa que Bailey fue el tipo que forzó el archivador de Fenner. Por eso se encuentra aquí ahora.

Se meció suavemente en la silla saboreando su cigarro, sus ojos grises brillaban un poco y tenían aspecto pensativo. No se apresuró. Los inspeccionó de forma persistente; se trataba de un truco ya probado que ayudaba a veces a enervar a los sospechosos. Esta vez estaba malgastando sus esfuerzos ya que Fenner permaneció simplemente sentado, con el delgado rostro inexpresivo y la mirada directa y sin parpadear. A los cinco segundos de esta actitud, Bacon miró a Murdock.

—Tengo entendido que estuviste en la oficina de Jack el sábado por la mañana después de que le robaran.

—Efectivamente.

—¿Qué dijo entonces?

—Pocas cosas, entre ellas que no comprendía que nadie pudiera estar interesado en forzar la puerta de su oficina.

—¿Te lo creíste?

—¿Cómo podía creérmelo? —preguntó a su vez Murdock—. Alguien, y si las huellas coinciden, ese alguien fue Bailey, deseaba algo tan apasionadamente que asaltó la oficina. Aparentemente consiguió hacerse con lo que quería.

—¿Qué es lo que dijo Jack?

—Que iba a intentar recuperarlo.

Fenner se cambió de posición en la silla y esparció ceniza por el

suelo.

—Ya te lo había dicho yo anteriormente, teniente.

—Tú habías preparado ya tu informe —dijo Bacon todavía con aspecto pensativo—, Bailey te lo robó. Ahora está muerto. ¿Podrían haberle matado por el informe que te robó?

—No tengo la más mínima idea.

—Pero, existe la posibilidad...

—Desde luego, existe la posibilidad.

—Tú tardaste cierto tiempo en conseguir esos informes. ¿Cómo estaban guardados? ¿En una carpeta?

—Estaban en una carpeta que, a su vez, estaba metida en un sobre. Poco más o menos de ese tamaño —Fenner formó un rectángulo con las manos y Murdock calculó que el sobre debía haber tenido unos treinta centímetros por veinte, o quizá algo más.

—Está bien —continuó Bacon—. Ahora ya hemos llegado a ese punto, ¿qué contenía el informe?

Fenner movió la cabeza de forma deliberada.

—¿Tuviste ayudantes para ese trabajo?

—Sí, gente de fuera de la ciudad.

—¿Quién te contrató?

—No te lo puedo decir —contestó Fenner cruzando las piernas—. Ya lo sabes.

—Yo no sé nada de eso —contestó Bacon con enfado en su voz—. Podemos confiscar tus archivos si no tenemos más remedio. Quizá tu libro de cheques y los comprobantes de ingresos nos dirán quién es el que te ha estado pagando.

Bacon esperó un poco, pero al no obtener reacción alguna, el color empezó a subírsele hasta la cara.

—No me contestes con esos trucos que utilizan los abogados —dijo finalmente con exasperación en sus palabras—. Tú no eres un abogado. Eres simplemente un detective privado y no te puedes acoger a esos derechos. Tienes un permiso para trabajar que se te puede retirar.

Siguió esperando, pero no tuvo más suerte que antes. Fenner continuó sentado con su cara inexpresiva. Bacon volvió a llevarse el cigarro a los labios e inhaló. Cuando vio que no salía humo observó la punta indignado y lo dejó en el cenicero.

—No creerás que estoy bromeando, ¿verdad, Jack?

Fenner no pareció sentirse turbado por la amenaza y Murdock conocía al detective lo suficiente como para comprender que su actitud era auténtica. La Policía le había interrogado multitud de veces y se sabía de memoria muchas contestaciones; ahora habló según su costumbre.

—Ya sé que no bromeas —dijo—. Ya sé que me podéis obligar a

hablar. Si tengo que comparecer a juicio y el juez me amenaza con acusarme de desacato y me enfrento con el problema de pasar treinta días detenido, naturalmente que se lo diré. Pero no ahora. No te lo contaré a ti ni incluso al Fiscal del Distrito.

Bacon no protestó esta vez. Como si se diera cuenta de que había llegado a un callejón sin salida con respecto a Fenner, volvió a coger su cigarro y le quitó las cenizas con ayuda de una cerilla. Otra vez se entretuvo en encenderlo. Cuando habló a Fenner ya no había enfado en su voz.

—¿Sabes una cosa? —dijo pensativamente—, se te podría acusar de este crimen.

—¿Cómo?

—Bailey te roba una cosa que es muy importante para ti. Tan importante que tienes miedo hasta de hablar de ello. Investigas y descubres que Bailey es el culpable. Te acercas a la fiesta en el motel y te quedas fuera esperando una oportunidad y la consigues. ¿Sabes realmente lo que sucedió y cómo mataron a Bailey?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

Bacon empezó a hablar y la historia sobre Gary Hargrave y Charlie French resultaba tan familiar a Murdock que escuchó solamente en parte. Sabía que el teniente no estaba acusando a Fenner en serio. En un caso así, donde no tenía realmente una pista, una acusación semejante era un procedimiento de tipo estándar. Algunas veces conseguía sorprender a alguien, pero parecía que ahora mismo estaba tratando de aclarar sus propias ideas.

—Este tipo French dejo a Bailey en el asiento trasero del coche de Murdock —dijo continuando su hipótesis— y cuando llegó el momento, tú te pudiste acercar para aprovechar la oportunidad.

—¿Y cómo lo hice? —Fenner se permitió dibujar una sonrisa en los labios y su tono era sardónico—. ¿Le disparé, le acuchillé o le estrangulé?

—Caliente, caliente —contestó Bacon—.

El doctor utilizó la palabra asfixia.

Murdock se incorporó lentamente en su asiento, su oscura mirada reflejó atención mientras su mente se aceleraba. Sabía que no era un comentario vano y, aunque había oído perfectamente, lo encontró increíble. Que Bacon estaba hablando en serio era algo obvio, pero incluso en ese momento encontró difícil comprender lo que acababa de oír, de forma que se quedó callado esperando el resto de la historia.

—La autopsia mostró una conmoción —dijo Bacon— producida cuando Bailey se golpeó la cabeza al pegarle el joven Hargrave. El doctor dice que debió de estar inconsciente durante cierto tiempo, pero le es imposible fijarlo. Quizá dos o tres minutos. Puede que diez o más —miró directamente a Murdock—. ¿Sabes lo que le mató? Tu

gabardina.

Murdock no contestó a esto. No se le ocurría nada que decir. A Fenner le pasó lo mismo.

—Tu gabardina se encontraba en el asiento trasero, ¿verdad? Pues alguien la colocó sobre la cara de Bailey. Es muy sencillo, ¿no crees? Tapar la boca y la nariz y apretar. Mantuvieron esta presión hasta que todo hubo terminado —se inclinó ligeramente hacia adelante y añadió—: Había una marca en la frente de Bailey, una marca redonda. Se veía perfectamente y cuando los chicos del laboratorio descubrieron cómo había muerto, hicieron algunas comprobaciones. La marca la produjo uno de los pequeños botones del cuello de la gabardina —les apuntó con su cigarro mirándolos fijamente— y no es eso sólo. Los expertos examinaron la gabardina como si estuvieran tratando de encontrar un remedio para el cáncer. Hallaron algo más. El puñetazo de Hargrave hirió a Bailey en la boca y había un hilillo de sangre en la comisura de los labios.

—Ya me di cuenta —dijo Murdock recordando—. No era gran cosa. Casi no se veía.

—Los del laboratorio no necesitan mucho. Con una pequeña huella tienen suficiente y la encontraron en tu gabardina. La sangre es del mismo tipo que la de Bailey. ¿Te has cortado tú últimamente?

Murdock negó con la cabeza, sentía la boca seca. Se dio cuenta de que tenía la respiración contenida y expelió el aire lentamente. La exposición verbal que había hecho el teniente era clara y le recordó lo eficiente que era la Policía cuando tenía algo consistente en sus manos. El hecho de que su propia gabardina había sido utilizada como instrumento para dar muerte le turbó un poco y se sentía todavía confuso cuando llamaron a la puerta y el sargento Keogh asomó su cara de bruto.

—No quiero interrumpir, teniente —dijo—, pero esas personas a las que usted llamó se están empezando a poner nerviosas. Si pudiera decirles cuánto tiempo va a tardar todavía...

—Voy ahora mismo —Bacon se levantó y cogió la chaqueta. Con una mirada y un gesto de la cabeza dirigidos a Jack Fenner le indicó que la entrevista había terminado—. No creas que vas a poder callar siempre, Jack. Volveremos a hablar del tema.

Jack Fenner se puso de pie y se colocó el abrigo. Ajustó su sombrero, de forma que la estrecha ala quedó perfecta.

—Hasta otro rato, Kent. Adiós, teniente.

—¿Y qué hago yo? —preguntó Murdock mientras el teniente se abrochaba el chaleco.

Bacon le dijo que tenía que acompañarle. Que no sabía lo que se podía sacar de la conferencia que iban a tener, pero quería que Murdock escuchara, quizá pudiera recordar algo que fuera de utilidad.

10

La sala de conferencias cedida al teniente Bacon estaba amueblada con una larga mesa de madera de roble algo estropeada y cerca de una docena de sillas a juego, ya casi ocupadas en su totalidad cuando entró Murdock. De una rápida mirada comprobó que conocía a todos los presentes. Encontró una silla vacía al final de la mesa y se sentó, con la impresión de que estaba añadiéndose a la reunión del consejo de alguna empresa.

Unos momentos después entró Bacon y los contó a todos, mientras permanecía de pie a la cabeza de la mesa. Llevaba un manojo de notas en la mano y se había traído consigo a un policía taquígrafo, un hombre ya mayor vestido de uniforme, que había engordado por culpa de su dedicación a trabajos administrativos. En esta ocasión no pudo demostrar sus conocimientos porque George Townsend protestó inmediatamente.

Tenía el aspecto de un abogado de prestigio, lo cual correspondía a la realidad, iba vestido con un traje impecable de estambre azul oscuro, la camisa blanca inmaculada y en los puños que asomaban por las bocamangas unos gemelos de oro macizo. Su corbata en marrón liso era sobria pero correcta y la cara algo gruesa estaba suave, con la piel ligeramente bronceada gracias a las sesiones de lámpara. Ahora, aclarándose la garganta con el fin de atraer la atención de Bacon, comenzó a hablar en tonos bien ensayados.

—No queremos un taquígrafo, teniente.

—¿No? —dijo Bacon levantando las cejas y con un acento menos sorprendido de lo que deseaba aparentar—. ¿A quién representa usted, abogado?

—A nadie, de manera oficial, por el momento, pero estoy seguro de que mis amigos no pondrán objeción alguna a que yo proteste en su nombre. Hemos venido voluntariamente...

—Eso era lo convenido.

—... porque deseamos cooperar —continuó Townsend— ésta tiene que ser considerada como una reunión informal y nadie quiere que se tome nota de lo que se diga. Después y de forma separada, los que quieran que declaren; pero cuando usted les haya conminado a ello. Entonces puede tener a su lado a un taquígrafo.

Bacon le indicó al policía gordinflón que se marchase. No discutió y esto le indicó a Murdock que se había tratado más bien de un montaje porque, estando presente Townsend, el teniente sabía que no se iban a poder tomar notas oficialmente.

—Está bien, señor Townsend —dijo mientras se sentaba— lo haremos como usted quiere, tiene toda la razón. Lo que yo deseo es lo

que ya me ha ofrecido la mayoría de ustedes: su cooperación. Quiero revisar con detalle lo que pasó anoche. Lo que cada uno vio y lo que hizo, lo más aproximadamente posible y sobre todo a qué hora.

Murdock encendió un cigarrillo y mientras Bacon seleccionaba sus notas, se puso a contemplar a los que estaban sentados alrededor de la mesa. A su izquierda, Townsend y Beverly Gordon, los más cercanos a Bacon. La mujer llevaba puesto un visón, pero esta vez se trataba de un chaquetón corto, oscuro y de tipo más conservador que el que luciera la noche pasada. En su muñeca se veía un reloj de platino con diamantes, el cabello rojizo había sido peinado por manos expertas y los maquillados ojos verdes tenían una expresión mundana de aburrimiento, bajo las bien depiladas cejas.

Gary Hargrave estaba sentado cerca de ella, con su hermana al otro lado, y su amigo Charlie French junto a la muchacha. Frente a ellos se encontraba Fay Loomis, todavía con un exceso de maquillaje en los ojos. Gene Drake con su eterno cigarrillo y Wade Altman, que estaba sentado de lado, con un codo apoyado en el respaldo de la silla y la palma de la mano sosteniendo su mejilla, con la cara vuelta hacia el lugar donde se encontraba Bacon. Todos parecían algo incómodos, mientras el teniente movía sus papeles y escucharon atentamente cuando se dirigió a Gary Hargrave.

—Vamos a comenzar con usted, señor Hargrave. Usted fue el que pegó a Bailey.

Murdock no prestó mucha atención mientras el teniente recorría la conocida historia, sino que dejó que su mente se desbocara libremente pensando en el joven millonario que tanto interés tenía en jugar al fútbol de forma profesional. Algo de su estilo universitario permanecía todavía en él; exceptuando ese ligero ensanchamiento del cuello, propio de los atletas, y la musculatura del pecho y los hombros, había poco en él que hiciera pensar en un jugador de fútbol.

Tenía aspecto de encontrarse en forma y un experto hubiera sabido que sus movimientos podían ser rápidos, seguros e instintivos. Se veía que su chaqueta Shetland era cara, pero la llevaba de forma casual; la camisa Oxford y la corbata tenían aire deportivo. Los ojos de un azul oscuro se mantenían alertas, pero sin turbarse al contestar a las preguntas de Bacon. La mente de Murdock continuó trabajando y recordó que Hargrave era el único de los jugadores del Spartans que ocupaba una suite en uno de los hoteles más lujosos de la ciudad, no una suite corriente, sino una con dos dormitorios, que debía costarle unos cincuenta dólares diarios.

La tenía alquilada durante la temporada y la compartía con Charlie French. Se contaban historias de cómo habían llegado a ser tan buenos amigos, pero Murdock no sabía qué había de verdad en lo que se contaba; solían salir juntos, con o sin chicas. Poseía poca

información sobre French, excepto en lo que se refería a su carrera de futbolista, pero tenía entendido que este año iba a ser el último como jugador. Fuera de temporada, French solía vender pólizas de seguros en alguna ciudad del medio oeste y se decía que le habían ofrecido un trabajo como ayudante de entrenador, Murdock no recordaba de dónde provenía la oferta para la temporada próxima. En aquel momento, su cuerpo desgarbado y huesudo parecía empequeñecer la silla de rígido respaldo, y había extendido un brazo sobre la que ocupaba Nancy Hargrave. El rostro rudo y con marcas de cicatrices estaba atento, no sólo a Bacon, sino a lo que su amigo relataba.

Cuando, un momento después, le llegó el turno a él, retiró el brazo de la otra silla y se sentó erguido. La forma de hablar en voz baja y despacio y el acento de honradez se hicieron rápidamente evidentes cuando comenzó a contestar a las preguntas que le hacían. Repitió las mismas cosas que había dicho la noche anterior, con un tono de autodisculpa en su voz. Lo que había hecho había sido movido por la mejor intención e insistía en un único punto: Bailey vivía y respiraba cuando él le depositó en el coche de Murdock.

—Desde luego que le vi un hilillo de sangre en la comisura de los labios; cuando alguien te da un puñetazo es lógico que sangres un poco. No me di cuenta del golpe en la cabeza.

—Ese golpe no era importante —dijo Bacon—, lo cual puede favorecerle, señor Hargrave. Bailey no murió de una herida cerebral, sino de asfixia.

—¿Asfixia?

Fue una palabra única pronunciada por varias voces, como si se tratase de un coro trágico, el tono a la vez incrédulo e impresionado.

—¿Asfixiado? —le dijo Nancy Hargrave con voz ahogada—. ¡Qué horrible!

—¿Cómo lo hicieron? —preguntó George Townsend.

—Con ayuda de la gabardina de Murdock —contestó Bacon y repitió lo que ya había dicho anteriormente.

Al terminar Bacon se produjo otro silencio, solamente roto por los papeles que estaba poniendo en orden. Cuando hubo terminado miró a Nancy Hargrave y Murdock se sintió orgulloso de ella, con su abrigo de cachemir azul oscuro que, al abrirse, dejaba ver un sencillo vestidito de punto azul marino tipo sastre; su bonito y juvenil rostro se mantenía serio, pero no preocupado, los ojos de largas pestañas miraban directamente y sin miedo, las respuestas fueron rápidas y sinceras.

Escuchando sus comentarios, pero sin razonarlos, se daba cuenta de que ella era tan diferente a su manera como Gary Hargrave lo era a la suya. Había recibido la misma herencia que su hermano. Se trataba de una muchacha rica, con más dinero que el que jamás necesitaría

realmente, pero no se le notaba. Había sido educada en una escuela elegante al igual que sus amigos. Se había graduado en uno de los mejores lugares del país, pero en vez de acogerse al programa corriente de presentación en sociedad, organizaciones de caridad, un club, Newport, Palm Beach y el resto de las cosas que componían su círculo social y que gradualmente la hubieran llevado al matrimonio con alguien que poseyera sus mismas calificaciones y un respaldo financiero idéntico, había insistido en ir a la universidad. Eligió Wellesley y, tanto si su interés por la literatura era natural en ella, o si lo había cultivado en la facultad, había continuado en esa dirección obteniendo un trabajo como corresponsal para el Courier, mientras estudiaba.

Después de un viaje a Europa, obligado en los de su clase, había empezado a trabajar para un periódico de Illinois, donde vivía. Al firmar su hermano con el Spartans se había venido al este. A causa de sus anteriores relaciones con el Courier comenzó a trabajar empezando simplemente como administrativa. Escribiendo pequeños artículos cuando surgió la oportunidad, poco a poco se había convertido en redactora de los ecos de sociedad y la página femenina. Este trabajo le ocupaba cuatro días de la semana y había insistido en trabajar un día extra sustituyendo a otra redactora en su día libre.

Socialmente, su hermano y ella no se mezclaban; de igual modo cada uno de ellos había buscado alojamiento por separado. Para los que trabajaban con ella en el Courier, era una más entre los compañeros, alegre, brillante, independiente, con los pies en el suelo y sabiendo lo que quería. Una persona observadora se podía dar cuenta de que su guardarropa era más abundante y más caro que el de sus compañeras, que quizá se preocupaba algo menos del dinero y que su piso y la decoración de éste resultaban más elegantes de lo que su salario podía permitirle. Había algo en ella, también producto de su educación, que se notaba en la forma de hablar, en la forma de caminar y en un aire de distinción que no venía solamente de su belleza…

Murdock, viéndola recostarse en la silla y levantar la mano para retocar su corto cabello castaño, se dio cuenta de que Bacon había terminado con ella y se estaba dirigiendo a Wade Altman.

—¿Tiene usted algo que añadir a lo que nos contó la noche pasada?

—No creo, señor —replicó Altman con su fuerte acento sudeño.

—Después de que la señorita Hargrave saliera del coche, usted se quedó en él fumando otro cigarrillo —señaló a Fay Loomis—. Vio a esa señorita que se dirigía hacia el salón, pero no se dio cuenta de dónde venía. Dijo que no la reconoció hasta que la luz le dio en la cara.

—Exacto.

—Quizá se paró usted cerca del coche de Murdock en su camino de vuelta al salón…

—Creo que podría haberlo hecho —contestó Altman—, pero no lo hice.

Bacon formuló algunas otras preguntas, repeticiones de las que ya les había hecho a los otros y Murdock empezó a pensar que no conocía demasiadas cosas sobre este veterano jugador. Al igual que sus compañeros, Altman vestía pantalón de color gris y chaqueta de sport, pero no llevaba corbata, sino una camisa deportiva con cuello abierto. Su cara tenía un aspecto duro que le hacía parecer mayor de lo que era y, al igual que le sucedía a Charlie French, tenía marcas visibles de los combates. Sus espesas cejas de color arena casi se unían en el entrecejo sobre la nariz, tenía grandes manos musculosas y sus ojos de un pálido azul poseían una mirada de alerta, inescrutable y pocas veces miraba directamente.

Había llegado de algún colegio del sur y había jugado en una media docena de equipos en la Liga nacional y en la canadiense, hasta que firmó con el Spartans al crearse la nueva Liga. Los equipos buscaban siempre de forma desesperada gente con talento y Altman había cumplido maravillosamente el año anterior. Algunos decían que había estado en varios equipos porque era de poco fiar; otros insinuaban que no se encontraba siempre en buena forma física. Había tenido pequeños tropiezos con la ley, algunos problemas de tráfico y cosas así. Según informaciones llegadas a Murdock, Altman no tenía amigos y decían que su carácter era muy variable, muy agradable cuando se lo proponía e insoportable otras veces.

Se sabía que sus días como jugador habían acabado, eso era incuestionable. Otro muchacho que había llegado al equipo el año anterior había compartido con él los partidos durante esa temporada, pero en la actual, Altman se pasaba cada vez más tiempo en el banquillo, mientras ganaba más experiencia el otro muchacho. Entró en el terreno de juego el día anterior en un momento crucial y había hecho que el Spartans ganase el partido con una brillante jugada. Estaría preparado para el partido final la semana siguiente, si hacía falta. Pero había pocas posibilidades de que le renovaran el contrato para la temporada siguiente. Murdock desconocía los planes que pudiera haber hecho para un futuro inmediato…

—Una sola pregunta más —estaba diciendo Bacon—. ¿Se encontró con el señor Townsend en el aparcamiento en algún momento?

Altman dudó un instante, como si estuviese pensando bien la pregunta; luego negó con la cabeza:

—No. No recuerdo haberle visto, excepto dentro de la fiesta.

—Quizá le vio usted, señorita Loomis —dijo Bacon cambiando bruscamente, con esa costumbre suya tan característica que Murdock encontraba típica de los oficiales de Policía con experiencia—. Usted salió afuera a coger cigarrillos, según sus palabras. Tuvo que ver algo.

La pregunta pareció sorprender a la muchacha, que abrió mucho los ojos mientras su mente trataba de digerir la idea. Luego sacudió la cabeza, un movimiento negativo que lanzó su melena rubia a una danza oscilante.

—Pero…, yo no vi nada, teniente. Vi a Gene —miró al pianista que se encontraba a su lado— y al señor Murdock. Eso fue cuando yo volvía camino del salón. Había gente en los coches. Quiero decir que los vi, pero no muy bien, ya sabe…

—¿Alguno de ustedes conoce a un tal Cooksley? —preguntó Bacon a la vez que cogía una hoja de papel.

—Claro —afirmaron Hargrave y French.

—Juega de defensa —añadió Altman.

—Exactamente a mi lado —dijo French.

—¿Y una chica que se llama Burdick?

—Trabaja para mí —dijo Beverly Gordon—, es una de las bailarinas del espectáculo. Jean Burdick. ¿Por qué?

—Estuvieron cierto tiempo fuera, en el coche de Cooksley —contestó Bacon—.

No me ha sido posible establecer la hora, porque Cooksley me dijo que cuando uno está dentro de un coche con una chica no se le ocurre mirar el reloj, ni a él, ni a la chica. Alguien merodeaba alrededor del coche de Murdock antes de regresar a la fiesta.

Consultó nuevamente sus notas y añadió:

—Vieron a un hombre abriendo la puerta trasera y una luz que no era la del coche. Por lo que dicen se trataba de un resplandor débil. Pensaron que podía ser una cerilla o un encendedor. Cuando se apagó y se hubo cerrado la puerta se marchó —miro hacia Townsend—. Me dijeron que era usted.

Como todos los buenos abogados, George Townsend era un actor bastante aceptable. Se permitió una mirada sorprendida. Esbozó una pequeña sonrisa de disculpa mientras sus ojos castaños se mostraban más divertidos que alarmados.

—¿Yo? —movió la cabeza—. Me temo que no fui yo, teniente.

—;No se acercó al coche de Murdock?

—No.

—¿En ningún momento?

—En ningún momento.

—Parecían muy seguros —dijo Bacon—.

Se trata de dos contra uno.

—Estaba muy oscuro en aquel aparcamiento. Cualquier

identificación en semejantes circunstancias sería incuestionable.

—Posiblemente —añadió Bacon—, pero es cierto que nos lleva a suposiciones interesantes. Mientras usted estaba colocando a Bailey, inconsciente o muerto, en la parte trasera del coche de Murdock, pudo coger sus llaves. Ese hombre tenía algo que usted deseaba y existía la posibilidad de que lo hubiese guardado en su apartamento. Bien porque la señorita Gordon es más atrevida que usted o porque quizá alguien le podía echar de menos en la fiesta, le dio las llaves a ella para que fuera a buscarlo.

—¡Qué idiotez! —comentó Beverly Gordon con desdén.

—Demasiado aventurado, teniente —dijo Townsend—. La señorita Gordon no abandonó la fiesta en ningún momento.

Bacon aceptó este comentario rápidamente. Su mirada pasó sobre Murdock y se posó en Beverly Gordon. La miró directamente, sin decir nada. Esa mirada directa habría descompuesto a más de uno, pero pareció no producir efecto en Beverly Gordon. A Murdock no le sorprendió, porque hacía varios años que la conocía y se había dado cuenta de que los hombres no eran jamás un problema para ella. Los subdividía a su manera: los que podían aportar algo a su carrera o cuenta corriente, los que podía merecer la pena prestarles atención v los otros.

Se hacía evidente que para ella Bacon era un policía con «p» minúscula y le trataba de acuerdo con ese criterio. Movió ligeramente un hombro, sus verdes ojos tenían una mirada fría y desdeñosa al hablar.

—¿Quiere intentarlo otra vez conmigo, teniente? ¿A dónde se supone que me fui?

—Al piso de Bailey, ¿lo niega?

—Naturalmente que lo niego.

—Ya lo ha oído —dijo Townsend—, a menos que usted pueda...

Bacon le cortó. Dándose cuenta de que sería inútil continuar con este asunto en ese preciso momento, se dirigió a todos los presentes:

—Me gustaría tener una declaración de todos ustedes —se levantó para indicar que la reunión había terminado—, pero de forma individual y en privado. Tenemos dos taquígrafos, de forma que se acabará pronto.

George Townsend ayudó a Beverly Gordon a ponerse su chaquetón de visón y les ofreció el siguiente consejo:

—Estoy seguro de que al teniente no le importa que les diga que no les pueden obligar a hacer una declaración formal ahora. No sugiero que se nieguen a ello. Los que no tengan ninguna objeción pueden hacerlo, pero no se sientan obligados solamente porque se lo hayan pedido.

Bacon no dijo nada. Señaló hacia el sargento Keogh que había

permanecido de pie ante la puerta cerrada con los brazos cruzados, y les dijo que les indicaría el lugar donde podían declarar.

11

Eran más de las once cuando Kent Murdock bajó las escaleras de la comisaría y se paró en acera para encender un cigarrillo. Recordó otra vez que no había preguntado a Bacon cuándo le devolverían su coche. Se dirigía camino de la esquina para tomar un taxi cuando oyó un claxon que sonó dos veces muy cerca del lugar donde se encontraba. Se volvió para mirar y observó a un hombre que salía del asiento delantero de un Lincoln negro, último modelo. Luego se dio cuenta de quién era el hombre sentado en la parte posterior del coche, pero el que se acercó a él era alto y delgado, un joven con espeso pelo negro, pobladas cejas y aspecto musculoso. Se llamaba Maxie no sé qué y Murdock le conocía como guardaespaldas, chófer y hombre Viernes de Ross Carlin.

—¿Eras tú el que sonaba el claxon, Maxie? —preguntó Murdock.

—Sí, señor Murdock. El señor Carlin querría hablar con usted, si dispone de un minuto libre.

Carlin abrió la puerta posterior al acercarse Murdock.

—¿Tiene coche?

—No.

—Estupendo. Suba. Le llevaremos.

Murdock entró en el coche y se acomodó en los mullidos asientos de goma-espuma, mientras Maxie se colocaba al volante. Carlin oprimió un botón y se levantó un panel de cristal para incomunicarles con la parte del chófer y asegurar un completo aislamiento.

—¿Al Courier? —preguntó, y cuando Murdock dijo que sí, Carlin se lo comunicó al chófer valiéndose de un micrófono—. Ve despacio, Maxie. No tenemos ninguna prisa.

El coche se introdujo en el centro de la calzada. Murdock se puso a fumar esperando, sin saber lo que Ross Carlin podía querer de él y convencido de que el encuentro no era simple coincidencia.

—¿Ha esperado mucho tiempo?

—Un poquito.

—¿Cómo sabía que me encontraba aquí?

—Las cosas se saben cuando se tienen amistades en los sitios adecuados.

—Supongo que habrá leído lo que le pasó a Clark Bailey.

—Sí. También me he dedicado a hacer algunas preguntas. Ya sé que fue usted el que se lo encontró y que ha estado metido en este asunto desde el principio y que es amigo del teniente Bacon.

—¿Ha hablado con Jack Fenner esta mañana? —preguntó Murdock, pensando que nada malo había en aventurarse por ese camino.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Unas cuantas cosillas. Alguien destrozó el archivador de Fenner el viernes por la noche y tengo idea de que se llevaron algo que era muy importante para él. Algo en lo que ha estado trabajando durante cierto tiempo. Fenner se encontraba en un palco con usted viendo el partido. Las huellas encontradas en el archivador dicen que fue Bailey el que robó esos informes. George Townsend niega que él contratase a Fenner, pero éste se encontraba en la comisaría esta mañana hablando con Bacon y sabía perfectamente todo lo referente a mí y a la reunión que el teniente había preparado. Por esto es por lo que pienso que quizá Fenner le llamó a usted después de salir de la comisaría. Si no he cometido equivocaciones hasta ahora, la lógica de todo esto es que Fenner trabajaba para usted.

—Eso son solamente palabras —dijo Carlin—. Siempre ha sido muy imaginativo.

No añadió nada más durante unos segundos y eso dio a Murdock una oportunidad para estudiarle y formarse un retrato mental. Carlin estaba cerca de los cincuenta, no era muy alto, pero con aspecto vital y sólida corpulencia. Tenía el pelo casi gris, pero las espesas cejas eran todavía negras y parecían proteger y sombrear sus ojos oscuros. La cara, de mandíbula cuadrada y musculosa, necesitaba dos afeitados diarios si iba a salir por la noche y tenía siempre un aspecto calculadoramente tranquilo e inescrutable que resultaba difícil de descomponer.

Había sido un jugador, mejor dicho un tahúr, de éxito. Todavía lo era, pero durante los últimos ocho o diez años había conducido su talento y habilidad por caminos legales. Ahora jugaba en la Bolsa, inmobiliarias y en inversiones de diverso tipo que incluían construcción de hipódromos, boleras, una parte de un hotel de lujo en Las Vegas y, en aquel momento, un centro comercial enorme en la parte sur de la ciudad. A pesar de todos sus éxitos, nunca había estado en ninguna lista oficial de los negocios en los que había participado y solía pagar para que fuesen otros los que le representasen en diversos consejos de administración. Su nombre no aparecía en conexión con ninguna nueva sociedad. Los datos que conocía Murdock le habían ido llegando poco a poco y por diversos canales.

Al principio, George Townsend había representado a Carlin en algunos negocios. Murdock desconocía si esta relación continuaba, y recordó nuevamente la extraña relación de Townsend con Beverly Gordon, mientras Carlin se dedicaba a Laura Townsend. Ahora, al dedicarle más atención al tema, Murdock se puso a especular sobre el motivo que podía tener Carlin para interesarse tanto por Clark Bailey y Jack Fenner y, con toda posibilidad, por el equipo del Spartans.

—Si usted contrató a Jack Fenner —dijo continuando con sus

especulaciones—, éste le protegió a usted silenciando su nombre cuando Bacon le interrogó.

—Está bien —dijo Carlin, ante aquel ataque directo—, si quiero puedo ponerme a su altura. Esto tiene que quedar absolutamente entre nosotros dos y lo negaré si se lo cuenta a alguien. No es que le vaya a decir lo que yo deseaba o los motivos que me impulsaron. Diremos que encargué una investigación y contraté a Fenner. Ha estado trabajando en ello desde entonces.

—Me dijo que lo tenía terminado —indicó Murdock.

—Sí.

—Pero, ¿cómo lo podía saber Bailey, fuese el que fuese el trabajo de Fenner?

—No lo sé.

—Pero lo consiguió.

—Aparentemente.

Murdock estuvo pensando un poco en los datos que ahora tenía.

—Fenner dijo que le habían robado un sobre grande. Quizá Bailey encontró la muerte por culpa de ese sobre.

—Eso lo había pensado yo también —dijo Carlin.

—Si ya ha hablado con Fenner esta mañana, sabrá de qué forma murió Bailey. Quizá también le ha dicho que le metieron en la parte posterior de mi coche.

—Creo que lo sé todo.

—Bailey sabía que alguien había estado registrando su apartamento antes de que fuésemos a la fiesta la noche pasada —dijo Murdock y le contó lo que había sucedido—. ¿Tendría sentido pensar que George Townsend parecía interesado en encontrar ese sobre?

—Lo tendría.

—¿Y Beverly Gordon?

—¿Por qué no? Es una mujer voraz y ambiciosa con todo el atractivo del mundo y tiene pescado a Townsend, completamente cogido en el anzuelo. No me pregunte el motivo por el que un hombre de tipo sofisticado y aparentemente inteligente que ha tenido montones de mujeres en su vida se iba a dejar pescar por lo poco que ella le da, pero es así —se aclaró la garganta y continuó—. Compró parte del viejo Club 66 para ella, que lo rebautizó con el nombre de Club Beverly y tengo entendido que gastó cien grandes para decorarlo, supongo que se los sacó a Townsend. Probablemente se ha gastado otros cincuenta grandes en joyas, sin mencionar las pieles, ¿y qué obtiene a cambio? Ni amor, ni afecto, ni nada por el estilo, porque no creo que Beverly sea capaz de ofrecerlos. Cena en el club cuatro o cinco noches a la semana, luego se sientan juntos en una mesa de una esquina, pero ella ni siquiera le permite que la acompañe a casa cuando cierran el club. Me han dicho que todo lo que le concede son

dos horas en su apartamento, una vez a la semana, a primera hora de la tarde. Por eso solamente, él desprecia lo que pudiera haber sido una feliz vida conyugal y casi su carrera. Está loco. Tendría que saber que le están tomando el pelo. Es como una enfermedad, como una droga-adicción, solamente que en vez de heroína, es sexo o lo que sea lo que ella le da. Aunque no creo que sea solamente sexo, es algo especial que tiene Beverly.

—Bacon cree que Townsend cogió las llaves de Bailey mientras éste se encontraba en la parte posterior de mi automóvil, pero no puede probarlo.

—No creo que tuviera el valor suficiente para matar a Bailey —dijo Carlin—, a menos que estuviera asustado. Lo que podría haber sucedido es que mientras le rebuscaba en los bolsillos para coger las llaves, el otro hubiera vuelto en sí y le hubiera reconocido..., algo así.

—Como quiera que fuese —dijo Murdock—, Townsend le dio las llaves a Beverly y ella corrió al apartamento de Bailey y lo registró de arriba abajo.

—¿Cómo sabe todo esto? —preguntó Carlin, mientras sus ojos escrutadores parecían sondearle.

Murdock lo pensó. Iba a decir que es. taba simplemente repitiendo la teoría de Bacon, pero decidió que la verdad no le perjudicaría.

—Como esta conversación es privada y personal, se lo diré. Sé que Beverly estuvo en el apartamento de Bailey porque me la encontré allí.

Esto atrajo inmediatamente la atención del otro, un destello de interés se avivó en los oscuros ojos de Carlin. Su larga práctica le ayudó a escuchar de forma impasible toda la historia y Murdock le contó también la visita que Townsend le había hecho en su propio apartamento.

—Pero el teniente no puede probar nada de esto, ¿no es así? —preguntó Carlin.

—De momento, no —Murdock se dio cuenta de que el coche se había parado, levantando los ojos vio el edificio del Courier y alargó la mano para abrir la portezuela.

—Creo que ese sobre debe ser muy importante para algunos.

—Para mí, sí.

—Debe ser importante también para Townsend y Beverly Gordon para que se hayan expuesto de esa manera.

—Yo pagué una buena cantidad de dinero a Jack Fenner para conseguir lo que había dentro del sobre.

—¿Qué es lo que quiere que haga yo?

Carlin masculló algo en voz baja y le ofreció una sonrisita torcida.

—Muy buena la pregunta. Me gustaría tener una contestación

sencilla. Diremos que he decidido arriesgarme a charlar con usted. Como en el juego, siempre intenta uno obtener algo extra para sí mismo, ¿me entiende?

—Creo que sí —contestó Murdock.

—Usted sale mucho, conoce a mucha gente; tiene cantidad de contactos. Y en este asunto la ventaja de ser amigo del teniente Bacon y de Jack Fenner. Resulta que conoce a la gente más comprometida en el caso y siempre existe la posibilidad de que tropiece con algo que pueda ayudarnos —tragó saliva antes de continuar—. Lo que quiero decir es que si se entera de algo o sabe algo que pueda proporcionarnos a Fenner o a mí una buena pista yo lo apreciaré muchísimo. Si por cualquier milagro consigue poner sus manos en el sobre perdido le ruego que me lo entregue a mí o se lo lleve a Fenner. Técnicamente le pertenece a él, pero como soy yo el que pago estoy dentro del caso. Si puede prestarme alguna ayuda habrá un premio para usted. Si no quiere dinero, la próxima vez que tenga vacaciones le ofrezco pagarle los gastos. ¿De acuerdo?

Murdock salió del coche y le dijo que lo pensaría. Recordó a Carlin que él era solamente un reportero gráfico y no un detective, pero que si se enteraba de algo que pudiera ayudar a Fenner o a Bacon se lo haría saber.

12

Durante las tres horas siguientes aquella tarde Murdock trabajó en las tareas por las cuales solían ser días tranquilos y éste no era una excepción, de forma que se limitó a realizar su trabajo lo mejor que pudo. Charló un poco con el redactor jefe y le contó los últimos acontecimientos surgidos en la historia de Clark Bailey. Miró su agenda para ver lo que tenía anotado e intentó mantener ocupada a su gente. De todas formas le quedó tiempo suficiente para pensar. Poco después de las cuatro, la tensión de esos pensamientos le produjo tal nerviosismo e impaciencia que se encontró incapaz de controlarse. Cuando vio que no toleraba semejante inactividad le dijo a Delaney que se hiciera cargo del departamento, pidió un coche de la empresa y se marchó al Club Beverly.

Incluso los mejores cabarets tienen un aspecto fúnebre y deprimente durante el día y el Club Beverly no era una excepción. La puerta lateral bajo la marquesina estaba abierta y el salón más allá de la oscura entrada se veía a media luz y vacío. La decoración tan elegante y adecuada con la iluminación parecía ahora fuera de lugar y poco invitadora. El único sonido agradable venía del trío instrumental que estaba ensayando en su sitio habitual al fondo. El vestíbulo principal, a la derecha de la entrada, así como los servicios, estaban sumidos en la oscuridad, con excepción de una única luz en el bar donde un solitario camarero cortaba rodajitas de limón para las bebidas de los posibles clientes. No se molestó en levantar los ojos al pasar Murdock, que se abrió camino entre las filas de mesas, sus pasos repicando en el entarimado de la pista de baile al acercarse al escenario.

Vio que además del trío, piano, contrabajo y batería, que solía actuar a primera hora de la noche antes de que empezase el espectáculo principal, se les había añadido Gene Drake con un acompañamiento suave en un piano vertical fuera de la pista. Los dos pianos sonaban bien acoplados y Murdock escuchó complacido hasta que terminaron. Cuando el otro pianista y el batería se levantaron y el contrabajo dejó su instrumento a un lado, Murdock se acercó al piano de Drake y se acodó en él mientras se echaba el sombrero hacia atrás.

—No te había oído —dijo Drake, que no se había dado cuenta de su presencia hasta ese momento.

—Estaba escuchando. ¿Qué haces, ensayar o pasar el rato?

—Ellos eran los que ensayaban. Yo estaba pasando el rato. Me acerqué a hacer una visita.

—Se quitó de la comisura de los labios la colilla, que ya medía dos centímetros solamente, para echarla en el cenicero.

En la penumbra, su rostro enjuto y demacrado parecía más pálido de lo corriente. Se dio la vuelta en el taburete y cruzó las largas y delgadas piernas.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó con los ojos castaños llenos de interrogantes.

—Quería ver a Fay. Traté de hablar con ella desde la oficina, pero llamé dos veces sin que me contestara. Pensé que quizá estaba por aquí.

—Acertaste.

—¿Está en su cuarto de trabajo?

Drake hizo un gesto con la cabeza para indicar un lugar detrás de él, en la parte de arriba.

—Está con la jefa y con George Townsend.

Murdock empezó a darse la vuelta cuando, al recordar una cosa, preguntó:

—¿Cómo tienes hoy la mandíbula?

—¿La mandíbula? —se dio cuenta de la cara de extrañeza de Drake que se tocó la mejilla en el lado de la cabeza que no podía ver Murdock—. ¿Quieres decir la muela? Está mejor. La hinchazón casi se me ha quitado.

—Me alegro —dijo Murdock—. Quiero hablar con Fay. Pensé que podría acompañarla a su casa cuando termine. ¿No te importa?

—No tienes que pedirme permiso a mí, pero ya que lo haces te diré que no me importa. Yo me quedaré por aquí otro rato.

Murdock asintió y dio la vuelta al escenario para traspasar una cortina situada en el fondo y dirigirse hacia la derecha. Subió las escaleras y volvió a torcer otra vez a la derecha, pasando por los camerinos, hasta llegar a una puerta cerca del final del pasillo. Llamó una sola vez con los nudillos y abrió sin esperar contestación. Se trataba de una habitación deliciosamente amueblada con gusto femenino, lo único que rompía la armonía eran la mesa y la silla de ejecutivo. Había un sofá y dos sillas tapizadas de azul pálido, una gruesa alfombra gris pastel y en las paredes pintadas de color marfil, tres grabados de Ives y Currier o quizá se trataba de buenas copias.

Por un momento, Murdock se quedó parado con la mano todavía en el pomo de la puerta mientras los tres ocupantes de la habitación le miraban con sorpresa. Al minuto se dio cuenta de que allí había dos reacciones decididamente diferentes. Beverly Gordon situada tras la mesa, como le correspondía. Llevaba un traje de tweed y la chaqueta desabrochada mostraba una blusa blanca llena de encajes. Estaba ligeramente inclinada hacia adelante, los brazos sobre la mesa con las manos crispadas, una mirada de contrariedad en los verdes ojos y los labios apretados.

George Townsend, en el sofá, se había incorporado con una

expresión en su suave y bien parecido rostro que denotaba disgusto, hostilidad a todo a la vez. La actitud de Fay Loomis era distinta, sentada muy derecha en el borde de una de las sillas con las manos cruzadas en el regazo. Llevaba una falda de franela gris y un sweater rojo oscuro que moldeaba agradablemente su delgado pero bien formado busto. Después de un gesto de sorpresa, en su pequeño rostro se reflejó el alivio. Murdock pudo ver cómo dejaba salir el aire mientras él cerraba la puerta y esto pareció aliviar la rigidez que mostraban sus hombros y espalda.

—¿Qué quieres? —preguntó Beverly Gordon sin perder el tiempo en tonterías—. Esta es una oficina privada y...

—Muy bonita, por cierto —interrumpió Murdock.

—Tienes mucha cara al venir aquí después de todos los problemas que nos has causado.

—¿Quieres decir por haberle hablado a Bacon de lo que pasó anoche? —preguntó Murdock—. ¿Por qué no se lo iba a decir?

—Sabías que no debías hacerlo —dijo Townsend apoyándola—. Es tu palabra contra la de Beverly y se va a quedar así.

Murdock se reclinó en la puerta y los miró uno a uno, comprendiendo que se encontrasen molestos, pero sin que eso le preocupase. Pensó otra vez en lo que Ross Carlin le había dicho por la mañana sobre Beverly y George Townsend y, aunque le resultaba difícil comprender cómo un hombre con los antecedentes de Townsend se dejaba influir de semejante manera por esta mujer, se daba cuenta de que ella poseía algunas cualidades que podían atraer a muchos hombres.

Junto a su mente fría y ambiciosa tenía lo que se podía llamar atractivo sexual. Posiblemente se trataba de algo de lo que ella había sido consciente desde jovencita, pero ahora estaba en pleno apogeo al haber adquirido los medios necesarios para cuidarse, ropas exquisitas, modales seguros y el adecuado maquillaje y preparación.

No era sólo su espléndido cuerpo, que parecía pensado para ofrecer placer cuando le conviniera, o cuando ella misma lo necesitara, lo que la hacía tan tentadora. No radicaba en la forma de su boca, de labios gruesos, ni en los fríos y calculadores ojos verdes, ni en su piel bien cuidada; sino en la forma de utilizar estos atributos. Pocos hombres eran indiferentes a sus encantos y la única forma de no dejarse influir era mirarla y apartar los ojos rápidamente, y no solamente los ojos, sino también la mente y el pensamiento. Murdock lo comprendía; lo que le resultaba difícil de aceptar era el fantástico precio que George Townsend había pagado por esos esporádicos favores que la dama le otorgaba.

—Está bien —dijo secamente—. Sé comprender cuándo no soy bien acogido. Realmente no he venido a argumentar con vosotros.

Estaba buscando a Fay. Como no contestaba al teléfono pensé que la encontraría aquí.

Adelantó unos pasos y tomó la mano de la muchacha como si ya estuviese decidido que ella se iba. Le sonrió preguntándole:

—Has terminado, ¿verdad? Tengo que hablar contigo. He venido en un coche de la compañía, te llevaré a tu casa.

Se mostraba tan confiado y persuasivo que la chica respondió prontamente con una mirada de agradecimiento en los azules ojos al ponerse de pie. Cuando cogió su abrigo de pelo de camello y mientras Murdock se disponía a ayudarla a ponérselo, Beverly Gordon protestó con brusquedad:

—¿Te marchas así?

—¿Cómo «así»? —preguntó Murdock tratando de aparentar inocencia.

—Irrumpes en una reunión privada sin importarte si ya hemos terminado o no.

—Fay tiene que venir luego a trabajar, ¿no es así? ¿Por qué no puedes hablar con ella entonces?

—¿Por qué no suponemos que es ahora cuando quiero hablar con ella? ¿Y si digo que si se marcha ahora queda despedida?

—Lo puedes decir si lo deseas —dijo Murdock—, pero entonces yo puedo charlar con mi buen amigo el redactor de la página de espectáculos para ver si se pueden insertar algunos comentarios poco favorables para el club. O quizá mejor todavía: ignorar este lugar durante una temporada.

Vio cómo los pintados labios se endurecían y un relámpago de rabia apareció en los ojos verdes, pero fue Townsend el que habló para ayudarla.

—Suena a chantaje.

—También sonaba de la misma forma Beverly cuando insinuó que despediría a Fay —cogió a la chica por el brazo y la llevó hacia la puerta. Mirando a Townsend con tono desafiante le dijo—: ¿Tienes alguna objeción, George?

Al entrar Murdock tras Loomis unos minutos más tarde en el modesto apartamento de la muchacha, situado en el tercer piso de un edificio del final de la calle Hamemway, se encontró con que se había repetido algo que ya viera la noche anterior. Era obvio, incluso para él, que la alargada habitación, decorada con estilo femenino, estaba más desordenada de lo normal, y la reacción de la muchacha se lo confirmó al oírla dar un pequeño grito a la vez que se aproximaba a un secreter situado en una esquina.

Cerró los cajones que estaban entreabiertos y se quedó parada durante un momento muy pensativa, mientras se mordía el labio inferior. Unos segundos más tarde se dio la vuelta y corrió camino del

corto pasillo para entrar en el dormitorio.

Al cabo de dos o tres minutos volvió al salón y se quedó junto a un espejo de marco dorado retocándose el pelo. Quedaba algo de asombro reflejado en su rostro, pero parecía más intrigada que preocupada. Algo en su expresión comunicó a Murdock la idea de que el que había registrado el apartamento no había tenido suerte y así lo expresó en voz alta.

—No se llevaron nada, ¿verdad?

—No creo.

—¿Qué era lo que querían?

—No lo sé —contestó ella moviendo la cabeza agitando su melena.

Esto también se lo había oído Murdock a Jack Fenner y a Clark Bailey. Estaba acostumbrado ya a la contestación y cuando se dio cuenta de que no había manera de saber si la muchacha estaba diciendo la verdad o no, cambió de conversación.

—¿Qué estabas haciendo con Beverly y George Townsend, para empezar?

—Me llamó Beverly diciendo que quería verme —se encogió de hombros—. No me dijo el motivo, pero como es mi jefa tuve que ir.

—¿Estuvo Townsend allí todo el tiempo con vosotras?

—No, llegó al cabo de un rato.

—De forma que si él hubiera querido registrar este lugar sabiendo que Beverly te había llamado, no tendría la preocupación de que tú regresaras de repente —dudó unos momentos con los ojos entornados pensativo—. ¿Conoces algún motivo por el que Townsend hubiera querido registrar tu apartamento?

—No.

Murdock sacó sus cigarrillos y le ofreció uno. Después de que se lo hubiera encendido, la muchacha se sentó en el borde del sofá con los codos apoyados en las rodillas. No le miraba ni a él ni a ningún lugar determinado. En ese momento no parecía siquiera consciente de su presencia, esto le intrigó y se puso a dar una vuelta por el salón, contemplando de pasada el estampado de las sillas, las coquetas pantallas de las lámparas, las alfombras algo estropeadas. En la mesita del teléfono, situada al final del salón bajo el espejo, había una agenda abierta y en un impulso la cogió. Había dos números en aquella página y los miró atentamente viendo que uno de ellos le era familiar. Volvió al lado de la muchacha y se sentó frente a ella.

—Estuvo aquí Jack Fenner, ¿no?

Levantó los ojos hacia él. Durante un instante, Murdock pensó que iba a negarlo, pero al final se encogió ligeramente de hombros.

—Sí.

—¿Te hizo alguna oferta?

—¿Oferta? ¿Qué quieres decir?

—No has estado saliendo con él últimamente, ¿verdad?

—No. He salido con él un par de veces, pero no recientemente.

—Entonces no se trataba de una visita de cumplido.

Se le quedó mirando un momento con ojos ausentes. Luego los bajó para contemplar el cigarrillo.

—No tengo idea de lo que estás diciendo.

Murdock se levanto y se quito el abrigo. Lo dobló y lo colocó en el sofá, luego puso el sombrero encima, miró la cabeza agachada de Fay y empezó a pasear por la habitación hablando mientras tanto. Le habló de Jack Fenner y del archivador que había sido forzado la noche del viernes. Comentó que las huellas dactilares indicaban que era Clark Bailey quien había robado información a Fenner. Luego le dijo que el apartamento de Bailey había sido registrado dos veces, lo mismo que había sucedido en la casa de ella.

—No sé lo que contenían esos informes, pero por las cosas que Bailey dijo en la fiesta, sospecho que tienen algo que ver con el equipo de fútbol Spartans. Algunos que tienen interés en ello deben de estar pensando que Bailey tenía esos informes e iba a crear problemas. Quizá le mataron por este motivo. Lo sabes, ¿verdad?

La muchacha no contestó, y él continuó hablando.

—Se me ocurre pensar en cuatro personas que podían estar interesadas en obtener lo que Bailey había robado. Sé de sobra que hasta el momento no lo han encontrado, porque si lo hubieran conseguido no habrían venido a registrar tu casa. Tú sabes muy bien por qué han venido aquí, ¿verdad?

—No, ¿por qué iba a saberlo?

—Piensa. Bailey tenía algo que era importante. Ahora está muerto. Tú eras la novia de Bailey. Quizá confiaba en ti. Si él no tenía en su poder lo que le quitó a Fenner a lo mejor lo tienes tú. ¿Qué otra cosa se puede deducir?

Observó cómo se recostaba en el sofá, los ojos azules fijos en algún punto por encima de la cabeza de él, la boca con un rictus amargo y la expresión hosca y resentida.

—Hace un par de años pensé que quizá Gene Drake y tú llegaríais a algo —dijo Murdock en voz baja—. Yo creía que Gene estaba enamorado de ti; quizá lo está todavía.

—Ya lo sé —dijo ella con voz inflexible—. Quería casarse conmigo, pero no me decidí y luego llegó Clark y..., pero ¿qué importa todo esto ahora? —dijo con voz cansada—. No sé cómo me meto en estos líos. Creo que soy estúpida. He dado vueltas por esta ciudad durante cinco años. Llegué aquí procedente de una taberna de New Hampshire sin ninguna clase de conocimientos. Hice varias cosas, trabajé aquí y allá creyendo que la suerte me esperaba justo al volver

una esquina.

Continuó hablando sobre el mismo tema y Murdock comprendió qué era lo que quería decir. Sabía dónde había trabajado y lo que intentara conseguir. Bailaba un poco, cantaba otro poco, pero no lo suficientemente bien. Si se había comportado estúpidamente algunas veces no era a consecuencia de que su coeficiente de inteligencia fuese inadecuado o porque careciera de talento natural. Había sido por el gran error que muchas chicas antes que ella también cometieran. La base era muy sencilla: creían que una cara bonita y una buena figura eran suficientes para conseguir el éxito. Otras habían triunfado con poco más, pero sólo porque tenían fuerza, ambición y experiencia para tratar con la gente. Fay Loomis carecía de uno o varios de los componentes necesarios y Clark Bailey había llegado en el momento preciso...

—Íbamos a casarnos —dijo Fay—. No muy pronto, porque él estaba casado y su esposa vive en Ohio. Estaba tratando de conseguir el divorcio y tan pronto como todo estuviera arreglado nos casaríamos. Le iba bien en el Courier, yo había decidido dejar el club y me colocaría con algún fotógrafo comercial, quizá alguien especializado en fotografías infantiles.

Se quedó un momento callada, la amargura en el rictus de la boca y en el tono de las palabras.

—¿Cómo se puede una volver tan tonta? —dijo con voz ronca—. Me estuvo tomando el pelo todo el tiempo y yo me lo creí. Todo lo que quería era un hogar cuando le convenía y yo lo confundí con el amor. ¡Maldito sea! —dijo con voz temblorosa con la cabeza baja, la rubia melena enmarcándole la cara—. Lo curioso de todo es que yo le quería hasta que...

Se interrumpió bruscamente y se puso en pie. Enderezó los hombros y se sacudió el pelo. Parpadeó para secar las lágrimas.

—Perdona. No sé cómo me he puesto así. Siento que esté muerto, pero me alegro de haber roto antes porque ahora me duele menos.

—¿Cuándo?

—¿Cuando qué?

—¿Cuando rompiste? ¿Qué pasó?

—No quiero hablar de ese asunto. El sábado por la mañana me enteré de que me había estado tomando el pelo, pero no le vi hasta la noche. Entonces fue cuando estalló el globo —hizo una pausa, sus ojos azules le sondearon al preguntar—. ¿Por qué has venido? ¿Supongo que no habrá sido para comentar mi vida amorosa?

—Creí haberte dicho el motivo. Bailey robó una cosa. Mucha gente quiere apoderarse de lo que él robó. No lo llevaba encima, o en ese caso lo debió esconder en algún sitio. Como tú eras su novia, todos piensan que lo puedes tener tú. No hay diferencia si es cierto o no; la

verdad es que le mataron y si tú lo tienes estás expuesta a un auténtico peligro.

Se levantó y se puso el abrigo. Se colocó el sombrero mientras la miraba. No creía progresar si seguía insistiendo, pero deseaba dejarle motivos para meditar.

—Piénsalo bien, Fay. No quiero que te pase nada. Si las cosas se ponen mal..., quiero decir que si realmente sabes algo llámame y...

Una llamada a la puerta le interrumpió; miró a la chica interrogándola. Ella contemplaba la puerta con la boca entreabierta y los ojos desorbitados. Algo en su expresión le indicó que la llamada la había sorprendido tanto como a él mismo. Murdock se adelantó para abrir.

Wade Altman se encontraba en el umbral con una sonrisa preparada y una mirada de expectación en los claros ojos azules, su expresión cambió cuando vio a Murdock. El rostro rudo se puso serio bruscamente y la mirada se tornó atenta y reservada, yendo de Murdock a la chica.

—¡Oh! —dijo cuando Murdock se retiró para permitirle la entrada —. No pensé encontrarle aquí... Hola, Fay —hizo una pausa a la vez que entraba—. Si les estoy interrumpiendo en algo... —añadió con su acento sureño—, puedo volver más tarde.

—No te preocupes, Wade —dijo Fay Loomis.

—Yo me marchaba en este momento —intervino Murdock.

—Bien..., en ese caso...

Dudó nuevamente, se le veía violento y Murdock sintió una gran curiosidad. No les había visto nunca juntos, pero eso no quería decir nada porque la chica tenía un trabajo en el cual era fácil que hiciese amistades. Sospechaba que Altman era de los que van de flor en flor. Vestía bien y tenía un coche grande, pero los sitios que frecuentaba no eran ni caros ni de primera clase. Solía salir con chicas que nadie parecía conocer y nunca las presentaba si podía evitarlo. Murdock opinaba que se trataba de un tipo egoísta y egocéntrico. En este momento se le había pasado el desconcierto y sonreía a Fay con su encanto sureño a flor de piel.

—Estaba pensando en invitarte a una copa o quizás a cenar, antes de que te vayas a trabajar.

La chica no parecía decidida.

—Eres muy amable, Wade.

—Necesitas que te animemos.

Murdock no se esperó para ver si la invitación era aceptada o no. Había hecho todo lo que había podido, de forma que abrió la puerta nuevamente y le ofreció un consejo final a la muchacha.

—Piénsalo bien, Fay —dijo—. Ya sabes dónde encontrarme. Quizás vaya luego al club.

13

Entre los entendidos podría haber distintas opiniones con respecto a si el Carlton era el mejor hotel de la ciudad, pero todos estaban de acuerdo en reconocerlo como uno de los dos mejores. La suite que había alquilado Gary Hargrave para la temporada estaba situada en la quinta planta. Al llegar Murdock poco después de las cinco y llamar al timbre de la puerta número 505-A, ésta se abrió casi inmediatamente.

Daba la impresión de que Charlie French había estado situado muy próximo y Murdock se sintió confuso por un momento. French llevaba un vaquero y estaba en mangas de camisa, su cara larga y algo cabizbaja tenía un gesto de enfado y una de sus enormes manos se apretaba contra la comisura de los labios. Dio un paso atrás con un gruñido ininteligible para dejar paso a Murdock y, al hacer un gesto de invitación con la cabeza, se miró el dorso de la mano. Murdock vio un rastro de sangre.

Pero incluso le sorprendió más todavía el ver a Gary Hargrave sentado en el suelo.

Murdock avanzó unos pasos y la puerta se cerró tras él. El bien parecido rostro de Hargrave tenía un aspecto ceñudo, pero la mirada de sus ojos no era agresiva. Se había rodeado las rodillas con un brazo mientras con la otra mano se palpaba la hinchazón del pómulo izquierdo.

—¿Qué número de asalto hace éste? —preguntó Murdock, con una amplia sonrisa al comprender lo sucedido.

—El primero —dijo Hargrave— y será el último. Este quiere que me levante para continuar, pero he rehusado.

—El me pegó primero —intervino French—, de forma que le respondí. Algunos enanos piensan que pueden triunfar con semejante treta, pero no lo consiguen con Charlie French.

—¿Quién es el enano? —preguntó Hargrave.

—Tú, naturalmente, ¡idiota! —French miró a Murdock, su gesto de enfado se había pasado casi del todo, asomaba a sus ojos un destello humorístico—. Solamente porque tiene cuatro millones de dólares se cree…

—¡Por el amor de Dios! —Hargrave se levantó limpiándose el polvo del trasero—. Eso no tiene nada que ver con el tema y tú lo sabes.

—Pero ¿a qué viene todo esto? —preguntó Murdock—. Bueno, si es algo privado no me lo contéis.

—Es privado —dijo Hargrave, pero ya no parecía contrariado.

—Me estaba confesando —indicó French—. Dicen que la confesión es buena para el alma y creo que tienen razón. Me siento

mucho mejor. Le conté algo e iba a hacer lo mismo con su hermana. Creo que te lo voy a contar también a ti.

—Estás loco —interrumpió Hargrave.

—No creo que esté loco —French miró de forma pensativa a Murdock—. No es de esos reporteros curiosos —añadió y parecía que estaba intentando convencerse a sí mismo—. Si me dice que no lo va a repetir es suficiente para mí. Necesito un consejo de todas formas.

—Sigo pensando que estás como una cabra, gorila —dijo Hargrave a la vez que salía de la habitación.

—Siéntate, Kent. He estado callando algunas cosas durante demasiado tiempo y me encuentro con ganas de hablar. ¿Supongo que no llevarás una grabadora escondida...?

Murdock se echó a reír y de dijo que no. Se quitó el abrigo y el sombrero y se sentó cómodamente en el enorme sofá. French se acomodó en una poltrona y estiró las piernas.

—Tiene que quedar entre nosotros, ¿eh?

—Lo que tú quieras.

—Como tú tienes experiencia quizá se te ocurra algo. Mi confesión consta de dos partes —añadió—. No están relacionadas, pero son igualmente importantes para mí, porque estoy enamorado de Nancy Hargrave y no puedo hacer nada hasta que me encuentre tranquilo, si no del todo, por lo menos más tranquilo que ahora.

Se tocó nuevamente el labio con la yema de los dedos y notó que se había hinchado, pero que ya no sangraba. Hargrave regresó antes de que pudiera seguir hablando. Traía en una mano dos cubos de hielo metidos en una toalla pequeña, con la otra aplicaba una compresa parecida a su propia cara.

—Toma —dijo—. Ponte esto en la bocaza. No quiero escuchar —y volvió a marcharse de la habitación.

—Es un relato largo —dijo French—. ¿Quieres una copa?

—Si la tienes a mano...

French se levantó diciendo:

—Al instante.

Se acercó a un bar portátil situado en una esquina de la habitación, cogió hielo de una estantería inferior y echó dos cubos en un vaso. Preguntó cuál era su preferencia y Murdock le dijo que no importaba.

—Tengo scotch aquí mismo, de forma que te lo serviré. Hay soda, pero si prefieres agua iré a buscarla —Murdock contestó que lo tomaría con soda. French le entregó la copa y volvió a sentarse.

—No te voy a contar mi pasado al detalle, porque realmente no influye en la historia. Te diré que fui hijo único y que mi madre murió cuando yo tenía doce años, a partir de entonces me tuve que cuidar solo. Cuando estaba en el liceo tenía cartel de buen jugador y obtuve

una beca para uno de esos colegios que vosotros los del Este consideráis de poca importancia, muy lejos de aquí. En las vacaciones de verano, entre mi primer y segundo años, hice autostop y recorrí más de ochocientos kilómetros. Llegué a una gran ciudad y me encontré con que tenía que ganar dinero para el año siguiente. Me coloqué en un club nocturno barato, como hombre para todo y para expulsar a los borrachos —sonrió a Murdock añadiendo—. Debe de sonar divertido que un chaval de diecinueve años se dedicase a eso, pero ya abultaba lo que ahora y parecía mayor. El problema era que razonaba como un crío. Por la tarde trabajaba en una cafetería y luego a las diez empezaba en el club hasta las dos. Bien, allí había algunas chicas de esas que persuaden a los clientes para el descorche. Una de ellas era preciosa, no tuve nada que ver con ella, ni me miraba siquiera, yo no tenía dinero. Debía de ser de mi misma edad y por la forma en que actuaba se veía que tenía futuro. No sé si te habrás dado cuenta de cómo se comportan algunas de esas chicas.

—He conocido algunas.

—Bueno, ésta era guapa y tenía buen tipo. Solía detectar a los clientes con dinero al minuto de haber puesto los pies en el lugar. No les daba nada, pero era experta en hacerles creer que iban a conseguir algo. A veces estaba con un tipo al cual hacía invitar a todo el mundo, le dejaba que le tomara una mano y le rozase la pierna bajo la mesa. A la hora de cerrar, el pobre solía estar soñando con algo bueno. Para que continuase gastando le decía que volvería a buscarle a su mesa antes de marcharse.

—Y cuando el club cierra —intervino Murdock que había oído el tema muchas veces— el tipo se ha gastado cincuenta o cien dólares, a veces más, y quiere saber dónde está Florence. El director, muy sorprendido, le dice que Florence tenía que atender un asunto muy urgente, o algo por el estilo, y el pobre hombre se tiene que aguantar.

—Así es —asintió French—. Florence, o cualquiera que sea el nombre, se ha largado por la puerta trasera y está acostada en su cama desde hace horas —cruzó las rodillas—. Bien. La chica de la que te estoy hablando dio un paso más cierta noche. Se trataba de un hombre de negocios de Buffalo con ganas de gastar dinero. Daba la impresión de que todavía le quedaba mucho y la chica, que era una avariciosa, se lo llevó a su casa para ver si se lo podía sacar. Después de cerrar recibí una llamada telefónica para decirme que se encontraba en un aprieto. El tipo se había quedado sin sentido y temía que si volvía en sí armase camorra; me pidió que fuese a ayudarla a meterle en un taxi —hizo un gesto de desaliento y continuó—. Físicamente yo era muy grande, pero no tenía malicia. Pensé que todo era cierto, de forma que tomé un taxi y me marché camino de su casa. Le bajamos y le metimos en el coche. Sabíamos en qué hotel se hospedaba y que frente

a él había un pequeño parque. Era a finales del mes de agosto y hacía bastante calor, de forma que pensamos que no le iba a pasar nada si le dejábamos allí para que siguiera durmiendo. Hice todo lo que ella me indicó y luego le dio al taxista diez dólares por su ayuda. Creo que eso es todo; pero resultó que el tipo aquel no estaba tan borracho como creíamos, o quizá se recuperó rápidamente, porque a la mañana siguiente detuvieron a la chica por timarle y a mí por ayudarla —se quedó callado unos minutos y sus ojos parecieron mirar a la lejanía—. Para acortar el tema, te diré que salimos con una fianza de trescientos dólares cada uno. Consulté con un abogado que me dijo que existía el peligro de que me impusieran dos meses o quizá un tiempo sin determinar en un reformatorio. Me asusté mucho. Me encontraba aterrado. La chica no me apoyó, sino que le dijo al fiscal del distrito que yo lo había planeado con ella —hizo una pausa y soltó un taco en voz baja—. Muchos hombres casados suelen callarse por problemas de familia, pero ese tipo de Buffalo era un carácter duro y continuó insistiendo en sus acusaciones. Bueno, la temporada estaba casi terminando y yo tenía seiscientos dólares. La mitad había 50 servido para la fianza, de forma que decidí tomar los otros trescientos y salir de aquel lugar. Todo lo que el fiscal del distrito tenía era la dirección de mi casa que estaba muy lejos del colegio. Eso fue el final de la historia. Nunca más tuve noticias de este asunto.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Trece años, hará catorce este verano.

—¿Y cuál es el problema?

—El problema es que la dama fue hallada culpable y pasó treinta días en una Granja Estatal para Mujeres. Ella cumplió, pero yo no. El cargo contra mí debe de estar todavía abierto.

Murdock le miró durante unos instantes preguntándose si French estaba hablando en serio.

—¿No has oído hablar nunca de la prescripción de delitos?

—Claro que sí —dijo French—. Sé cómo funciona en el tema de los impuestos.

—En una cosa tan pequeña como esa creo que puedes olvidarlo.

—¿Estás seguro?

—No pondría la mano en el fuego, desde luego. Las leyes varían según los estados. Seis años suelen ser la regla; quizá en algunos estados puede llegar a diez. Te apuesto cincuenta a uno que no podrían obtener tu extradición para juzgarte. Incluso si el fiscal del distrito lo deseara, ¿y para qué se iba a molestar? Me puedo enterar, o lo puedes hacer tu mismo.

—¿Cómo?

—Habla con un abogado o un buen detective privado como Jack Fenner. Te va a costar unos dólares, pero... —hizo una pausa, sus ojos

oscuros dibujaron un interrogante al ocurrírsele otra idea—. ¿Por qué has recordado esto, Charlie? Quiero decir, ¿por qué precisamente ahora?

—Porque la chica de la que te estaba hablando se encuentra aquí en esta ciudad. Dirige el Club Beverly.

Se calló para examinar la compresa con los cubitos de hielo ya derretidos. Tardó en arreglarla para volver a colocársela en la boca; durante unos segundos Murdock no hizo más que mirarle, dándose cuenta de que lo que le había dicho debía ser cierto, pero sin poder digerir la idea del todo.

Beverly Gordon tenía la edad apropiada, su belleza y figura se correspondían con la descripción de French. También se daba cuenta de que el tipo de mujer que era Beverly podía haberse dedicado a lo de aquella otra chica hacía años. Ahora era más elegante y refinada, mejor vestida; pero todo lo demás, esos rasgos íntimos, probablemente continuaban allí, sin cambios.

—He estado dos años con el Spartans —continuó French—. Puedes creerme o no, pero no la había visto nunca hasta que volvimos de los entrenamientos este otoño. El año pasado no salí demasiado; intentaba ahorrar. Quizá fui al Club Beverly tres o cuatro veces en total y no me la encontré nunca. Cuando yo la conocí era morena y además su nombre no me decía nada, porque se lo había cambiado. Antes se llamaba Bernice Goalby —tomó aliento para seguir—. Me reconoció cuando nos encontramos en septiembre. Charlamos un rato sobre el pasado —añadió irónicamente—. Me dio a entender que me podía perjudicar. Sugirió algunas cosas que serían de provecho para ella misma. Ese es el motivo por el que, durante cierto tiempo, ayudé a rebajar tantos al Spartans. Ahora llegamos a la segunda parte de mi confesión. La parte que hizo que Gary perdiese los estribos y me diese un puñetazo... ¿Quieres otra copa?

Murdock miró su vaso y vio que estaba vacío, lo dejó a un lado negando con la cabeza.

—¿Y eso es todo? Ella te amenazó con denunciar un asunto de hace trece años y tú le seguiste el juego. ¿Por qué estaba interesada en eso? ¿Se dedican ella o George Townsend o los dos juntos a apostar fuerte?

—Había algo más —dijo French—. Ahora sé que no tenía importancia, pero a mí me lo parecía, porque estaba asustado... Ahora es diferente, cuando jugaba en el colegio tenía un sitio en Wisconsin o en Minnesota o en algún lugar parecido desde donde dirigían las apuestas de los partidos semanales, la única forma de hacer bien dichas apuestas era obteniendo toda la información que pudieran sobre todos los que intervenían. La información no era ilegal —añadió —. Este grupo tenía amigos y observadores en todos los campus

universitarios donde se pudieran hacer apuestas. Querían saber las noticias antes de que se publicaran. Quién se había lesionado y la gravedad de la lesión, y si iba a poder jugar al sábado siguiente o no.

El resto se entendía perfectamente. Charlie French había actuado como corresponsal para el citado servicio recibiendo cincuenta dólares al mes como pago de las informaciones. No había nada ilegal en esto, señaló, y realmente no era algo delictivo. Si él no hubiera suministrado esa información lo hubiera hecho otro. El problema era que George Townsend, que había jugado bastante en su época, lo había descubierto. Este hecho, junto a la amenaza de Beverly Gordon, les había proporcionado lo que querían y French había estado trabajando para ellos.

—Pero solamente durante cierto tiempo —explicó—. Nunca perdí un juego a propósito. No estoy tratando de disculparme, pero quiero contártelo todo. Ya sabes cómo fue al principio de la temporada. No íbamos a llegar a nada con el entrenador que teníamos. Perdimos los tres primeros partidos. Estuvieron perdidos desde el primer día. Estábamos muy mal. De forma que en vez de perder por diez o catorce tantos, que hubiera sido el resultado final, yo contribuí a que perdiéramos por diecisiete o veinte.

Murdock sabía que esto era cierto. Al final del tercer partido, los propietarios del equipo habían despedido al entrenador y contratado uno nuevo, casi instantáneamente el equipo pareció revivir.

—Cuando ganamos el cuarto encuentro —dijo French— yo no tenía nada que ver, porque estuve en el banquillo a causa de un calambre, yo ya sabía que podíamos ganar el resto de los partidos. Estaba harto de hacer aquello, incluso aunque el equipo no había salido más perjudicado. Decidí no volver a facilitar derrotas. Me fui a ver a Townsend y a Beverly Gordon y les dije que se fueran al diablo. Me amenazaron con denunciarme, pero eso era una idiotez y ellos lo sabían tan bien como yo. No hemos vuelto a perder un partido desde entonces y tenemos la oportunidad de ganar el campeonato el próximo domingo.

—Está bien —dijo Murdock, con un gesto pensativo en su frente —. ¿Pero por qué lo has sacado a relucir precisamente ahora?

—Porque tengo la sospecha de que Clark Bailey sabía algo de lo sucedido o de lo que quizá continúe sucediendo, no tengo ni idea, e iba a sacarlo a la luz. Alguien le mató. Todavía no sabemos si tenía pruebas, pero supongamos que alguien las descubre. Por las cosas que soltó en la fiesta parece deducirse que tenía alguna pista y...

—Sí —asintió Murdock, pensando que no surgiría ningún problema si hablaba del tema—. Jack Fenner trabajó durante cinco semanas para conseguir pruebas de lo que tú has estado contando. Bailey le robó la información durante la noche del viernes. El teniente

Bacon está enterado.

—Eso es lo que quiero decir —insistió French—. A mí no me importan nada más que dos personas, Gary y su hermana. Sabía que tenía que confesarme con ellos sin pensar en lo que pueda suceder. Te lo estoy contando a ti también porque deseaba una opinión objetiva, alguien de confianza.

—¿Crees que hay algún otro jugador haciendo lo mismo?

—Sí, pero no tengo idea de quién puede ser.

—El Spartans ganó los últimos ocho o diez partidos —dijo Murdock.

—Se puede también ayudar a ganar si se sabe cómo hacerlo. No siempre es posible, porque las cosas se suceden rápidamente y puedes verte obligado algunas veces a marcar con prisas, pero sabiendo algo de fútbol universitario es simplemente cuestión de coordinación. Son los propios pies y los segundos de reloj. En el fútbol profesional se trata de centímetros y fases de segundo. Si el zaguero rebaja quince centímetros en el pase, ya éste resulta incompleto. Si dejas que uno te detenga con un cerrojo un segundo más de lo normal ya no llegas a tiempo. Rápidamente se debilita la defensa y si el zaguero ataca en el instante apropiado o reaccionan los de la línea, la jugada termina sin ganancia. Es difícil darse cuenta, pero un equipo que debería ganar por veinte tantos puede obtener un resultado de diez o de siete solamente.

Murdock sabía que esto podía ser cierto, pero no encontró motivo para continuar con el mismo tema, de forma que hizo una pregunta que le había estado rondando hacía tiempo.

—¿Cómo pudisteis llegar a ser tan amigos Gary y tú?

La larga cara de French dibujó una amplia sonrisa.

—¿Quieres decir un tipo con sus millones y un vagabundo como yo?

Murdock no contestó; French se quitó la compresa de la boca y la miró. La toalla estaba ya empapada, los cubos de hielo muy reducidos. Al darse cuenta de que tenía la barbilla húmeda se la secó con el dorso de la mano.

—¿Qué aspecto tengo?

—Casi no se nota.

French se levantó para acercarse al bar donde dejó la toalla y los cubos de hielo. Volvió a sentarse y continuó hablando como si no hubiese habido interrupción:

—¿Gary y yo? Te puedo decir cómo empezó. Creo que sabrás lo dura que se le presenta la vida a un novato cuando llega a un campo de entrenamiento. Esto es lógico. Algunas veces es porque viene precedido de una aureola publicitaria y ha firmado por un montón de dinero, y eso pone celosos a los veteranos. Todos sabemos también

que el equipo no puede tener a todos participando; cada novato preparado resta puntos a un veterano. Un muchacho que no es capaz de aguantar bromas no es bueno para el equipo, de forma que los otros tratan de averiguarlo desde el primer día —volvió a tocarse los labios antes de continuar—. Gary tuvo que soportar algunos encontronazos para empezar. La mayoría de nuestros mejores jugadores provienen de universidades, como me pasa a mí, de esas universidades que tú no conoces, e incluso no sabes ni dónde están. Pocas veces entra en el equipo uno que haya estado en el Ivy, porque la mayoría de esos están más interesados en el juego profesional y pocos podrían graduarse de todas formas. Hubo un par de ellos de Columbia, pero eso fue antes de entrar yo.

—Uno de ellos fue un zaguero, un tal Luckman.

—Exacto. Y otro, creo que el último, era de Cornell y jugaba a la carga o en la defensa, creo que se llamaba Wydo, luego lo traspasaron a Pittsburgh antes de que se graduase, de forma que pudo continuar sus estudios y jugar con el Steelers. Bueno, muchos de los chicos piensan que los del Ivy se lo tienen muy creído. Cuando llega uno tiene que aguantar bastante más de lo corriente. Gary lo puso peor todavía para sí mismo cuando apareció en el motel donde estábamos parando metido en un Mercedes deportivo de dos plazas con un juego de maletas exquisitas. Se movía con ese aire de niño rico que él no nota, porque es natural. Ignora que se comporta así, pero los demás lo percibimos. Para asegurarnos que comprendía que no era mejor que los demás, decidimos enseñarle lo que era la vida —se calló un momento sin perder la sonrisa, con la mirada como ausente—. Cuando empezábamos la lucha le apabullábamos. No es que utilizáramos tretas sucias; solamente juego duro. ¡Y en esta profesión se puede ser muy duro! Cada vez que aplastábamos a Gary él se volvía a poner en pie, ajustaba sus hombreras y volvía a coger el casco; la mayoría de las veces se lo lanzábamos al suelo, luego nos sonreía diciendo: «Estupendo», «Muy buen cerrojo… casi me deshaces de ésta». Todo con mucha educación, no había manera de abatirle. Walensky, uno que jugaba con nosotros entonces, solía decir: «Es el cursi más duro que he visto en mi vida» —se rió al recordarlo y volvió los ojos hacia Murdock—. Después de unos días le dejamos en paz, excepto un par de ellos. Se pusieron ya algo pesados y algunos de nosotros se lo reprochábamos, porque se estaban saliendo del tiesto. Al final, yo me pegué con uno de ellos una noche después del entrenamiento. Le convencí de que era mejor jugar con el balón que con el chico. Creo que Gary se enteró más tarde, porque a partir de entonces me lo encontraba en todos los sitios, como un perrillo faldero. Cuando llegamos a la ciudad me preguntó si no me importaba que alquiláramos un alojamiento a medias; para entonces ya me había

encariñado con él y acepté. Me dijo que ya tenía un sitio y cuando llegamos aquí me preguntó que si me gustaba —French movió una mano señalando lo que les rodeaba—. Le dije que estaba bien, pero que no podía pagarlo, él argumentó que no tenía que preocuparme, porque ya estaba pagado. No lo podía aceptar. Discutimos y se enfadó tanto que me pegó y yo le tumbé, igual que hoy. Es el único problema que hemos tenido hasta ahora. Lo curioso es que no se enfadó, simplemente se levantó del suelo, ya sin enfado y me pidió disculpas. Me preguntó cuánto podría yo pagar. Ya sabes cómo solemos hacerlo, nos reunimos dos o tres solteros y alquilamos un apartamento donde podemos cocinar y ahorrar un poco. Yo le dije cuánto podría costarme un sitio así y entonces él contestó: «De acuerdo, tú pagas esa cantidad de ahora en adelante.» Yo dudaba, pero acordamos intentarlo y resultó bastante bien. Cuando conocí a su hermana me alegré de haber aceptado.

—¿Le has contado todo esto? —preguntó Murdock.

—Sí. No pareció importarle nada, hasta que le confesé que había estado ayudando a que el equipo perdiera tantos. No me dejó ni terminar la historia. Es muy impulsivo y empezó a insultarme, yo le respondí y entonces fue cuando me pegó…

El zumbador de la puerta pareció rematar la frase, el efecto que el sonido produjo en Charlie French fue cómico, dio un salto y miró su reloj.

—¡Cielos! —exclamó sorprendido—. Tengo que lavarme. Seguro que es Nancy. La iba a llevar a cenar. Ábrele, ¿quieres? Dile que termino rápidamente.

14

Nancy Hargrave llevaba todavía el mismo abrigo de cachemira y el vestido de punto tipo sastre. Su corto cabello castaño parecía artísticamente despeinado por el viento. Los oscuros ojos azules se abrieron sorprendidos al ver a Murdock y su voz tuvo un acento agradable al saludarle:

—Hola. No pensé que te encontraría aquí. ¿Están los muchachos? Creo que teníamos una cita.

Gary Hargrave había surgido del lugar donde se refugiara veinte minutos antes.

Su hermana se aproximó a él y pareció notar inmediatamente el golpe en la mejilla, un poco descolorida, aunque no inflamada ya.

—¿Qué te ha pasado?

—Me di con la puerta.

—Lo dudo —dijo ella torciendo la cabeza y entrecerrando un ojo —, pero sé que no debo continuar hablando de eso. ¿Dónde está Charlie?

—Se está poniendo guapo para ti. Termina en seguida. ¿Quieres un trago?

—Yo lo prepararé —dijo ella acercándose al bar—. De esta manera sabré que me tomo algo razonablemente suave.

Mientras estaba preparando la copa,

Gary Hargrave miró a Murdock con un interrogante en los ojos, preguntado en voz baja:

—¿Te lo contó todo? ¿Qué te parece?

—Que es un tipo formidable.

—Esa historia de hace años no le puede perjudicar ahora, ¿verdad?

—Ya no.

Se abrió una puerta al fondo del vestíbulo y apareció Charlie French con su desgarbada figura elegantemente embutida en un correcto traje gris oscuro. Llevaba camisa blanca y una corbata a rayas muy conservadora, su rebelde cabello rubio aparecía recién cepillado.

—Hola, amor —dijo Nancy levantando su copa—. ¿Quieres que te prepare una?

—Me la tomaré antes de cenar —contestó French—. Hoy ha sido nuestro día libre, pero mañana empezamos a entrenar otra vez para el domingo.

—Quiere decir que su cupo es una sola, querida hermana — intervino Hargrave.

—Sé muy bien lo que quiere decir —Nancy se acercó a Murdock y le sonrió—. Me siento muy halagada —miró a French y continuó

hablando con ligereza, sin darse cuenta de que el brillo de sus ojos y una especie de resplandor en las mejillas hablaban por sí mismos de algo diferente—. Es la primera vez que Charlie me invita a cenar. Quiero decir, que me invita a mí sola. Según él, es algo muy importante. ¿Tú crees que se me va a declarar?

Murdock miró a French y éste contestó por sí mismo:

—Pudiera ser. Depende. Antes tengo que contarte muchas cosas.

—Está en plan de confesiones —dijo Hargrave—. Es idiota, pero...

—Estoy segura de que ya le has dado tu opinión —interrumpió la chica dejando la capa.

—Naturalmente que se la he dado, pero es terco y mucho más grande que yo, ¿qué puedo hacer?

French ya no sonreía. No parecía divertido por la conversación, de forma que se volvió de espaldas y se acercó al armario para coger su abrigo. La mucha le miró durante unos segundos, luego se encogió de hombros y le siguió.

—Creo que nos vamos. —dijo haciéndoles una pequeña inclinación—. Ha sido un placer.

—Tráele pronto a casa —le dijo su hermano—. Tiene un día duro en perspectiva.

Al cerrarse la puerta, Murdock también cogió su abrigo.

—¿Está Charlie enamorado de ella?

—Ahora sí.

—¿Y ella?

—Creo que al fin también —Hargrave se sentó y miró a Murdock en silencio antes de continuar—. Es curioso con las mujeres o quizá se trata solamente de Nancy. Siempre fue una chica independiente con ideas propias. No se le podía decir que hiciera esto o aquello. Siempre quería descubrirlo por sí misma. Con respecto a Charlie, yo ya sabía qué tipo de persona era, incluso antes de empezar a compartir el alojamiento. Traté de hablar con Nancy, pero ella tenía otra opinión. Yo creo que él se enamoró de ella inmediatamente o lo hubiera hecho si ella se hubiera comportado de otra manera, pero parecían gustarle poco los jugadores. Para ella Charlie no era más que otro montón de carne con músculos —emitió un breve gruñido—. El chico se alejó de ella, y cuando empezó a interesarse un poco se enteró de que Nancy tenía dinero propio. Eso le enfrió un poco. Bueno, realmente continuaba interesado, pero nadie se lo notó, yo sí naturalmente, porque siempre estábamos juntos. Discutí con él a veces, pero no se convencía. Insistía que no podía casarse con una mujer a la que no podía mantener y que los gustos de Nancy eran demasiado caros para él. Ya sabes lo que quiero decir. Creo que eso motivó que ella saliera unas cuantas veces con Clark Bailey. Como vio que no podía convencer a Charlie por los caminos tradicionales, pensó que los celos

le harían ver 1 verdad. Quizá sirvió para algo; no lo sé.

La alusión a Bailey hizo volver a Múrice al asunto que más le interesaba en aquel momento. Vio a Hargrave levantarse y se aproximaron juntos a la puerta, andando despacio.

—¿Qué es lo que tenía Bailey que parece interesarle a todo el mundo?

Hargrave meditó la pregunta, entornando los ojos un poco.

—Yo creo que era una llave.

—¿Una llave?

—Bailey habló demasiado la otra noche en la fiesta. Se comportó de lo más desagradable e insinuó cosas que parecían amenazas. Todos nos dimos cuenta de que había desenterrado el hacha en contra del Spartans y hablaba como si estuviera disfrutando. Yo no sé qué es lo que diría a otros, pero sí sé lo que le dijo a Charlie. Algo así como que iba a ponerle en su sitio, que tenía datos sobre él y sobre el Spartans y que todo lo tenía guardado en lugar seguro en la Estación Sur y que cuando estuviera preparado publicaría el artículo del año.

—Ah —dijo Murdock, viendo que empezaba a haber claridad en el tema—, de eso se deduce que lo tenía en una de esas taquillas de las estaciones. Si se lo dijo a Charlie French pudo decírselo igualmente a cualquier otro, o insinuar algo.

—¿Por qué no? El problema que yo veo es que, después de la confesión de Charlie esta tarde, tenemos que reconocer que Bailey no estaba solamente fanfarroneando. Eso es lo que me preocupa.

—Eso preocupa a un montón de gente —intervino Murdock.

Eran las seis y media cuando Murdock entró en el estudio, que era como se conocía al departamento fotográfico, y encontró a Jack Fenner en la antesala leyendo una última edición. El hecho de que llevara todavía puestos el abrigo y el sombrero, sugería que no llevaba mucho tiempo esperando. Al verle, se empujó el sombrero hacia atrás y dejó el periódico.

—Me dijeron que era casi seguro que volvieras —dijo.

—¿Hay alguien por aquí?

—Sí, un chico en el laboratorio.

Murdock entró en su oficina y puso en marcha el interfono.

—¿Quién está trabajando?

—Soy yo —contestó una voz—, Terry. ¿Quieres algo?

Murdock contestó que estaba simplemente comprobando si había alguien y luego echó una ojeada al lugar donde se encontraban los turnos de horario. Habló con la centralita y le dijeron que Lathrop, que entraba a trabajar dentro de un rato, se encontraba cenando y que volvería rápidamente. Satisfecho de ver que no era imprescindible su presencia, se volvió a Fenner.

—¿Qué es lo que quieres?

—Un par de copas y una cena, si estás libre. Como todavía tengo trabajo puedo poner el gasto en la factura.

—Acepto, si esperas a que vuelva Lathrop… ¿De forma que todavía perteneces a la nómina de Carlin?

La mirada de Fenner no se alteró, continuó tranquila e inescrutable, su rostro angular impasible.

—¿Qué es lo que te hace creer eso?

—Me lo dijo él —explicó Murdock y le dio un rápido resumen de las cosas que Ross Carlin le había contado por la mañana. También le habló de Beverly Gordon, de George Townsend y de Fay Loomis.

—¿Crees que Beverly y Townsend estaban amenazando a la chica de alguna manera? —preguntó Fenner—. ¿Tienes idea del motivo?

—Yo sí tengo idea. ¿Tú, no?

—¿Cuál es la tuya?

—Bailey te robó un sobre. Nadie lo ha encontrado. No se encontraba en su apartamento, de forma que lo tuvo que llevar a otro sitio. Entre Fay y él había algo; quizá ella sepa dónde está… El trabajo que estabas haciendo para Carlin era una investigación sobre el equipo, ¿no?

—Sobre ciertos aspectos del equipo.

—¿Tales como la pérdida de tantos y posibles sobornos?

—No te lo puedo decir, ya lo sabes.

—Está bien, pero hay algo que sí me puedes decir. ¿Cómo podía saber Clark Bailey que tú tenías un sobre con información? Esto es lo primero.

El rostro de Fenner continuó serio y sus ojos de ágata parecieron meditar la pregunta algo enfadados. Al no contestar, Murdock lo intentó nuevamente.

—¿Había algo en el sobre además de los informes?

—Unas cintas.

—¿Cintas de conversaciones telefónicas?

—Algunas sí.

—Eso es ilegal.

Fenner se permitió una pequeña sonrisa antes de decir:

—¿Y…?

—No se pueden utilizar en un juicio.

—Nadie las iba a utilizar en un juicio. Este asunto no hubiera ido nunca a un tribunal, ni al despacho del Fiscal del Distrito.

—Pero Bailey sabía algo y…

—Bailey sospechaba algo. No digo que no estuviese en lo cierto. Era un asqueroso entrometido, pero inteligente. Podría haber sido un buen policía con su mente suspicaz —Fenner se inclinó ligeramente hacia adelante y su voz parecía teñida de enfado o desagrado internos —. Creo que yo cometí una equivocación, le desprecié y se vengó…

Se interrumpió como para ahogar sus sentimientos personales, luego continuó hablando en un tono normal.

—Odiaba al equipo, todo empieza ahí. Preguntaba muchas cosas y conocía a un montón de gente. Maldito sea, no te podría decir cómo se las arreglaba, pero hablaba con corredores de apuestas, camareros, pequeños tramposos e incluso quizá con algunos jugadores descontentos. Tomaba algo de aquí, un rumor del otro lado, la mayoría de ellos probablemente falsos. Pero insistía. No se daba por vencido. Lo divertido es que estaba en lo cierto respecto a un par de cosas, incluso aunque él mismo no pudiera estar seguro —inhaló aire despacio y continuó—. No sé de qué forma consiguió enterarse de que yo tenía dos ayudantes. Me debió de ver varias veces con Ross Carlin. Pudo saber algo por un fallo en la oficina de Carlin. El pasado viernes me lo encontré con O'Brien antes de cenar. Había bebido bastante como era habitual en él y me acorraló para amenazarme con el dedo, mientras decía que ya estaba enterado de que yo tenía poco menos que un libro sobre el Spartans. Yo lo negué y él insistió, diciendo que podíamos hacer un trato. Publicaría una exclusiva que se vendería bien y que yo recibiría parte. Debería haberle seguido el juego, pero no se puede ser honrado cuando hay un periodista por medio, no en mi profesión. De todas formas me hizo perder los estribos lo suficiente como para darle una pista. Le dije que el asunto en el que yo había estado trabajando no era cosa suya y que de todas formas ya estaba terminado y listo para entregarlo. Antes de alejarme de él, añadí que si sabía tanto por qué no iba a hacer tratos con el tipo que pagaba la factura.

—Te debió creer.

—Ya lo creo que sí. Fue una estupidez por mi parte enfadarme de esa manera, pero, ¿quién iba a pensar que un reptil semejante iba a exponerse como lo hizo, sin saber lo que iba a encontrar, guiado sólo por una sospecha? —Fenner se encogió de hombros—. De forma que me delaté. No es difícil entrar en mi oficina. Tu misma tía lo podría hacer con ayuda de una horquilla. El tipo sabía que si no le veía nadie no tenía nada que perder. Forzó el archivador, quizá pensando que si no encontraba nada olvidaría el tema; si encontraba algo, como así fue, tenía un buen negocio entre manos.

Lo que había dicho Fenner era lo suficientemente claro para Murdock como para esperar a ver si continuaba hablando. Cuando el detective se quedó bruscamente callado, le dijo:

—¿Por qué estaba Carlin interesado en obtener informes del Spartans?

—No me lo dijo. Se limitó a contratarme.

—Hace años era una especie de tahúr.

—Ya lo sé.

—¿Quizás ha vuelto a su antigua afición?

—Quizás.

—¿Y que hay de Townsend?

—Se dice que ha estado jugando cantidades fuertes, pero la mayoría de las veces fuera de esta ciudad. Casi todos apostaron este año por otros equipos, no por el Spartans. El muy idiota tiene que apostar si quiere seguir gozando de los favores de esa Gordon. Le ha debido de dejar ya casi en la ruina.

Unos pasos en el vestíbulo pusieron fin a la conversación y al regresar Tom Lathrop, con un palillo entre los dientes, Fenner dijo:

—¿Nos vamos a tomar esas copas?

Eran las ocho y veinte cuando entraban en el Club Beverly. Habían degustado sus copas y cenado tranquilamente en un pequeño restaurante al final de la calle Washington que se especializaba en pescado. Fue idea de Fenner que tomaran un brandy en el Beverly. Cuando se dirigían al bar, después de haber dejado abrigos y sombreros, Murdock vio a Fay Loomis.

Tenía un aspecto casi recatado en su sencillo vestido negro, un uniforme de trabajo para las noches que contrastaba con su larga melena rubia. En ese momento llevaba la cámara en una mano y dos fotografías con sus carpetillas de entrega en la otra.

—El negocio ha debido de empezar muy temprano —dijo Murdock y Fenner se paró a su lado.

—Bastante. Esta es la segunda de la noche. Parece raro en lunes... Hola Jack.

—Hola Fay —dijo Fenner—, si tienes tiempo para tomar una copa no te olvides de decírmelo.

Ella contestó que no lo olvidaría, de forma que se fueron hacia el bar y se sentaron en dos taburetes cerca de la puerta. La pared del bar era casi toda ella un espejo en el que se reflejaba el salón principal, de forma que un cliente que quisiera solamente beber, sin tener que pagar nada extra, podía mirar por encima de las cabezas de los que cenaban. De esta forma se apreciaba un poco el espectáculo y de la pista de baile, pero como el salón estaba insonorizado, el efecto era como estar contemplando una pantomima.

—Es maja —dijo Fenner después de pedir dos brandis y encender sus cigarrillos.

—¿Fay?

—Quizá un poco tonta, pero de una forma normal. Quiero decir que, si consideramos de la forma que ha vivido, no puede ser muy inteligente. De otra manera no se hubiera enamorado de Bailey. Pero hay que reconocer una cosa: si le gustas, es más fiel que algunas que se consideran señoras.

—Estuvo con Bailey demasiado tiempo.

—Eso es lo que quiero decir. Gene Drake la esperará siempre. Estaba loco por ella, yo creo que todavía lo está. Ahora ya lo sabe —tomó un sorbo de brandy y aclaró la frase con distintas palabras—, hice un trabajito para ella la semana pasada.

—¿Qué tipo de traba jito?

—Bailey le dijo que estaba enamorado y le creyó cuando le prometió casarse. Al final se enteró de que nunca la había amado. Ella era asequible y él se aprovechó. No tenía intención de casarse.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya te lo he dicho —dijo Fenner—. Hice un trabajo que me encargó Fay. Resulta que la pegaba y ella empezó a preguntarse cuándo iban a casarse, sabía que estaba casado, pero él le había dicho que el divorcio se estaba tramitando. Me preguntó cuánto costaría informarse y si sería muy difícil y cosas de esas. Le dije que era fácil —movió ligeramente la mano—, una cosa de lo más sencillo. La mujer vive en Akron, en Ohio, de forma que telefoneé a un chico que conozco allí, un detective privado como yo. Se enteró de que la mujer trabajaba en un salón de belleza y que tienen un muchacho de diez años, que Bailey le enviaba cincuenta al mes para el niño y que jamás se había hablado de divorcio. Fay se lo preguntó a Bailey, él no intentó ni negarlo. Dijo que no tenía tiempo de ocuparse de esas cosas y se pelearon, Gene Drake se metió y recibió un golpe.

—¿Cuándo sucedió eso y dónde?

—El sábado por la noche cuando cerraron el club.

Murdock recordó la mejilla inflamada de Gene que había notado el domingo por la noche y lo que le había contado sobre una muela infectada. También recordó haber visto el número de teléfono de Fenner sobre la mesa de Fay Loomis aquel mismo día por la tarde. Ella había dicho que había recibido la visita del detective, aparentemente acababa de enterarse del final de la historia. Estaba todavía meditando sobre el asunto cuando Fenner, cambiando de tema, le tocó el hombro y señaló.

—Mira los pichoncitos, están en su mesa favorita, como siempre.

Murdock tardó en darse cuenta de lo que el otro quería decir. Beverly Gordon, como propietaria del club, tenía una mesa especial. Estaba en una esquina alejada, a la derecha de la pista y el escenario. Quizá era una mesa que no hubiera gustado a los clientes porque desde ella no se apreciaba bien el escenario, pero estaba estratégicamente colocada para alguien que quisiera ver el salón y por lo tanto todo lo que allí sucediera. Como era su costumbre la mayoría de las noches, George Townsend estaba sentado junto a ella y ya habían empezado a cenar.

—Es difícil de creer —dijo Fenner con un tono crítico.

—¿El qué?

—Como un tipo inteligente pueda dejarse pescar por una mujer semejante. Buena reputación, experiencia y una esposa encantadora, por lo poco que yo la conozco. ¿Qué se cree que va a sacar de Beverly cuando se le acabe la pasta?

Era una pregunta más bien retórica y Murdock no contestó. La idea le deprimía, aunque no sabía el motivo, de forma que continuó sentado allí, dando vueltas a la copa de Brandy, los oscuros ojos pensativos.

Durante un rato miró a su alrededor sin realmente apreciar nada. Una vez vio un flash y se dio cuenta de que Fay Loomis había encontrado otro cliente. El trío, que había estado tocando cuando entraron, había guardado sus instrumentos, indicando que habían terminado por esa noche. A las nueve menos diez comenzó a tocar la orquesta habitual Gene Drake entró cinco minutos más tarde con su aspecto delicado, alto y delgado en su traje de etiqueta. Habló con los otros componentes de la orquesta hasta que encontraron el tono apropiado, era de ese tipo de orquestas, y empezaron a tocar.

Desde donde estaba sentado, el único ruido que resaltaba por encima de las conversaciones del bar era el apagado ritmo de la música. Algunas parejas se estaban levantando camino de la pista y repentinamente Murdock se dio cuenta de que ya tenía bastante ración de Club Beverly. Apuró su brandy y dio las gracias a Fenner por la cena.

—¿Qué prisa tienes? —dijo el detective arqueando las cejas, pero sin que sus ojos mostrasen sorpresa.

—No son prisas —contestó Murdock—. Yo soy un trabajador. Tengo que dormir.

—Yo también soy un trabajador —dijo Fenner—, por eso creo que me quedaré todavía un rato —dirigió a Murdock una de sus poco corrientes sonrisas—. Con Bailey fuera de combate quizá pueda ascender algo ante los ojos de Fay Loomis.

Murdock dijo que lo dudaba, que ella podía aceptarle una copa, pero que si se quedaba hasta que cerrasen el club probablemente la acompañaría a casa Gene Drake.

15

Fue una combinación a partes iguales de suerte y lentitud, esta última por culpa del teniente Bacon, lo que hizo que el no haber recuperado Murdock su sedán le ayudara a estar en la calle Barry la mañana siguiente con cinco minutos de ventaja sobre sus colegas de los otros periódicos.

Todavía estaba usando un coche de la compañía, el cual tenía siempre una de las dos radios conectadas con el canal de la Policía. La había puesto en marcha mecánicamente al salir camino de la oficina y al momento se encontró escuchando, sin prestar mucha atención, al guirigay de voces entre la Estación Central y los coches que patrullaban las calles. La mayoría de las frases eran rutinarias y sin interés para él. Se encontraba a dos manzanas del Courier cuando oyó una señal en clave que le puso alerta. No es que fuese poco corriente el uso de este tipo de señales, con el fin de evitar que los coches de los reporteros llegaran en tropel al lugar obstruyendo la labor investigadora. Esta vez, el que avisaba utilizó el término «Señal S» y dio una dirección. Esto resultaba nuevo y desconocido para Murdock, de forma que tomó el micrófono y se puso en contacto con la emisora de la compañía. Cuando, pocos segundos después obtuvo contestación, preguntó si alguien había oído la llamada Señal S.

—La hemos oído —le dijo el director—, pero no sabemos qué es lo que quiere decir.

—Yo tampoco— dijo Murdock y explicó dónde se encontraba—. ¿Tienes algún otro coche en la calle que esté más cerca que yo?

—No.

Murdock añadió que se acercaría a ver qué pasaba y cuatro minutos más tarde, al entrar en la calle Barry, se dio cuenta de que se trataba de un asunto bastante más grave que una rutinaria infracción de la ley. La calle Barry, que se encontraba no lejos de los raíles del ferrocarril, estaba apartada de los lugares de tráfico intenso. Era una manzana de edificios dedicados a almacenes y pequeños negocios de ventas al por mayor. Vio una ambulancia al final del tramo, así como dos coches de la Policía aparcados en doble fila. Un tercer coche había sido colocado en forma diagonal con el fin de impedir el paso.

Todo esto le confirmó que la Señal S que había oído era simplemente la continuación de alguna otra señal anterior que no se había radiado. Aparcó el coche lo más cerca que pudo, cogió su máquina y se aproximó rápidamente por la acera. El oficial uniformado que se encontraba cerca del coche patrulla le llamó y Murdock, sin detener el paso, le dio la primera respuesta que se le ocurrió, no sabía si le iba a servir de algo, pero estaba decidido a no

pararse si lo podía evitar.

—Soy Murdock del Courier. El teniente me mandó llamar.

Lo dijo convencido y el oficial se quedó un momento indeciso, de forma que aprovechó para alejarse lo suficiente, hasta el punto de que la única forma de detenerle hubiera sido correr tras él. El oficial sabía que vendrían más coches y gente curiosa a los que tendría que impedir el paso, así que se quedó donde estaba y Murdock percibió que el objeto de tanta atención era un coche descapotable de color marrón último modelo, aparcado frente a un almacén de artículos de fontanería.

Había dos hombres de paisano que interrogaban a tres individuos en la acera, Murdock vio entonces al sargento Keogh y notó que se le aceleraba el pulso. Un poco después, un grupo cerca del descapotable se abrió para que pasara un tipo pequeño muy pulcramente vestido con un maletín en la mano. El doctor se paró para hablar con el teniente Bacon y cuando Murdock preparó su cámara e iba a comenzar a andar, el teniente le detuvo.

—No sé cómo diablos has podido llegar aquí tan pronto...

—Muy sencillo —interrumpió Murdock—, si me hubieras devuelto mi coche no hubiera oído la Señal S en la radio.

—Está bien, está bien —cortó Bacon bruscamente y sin disimular su contrariedad—. Puedes quedarte, incluso puedes echar una ojeada, pero no tomes fotos.

—¿Qué quieres decir con que no tome fotos? —preguntó Murdock indignado.

—Exactamente eso. Tropiezas con un caso por pura suerte y sacas tus fotos porque no puedo impedirlo. Esto es diferente y no me gusta el favoritismo, ya lo sabes. Me tienes que dar tu palabra o el sargento te guardará la cámara. Decídete.

Durante un momento de silencio se miraron; luego Murdock, sabiendo que no llegaría mucho más lejos con aquel tremendo carácter, asintió. Lo mismo hizo Bacon, con un gesto de cabeza le indicó que se acercara, cosa que hizo Murdock, aproximándose al descapotable que le parecía vagamente familiar.

La primera impresión que recibió al mirar el interior fue que la víctima debía haber estado sentada al volante cuando le llegó la muerte. Los pies se encontraban bajo la columna de la dirección cerca del freno y el torso se había desplomado o había sido empujado fuera del asiento, porque se encontraba en el suelo hacia la derecha, con el cuello torcido. El muerto llevaba un buen traje de color gris oscuro y camisa blanca y su rostro, que solamente se veía de perfil, le indicó el motivo de que el coche le resultase conocido. Era un rostro duro y con líneas demasiado acusadas para un hombre de su edad. Murdock luchó contra la sensación de horror y, mientras trataba de ordenar sus

ideas, se dio cuenta de que Wade Altman había hecho su última jugada.

Una voz a su espalda rompió la fascinación del instante y sus músculos parecieron cobrar vida. Poco a poco se relajaron sus nervios, pero le quedó una extraña sensación de debilidad en las piernas. Tuvo que inhalar para combatir las náuseas de su estómago antes de darse la vuelta y reconocer a un fotógrafo de la Policía y enterarse de que quería ponerse a trabajar.

Se hizo a un lado en la acera. Sujetó su cámara entre los pies y tomó un cigarrillo. Se daba cuenta de la actividad que le rodeaba, pero durante unos minutos se sintió tan confuso y todavía tan impresionado que no se preocupó de otra cosa que de sus propios pensamientos.

Durante un rato intentó encontrar alguna respuesta para esta tragedia, pero la reacción emocional le invadía. Comprendió que no se encontraba en condiciones de resolver semejantes problemas mentales y trató de no pensar. Se quedó allí, mientras dos enfermeros de bata blanca sacaban el cuerpo y lo colocaban en una camilla. Sabía, sin realmente mirar hacia aquella forma inerte, que uno de los detectives estaba registrando los bolsillos de Wade Altman y depositando el contenido en una bolsa de lona. Luego la camilla fue izada dentro de la ambulancia y se cerraron las puertas. El detective de la bolsa se acercó a Bacon y Murdock vio que llevaba algo en la otra mano.

La vista de aquello atrajo inmediatamente su atención y, cuando se hubo aproximado al teniente, pudo ver el fajo de billetes de banco que ahora se encontraba en la palma de la mano de Bacon. Se dio cuenta de que el dinero estaba en billetes de cincuenta dólares, limpios y con aspecto de nuevos, sujetos con una tira de papel de las que colocan los bancos.

—¿Cinco mil dólares? —preguntó Bacon con lento asombro.

—En billetes de cincuenta nuevecitos —añadió el detective—. Lo llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta.

Bacon se humedeció un dedo y empezó a inspeccionar la primera media docena de billetes, uno a uno. Luego, con un gruñido, pero sin comentarios, se acercó al coche-radio más próximo, se sentó en el asiento delantero y empezó a hablar por el radioteléfono. Estuvo bastante tiempo, su enjuta figura inclinada mientras lo hacía. Cuando salió del coche no dijo nada a Murdock, sino que miró hacia el tramo de la calle donde los representantes de los otros periódicos de la ciudad estaban discutiendo con el oficial uniformado.

—Está bien, sargento —dijo a Keogh—. Déjeles acercarse. Supongo que tendré que decirles algo. Esos hombres del distrito pueden irse, hay que dejar libre este lugar. Ya no podemos hacer nada más aquí… ¿Qué pasa ahora? —dijo bruscamente cuando Murdock le

tiró de la manga.

—¿De qué murió?

—De dos tiros en el pecho. A bocajarro. El médico dijo que podría tener quemaduras de pólvora en una mano.

—¿Cuándo?

—Quizá hace doce horas, más o menos. Y no me molestes más, ¿quieres?

—¿Cuándo me vas a devolver mi coche?

Eso detuvo al teniente. Consideró la pregunta pensativamente y parecieron disolverse la tensión y enfado que se retrataban en su delgado rostro. No era un hombre que pidiera disculpas muy a menudo, pero en este momento aceptó la reprimenda implícita con cierta gentileza, en su contestación se apreciaba algo de embarazo:

—Lo siento. Debería haberte llamado ayer por la tarde, pero he estado tan ocupado… —alejó la explicación con un encogimiento de hombros—. Lo puedes recoger en la Central cuando quieras. Pasa por allí esta tarde. Puedes hacerme falta.

Dieron las tres antes de que Kent Murdock hubiera tenido tiempo de recoger su coche en la Central de la Policía. De todas formas, antes de hacerse cargo de él subió para ver si podía hablar unos minutos con el teniente Bacon. Esta vez la puerta de la oficina estaba abierta y, ante su sorpresa, vio que el teniente no solamente estaba sin hacer nada, sino también inmóvil y con la mirada fija en algún punto situado más allá de la única ventana. Se encontraba en mangas de camisa con el chaleco desabrochado, un cigarro a medio fumar sujeto entre los dedos. Se dio la vuelta despacio, con un crujido de los muelles del sillón, al oír entrar a Murdock, pero sin reaccionar. Su único comentario fue una especie de gruñido difícilmente comprensible.

—Temía que estuvieras ocupado —dijo Murdock sentándose.

—Lo he estado.

—¿Ningún sospechoso que interrogar?

—El Fiscal del Distrito está haciendo lo que puede —Bacon descubrió que su cigarro estaba apagado y comenzó el ritual del encendido—. Lo cual es un descanso para mí —añadió envuelto en nubes de humo—. Los propietarios del Spartans y un par de entrenadores están mesándose los cabellos.

—¿Por qué?

—Dicen que estamos echando a perder un entrenamiento muy importante —Bacon masculló algo en voz baja—. ¿Qué diablos se creen? Matan a uno de sus jugadores a tiros, uno que además da la impresión de que estaba mezclado en el asunto de Bailey. Tus dos amiguetes Hargrave y French, también.

—¿Cómo? Si Bailey murió…

—No importa cómo murió. Los dos tienen algo que ver. Hasta que sepamos la verdad están metidos hasta las cejas en el asunto. Existe un motivo y es mejor que tengan una coartada para el asunto de Altman.

Murdock se mostraba contrario a esto y así se lo dijo.

—Es una estratagema de las tuyas.

Sin embargo, en el fondo, tenía que admitir que podía haber algo de verdad en lo que había dicho el teniente. Por lo que le habían contado, Hargrave y French, la tarde anterior, se daba cuenta de que este último, desde luego, tenía motivos.

Charlie French había admitido confidencialmente el haber ayudado a restar puntos al equipo en tres partidos. Era casi razonable pensar que Clark Bailey se había enterado de algo que podía probar esto. Si la información llegaba a manos del Fiscal del Distrito, French tendría que afrontar un procesamiento y quizá un período de tiempo en prisión. Además la publicidad le perseguiría durante los próximos años, eliminando cualquier posibilidad de continuar en el mundo deportivo como entrenador.

Esta idea le preocupó bastante, Murdock trató de olvidarla, pero no era cosa fácil. French había echado el cuerpo inconsciente de Bailey en la parte trasera del sedán, e insistía que Bailey se encontraba entonces vivo. Wade Altman no había sido tan contundente, dijo que 'creía' que Bailey estaba vivo cuando él dejó a Nancy Hargrave en el coche y se acercó a echar una ojeada, pero... la idea no se le iba de la cabeza, levantó los ojos hacia Bacon.

—¿Qué motivo crees tú que tuvieron para matar a Altman?

—El mismo motivo en el que tú estás pensando. Se encontraba fuera en su coche con esa chica Hargrave. Cuando ella se volvió a la fiesta, él permaneció allí. Debió de ver bastante más de lo que admitió, pero en vez de contarnos la verdad olió que podía haber dinero y se lo calló.

Murdock no podía rechazar el argumento, de forma que le dio una vuelta al asunto:

—¿Hasta dónde has llegado?

—No muy lejos, pero tenemos a muchos hombres trabajando en el asunto.

—¿Algún dato definitivo de la hora de la muerte?

—Sí —contestó Bacon, con una expresión más animada—, a veces tenemos suerte.

Empezó a mecerse suavemente en su sillón y expelió el humo hacia el techo en forma de pequeña columna, era difícil decir si estaba disfrutando el cigarro o el dato que Murdock le acaba de recordar: un policía de distrito y su compañero interrogaron a los propietarios de las tiendas de la calle Barry y uno de ellos había visto algo.

—Un hombre que se llama Haskell tiene un pequeño negocio de

suministros dos puertas más allá de donde encontramos el descapotable. Volvió después de cenar, la noche pasada, para coger algunos papeles. Dice que aparcó su sedan y entró en la tienda a las ocho. Había dejado el coche detrás de una furgoneta que sabía pertenecía al propietario del local de al lado. No estuvo dentro más de diez o quince minutos y cuando salió se encontró con el descapotable. Lo recuerda porque le molestó que aquel coche no le dejara suficiente sitio para maniobrar.

—Entonces —intervino Murdock—, eso nos da la hora. ¿Oyó los tiros?

—Dice que no.

Las oscuras cejas de Murdock se elevaron meditando esta respuesta. Su mirada se hizo pensativa.

—¿No crees que Altman murió en algún otro sitio y luego le llevaron allí?

—¿Por qué piensas eso?

—Por la posición del cuerpo. Los pies se encontraban bajo la dirección. Nadie hubiera podido conducir el coche con Altman en semejante postura. Pudieron colocarle así más tarde, pero, ¿por qué se iban a preocupar? Desde luego era su coche; yo lo conocía.

—Tu idea es buena —dijo Bacon complacido—. La oficina del tal Haskell está en la parte posterior de su establecimiento. Hay dos puertas entre esa oficina y la calle; las ventanillas del descapotable estaban bajadas a causa del frío reinante. Los dos disparos podían haber pasado inadvertidos, perfectamente.

—¿Y qué hay del dinero?

—¿Qué dinero? —Bacon hablaba con inocencia simulada y Murdock dio suelta a su enfado.

—¡No digas tonterías, por favor! Demasiado bien sabes a qué dinero me refiero. ¿Cuánto tiempo hace que no tenías cinco mil dólares en billetes nuevos en la mano?

Los labios de Bacon se torcieron en una mueca que podría haberse tomado por sonrisa, había aprobación en sus agudos ojos grises.

—Me preguntaba si serías capaz de darte cuenta de ese detalle —inhaló una pequeña bocanada de humo y la expelió mientras hablaba —. Tardamos un poco, pero no supuso un problema. Los números de los billetes eran correlativos. El Departamento Local de la Reserva Federal nos ha comunicado que se trataba de parte de un envío al Farmers National Bank. Lo verificaron.

—¿Y...? —insinuó Murdock al ver que el teniente dudaba.

—Y George Townsend presentó un talón al cobro, ayer a las dos de la tarde. Casi dejó su cuenta en números rojos, y el que pagó el cheque dice que le dio esos billetes.

—¿Has interrogado a Townsend?

—Sí, naturalmente. Durante dos horas, en este mismo despacho. El Fiscal del Distrito está con él ahora.

—¿Y qué explicaciones da?

—Admite que sacó el dinero, tenía que admitirlo. También que se lo dio a Altman, pero insiste que era un préstamo personal.

—Tiene que darse cuenta de que tú no vas a aceptar eso.

—Claro que se da cuenta. Es abogado. Creo que se va a aferrar a la misma historia hasta que podamos encontrar algún resquicio que la destruya.

Murdock meditó, hasta que un pequeño detalle pareció encajar dentro de su mente.

—Entonces, ese futbolista, no recuerdo su nombre, y la bailarina del Club Beverly que se encontraba fuera decían la verdad sobre Townsend. Es cierto que le vieron rondando la parte posterior de mi coche.

—Naturalmente. Siempre me pareció que era cierto. ¿Por qué iban a mentir?

—Eso debió de ser después de que Nancy Hargrave dejara a Altman.

—A mí me da la impresión de que Altman también vio a Townsend en tu coche y que luego fue a echar una segunda ojeada cuando le vio volver a la fiesta. En ese momento, Bailey ya había muerto. Altman se lo dijo a Townsend y no nos lo contó porque quería sacar provecho del asunto. Recibió dinero porque Townsend quería que se mantuviese callado. ¿De qué otra manera podría haber sucedido?

—¿Townsend le dio dinero y luego le mató? —dijo Murdock escéptico.

—¿Por qué no? —preguntó Bacon—. Le pagó para que se callara y así ganar tiempo hasta ver qué podía hacer.

—Entonces, ¿por qué no recuperó Townsend los cinco mil? Yo lo hubiera hecho.

—¡Ah! —exclamó Bacon con sorna—. ¿Desde cuándo te dedicas tú a matar gente? Townsend le pagó pasadas las dos de la tarde. ¿Cómo iba a pensar que Altman llevara todavía el dinero a las ocho? Hay algo más. Ya te dije esta mañana que según el doctor había una quemadura de pólvora en una de las manos de Altman. Tenía razón. Ese dato y los ángulos de los disparos nos indican que pudo haber lucha para apoderarse del arma —acentuó el énfasis con su cigarro—. Vamos a suponer que tú no has pensado matar, sino solamente intimidar con el arma para indicar que lo vas a hacer si no tienes más remedio. La pistola se dispara dos veces y te encuentras con un tipo muerto en el coche. Los disparos te parecen terriblemente escandalosos, piensas que alguien puede haberlos oído en alguna de

las tiendas y salir a ver qué es lo que pasa, entonces estarás perdido. Estás aterrado. No se te ocurre registrar nada en ese momento; solamente piensas en una cosa: marcharte de allí. Nadie ha dicho todavía que Townsend es el asesino. Pero reconoce que podía haber sucedido de esa forma.

Murdock no se encontraba muy convencido, aunque la idea tenía cierta verosimilitud en ese momento no se encontraba con ganas de discutir. Su sentido de culpa le hacía pensar que era en parte responsable de lo que le había sucedido a Bailey y aunque este sentimiento se había disipado un poco, todavía le atenazaba. A este estado depresivo se le añadía ahora el recuerdo de Gary y Nancy Hargrave y de Charlie French, que eran sus amigos. Se levantó y se abrochó el abrigo. Al intentar alejar las ideas que le deprimían le asaltó una nueva.

—¿Están las llaves en mi coche?

—Sí.

—¿Cuándo me vais a devolver la gabardina?

Por segunda vez en el día, el teniente Bacon pareció avergonzado.

—Creo que no va a ser posible todavía. A causa de la marca que tenía Bailey en la cabeza producida por un botón y la pequeña mancha de sangre en la gabardina, el Fiscal del Distrito tiene que quedarse con ella, ya sabes, es la prueba A.

—Muy bien.

—Hace demasiado frío de todas formas para ir en gabardina —añadió Bacon no muy convencido—, pero si necesitas una, quizá podamos hacer algo —extendió las manos—. Lo siento, pero, ¡qué diablos!, de la forma que se han presentado las cosas esa gabardina es el arma asesina.

Murdock no discutió. No estaba muy seguro de que quisiera que se la devolvieran. Existía la posibilidad de que la hacienda pública le pagase algo, pero realmente no le parecía lo más importante en ese momento.

16

Murdock dedicó la siguiente hora a investigar intensamente. Sus fuentes de información eran cuatro profesionales de las apuestas que le conocían lo suficientemente bien como para confiar en él. La opinión unánime confirmó su teoría y le llevó a la conclusión de que la posible suerte del Spartans había provocado dudas a las personas interesadas en los mejores resultados: los mismos profesionales. Nadie tenía pruebas, pero no se podía ignorar el hecho de que, después de los primeros cuatro partidos de la temporada, el Spartans había sido borrado de las listas y el clan local de apuestas no había vuelto a arriesgar nada a su favor o en contra. En otras partes de la región parecía que algunos no habían sido tan suspicaces, se sabía que George Townsend había estado apostando durante la temporada, pero siempre en oficinas de fuera de la ciudad.

Ahora, a las cuatro treinta, como ya tenía esta información archivada para referencia futura tomó el ascensor del Courier hasta la planta quinta y entró en el departamento de ecos de sociedad. Se acercó a una oficina muy pequeña donde se oía el martilleo de una máquina de escribir utilizada con gran tesón y entusiasmo. Nancy Hargrave no le vio llegar, de forma que se quedó parado en el umbral, contemplando en silencio sus ágiles dedos y el cabello despeinado que tan adorablemente enmarcaba su bonita y joven cara. Cuando se dio cuenta de su presencia le indicó la única silla, un trasto desvencijado de rígido respaldo.

—Tardo un minuto —dijo sin dejar de escribir.

Fueron tres en realidad, pero cuando arrancó de un tirón la hoja de papel había una mirada de felicidad en los ojos azul oscuro y una connotación de triunfo en el suspiro que exhaló. La lucha con la cinta de la máquina le había dejado manchas en la yema de dos dedos y tenía un churrete en la nariz, pero esas marcas del trabajo simplemente parecían acentuar su atractivo. Sin hacerle caso todavía, leyó las páginas que acababa de escribir, dijo que volvería rápidamente y se metió en la oficina vecina. Al volver, se retiró el pelo de los ojos con el dorso de la mano y se sentó en su sillón con otro suspiro.

—Lo siento —dijo sonriente—, pero tenía que quitarme eso de encima.

Murdock se sentía incapaz de enfrentarse con semejante efervescencia. Hizo un esfuerzo para devolver la sonrisa, pero no le salía del interior, sus ojos oscuros permanecían sombríos y confusos. La muchacha pareció darse cuenta y su sonrisa empezó a evaporarse al percibir una nueva preocupación.

—¿Pasa algo malo?

—¿Sabes lo de Wade Altman?

—Sí —dijo, los azules ojos repentinamente serios. Señaló una edición temprana del Courier que había dejado en el lado opuesto a la mesa—. Viene aquí... ¿Por qué?

—La otra noche debió de ver algo más de lo que declaró.

—¿Saben ya quién lo mató?

—Todavía no —Murdock se inclinó hacia adelante—. Quería hablar contigo sobre Altman. ¿Cómo es que te encontrabas con él en su coche el domingo por la noche?

—Quería sacarle información.

—¿Y...?

—Clark Bailey me tenía preocupada. Quiero decir que me inquietaba su comportamiento. Nunca le había visto de aquella manera y había algo asqueroso y desagradable en su forma de hablar. Le oí decir algo a Wade.

—¿El qué?

—No lo recuerdo exactamente. No escuché toda la frase, pero se trataba de algo así como que Wade ya había jugado su último partido y que cuando él publicase la historia no podría volver a encontrar trabajo.

—¿Sólo eso?

—Es lo que yo oí. Creo que era el final de la conversación, pero sabía que Clark había estado importunando a Gary y a Charlie. Les pregunté qué pasaba y ellos me contestaron con evasivas, de forma que sugerí a Wade la idea de que me apetecía salir fuera y sentarme en el coche para fumar un cigarrillo. Le dejé abrazarme y tuve que luchar un poco; cuando me di cuenta de que no me iba a decir nada me marché.

—Pues tenía algo que decir.

—Lo único que me contó es que Clark odiaba al Spartans y que cuando se emborrachaba se volvía odioso y aborrecible y que lo que estaba haciendo era echarse faroles, que no tenía importancia.

—¿No viste nada más que lo que contaste al teniente Bacon?

—No —arrugó un poco su frente tersa y preguntó en voz baja—. Wade mentía, ¿verdad? Debió de ver algo más cuando yo me marché.

—Bastante más —dijo Murdock. Como no quería contarle nada de lo que había comentado con el teniente Bacon, cambió de conversación—. ¿Qué tal la cena de anoche?

—Maravillosa —su vitalidad apagó la preocupación.

—¿Se te declaró?

—Sí —se miró las manos mientras sus mejillas se coloreaban—. Fue algo así como una declaración en cooperativa. Creo que le obligó a hacerla. El quería desnudar su alma y limpiar su conciencia y... —se

calló y levantó los ojos—, ya lo sabes, me dijo que te lo había contado.

—Eso no te importa, ¿verdad? —preguntó Murdock.

—Claro que no. Lo que pasó hace trece años con Beverly Gordon, o como sea que se llamara entonces, le puede pasar a cualquiera. No fue culpa de él. Además no me extraña que huyera, ¿y a ti? —no esperó contestación y continuó—. Naturalmente que hizo mal en ayudar a que el equipo perdiese más puntos de los necesarios en los primeros partidos. No lo apruebo, pero lo comprendo. Tenía miedo. Esa mujer le amenazó con denunciarle y él se comportó ingenuamente al creer que tendría que regresar y somertese a juicio. Lo único que importa es que se diera cuenta de que estaba portándose mal y dejara de hacerlo. Me dijo que George Townsend le dio quinientos dólares por cada uno de los tres partidos y cuando comunicó a Townsend y a Beverly Gordon que no lo pensaba hacer más les devolvió el dinero. Le creo.

—Yo también —dijo Murdock.

—¿Por qué tiene una que preocuparse de una cosa así cuando se ama a una persona?

Murdock se dio cuenta entonces de que no podía insinuar que en el caso de que la información que consiguiera Jack Fenner cayera en manos del Fiscal del Distrito, Charlie French tendría que afrontar algunos cargos. Ya habría tiempo de hablar de ello si llegaba el momento. Se había enterado de todo lo que ella le podía decir y, queriendo animarla para devolverle el buen humor que le había quitado, le preguntó:

—¿Cómo lograste la declaración?

—¿Qué quieres decir?

—Tu hermano me dijo que Charlie tenía miedo de tu dinero.

—Lo tiene. Pero yo le aclaré algunas cosas. Tiene en perspectiva un trabajo como ayudante de entrenador para el año que viene, con un salario de siete mil quinientos dólares. También ha trabajado con un agente de seguros y cree que si continúa puede conseguir otros siete mil quinientos. De forma que yo pregunté si no creía que el matrimonio debería ser un negocio al cincuenta por ciento. Que si él ponía quince mil al año, ¿por qué no podía yo hacer lo mismo? Le pillé y tuvo que aceptar mis razones —había recuperado la sonrisa y la alegría de sus ojos—. Se me permite igualar sus quince mil con quince mil de mi propiedad. Hemos acordado vivir con eso. ¿No crees que es suficiente?

Lo preguntaba con tal seriedad que Murdock tuvo que recordarse a sí mismo que estaba tan acostumbrada a tener lo que quería con abrir la boca simplemente que no se le ocurría que la mayoría de los matrimonios funcionaban muy bien con bastante menos.

—Creo que sí —dijo sonriendo a pesar suyo—. Con treinta mil

podéis tener una buena casa y dos o tres niños. Incluso a lo mejor tienes suficiente para su educación —la llamada del teléfono sobre la mesa de Nancy le impidió continuar y ella contestó para después ofrecérselo.

—Es para ti.

—¿Kent? —dijo una voz de mujer—. Soy Laura Townsend.

—Dime, Laura —dijo una vez recuperado de la sorpresa—. ¿Cómo estás?

—Ya sé que estás ocupado —continuó ella sin contestar a su pregunta—, pero me apetece mucho hablar contigo. No será una conversación larga, te lo prometo. ¿Crees que podrás venir?

—¿Ahora?

—Sí, por favor.

Murdock asintió, diciéndole que estaría allí en quince minutos o quizá menos.

El apartamento de lo Townsend era un dúplex en el último piso de un edificio del distrito Kenmore y cuando Murdock oprimió el timbre de la puerta se abrió y apareció en el umbral una mujer alta y bien formada, con cabello castaño claro y unos ojos muy separados de color avellana. La sonrisa con que le recibió era cálida y sincera. Después de cerrar la puerta le dio un leve beso en la boca, un gesto natural, sin afectación, producto de una buena y antigua amistad. Luego puso sus manos en los brazos de él y dio un paso atrás para inspeccionarle brevemente.

—Siempre el mismo —dijo con aprobación.

—Tienes un aspecto maravilloso, Laura.

—Pero ahora no te veo nunca.

—Bien —Murdock le sonrió—, es que no me fío de las mujeres casadas.

—¡A saber...! Dame tu abrigo y tu sombrero.

—Los puedo poner aquí mismo —y los colocó sobre el sofá de brocado que se extendía a lo largo de una de las paredes del pequeño vestíbulo.

La siguió hasta el salón que estaba a un nivel inferior, admirando su estilo y su manera de andar, la forma de sus piernas, la suavidad de las caderas bajo el elegante traje verde de lana. Le guió hasta el diván que se encontraba frente a una larga mesa y en aquel momento apareció una doncella por el extremo opuesto de la habitación con una bandeja de plata con botellas y vasos, un cubo de hielo y una jarra con agua. Después de dejar su carga en una mesita baja delante del diván, preguntó si deseaban alguna otra cosa y Laura Townsend dijo que no.

Se puso a preparar dos copas, no preguntó a Murdock qué deseaba, sino que echó una generosa medida de whisky en los dos

vasos antes de poner los cubos de hielo.

—Recuerdo que solías tomarlo con agua —dijo tomando la jarra.

—Todavía lo hago —contestó Murdock y su memoria retrocedió a aquellos días y otros momentos como éste ya en el pasado.

Había sido amigo del hermano de Laura hasta que éste murió en Corea. Entonces se llamaba Laura Atkins, una chica alta y flexible con una adorable figura, no bonita en el sentido clásico de la palabra, ya que su boca era algo grande y los pómulos un poco prominentes. Pero su estructura era correcta y los ojos bellísimos, además tenía una cualidad interna que siempre surgía, convirtiéndola en la chica más atractiva y deseable del mundo si se estaba próxima a ella. Todavía poseía esa cualidad y Murdock volvió a maravillarse de que George Townsend pudiera dejar todo aquello por los encantos más llamativos y calculadores de Beverly Gordon.

Laura tenía unos veintitrés años cuando se casó con un joven ingeniero que se llamaba Pierce. Habían sido compañeros de escuela y según todos los indicios el matrimonio era feliz hasta que, dos años después, un camión remolque resbaló en una carretera y aplastó el coche que conducía el joven Pierce. La herencia que recibió de su marido, sumado a lo que dejara su madre, la convirtió en una mujer moderadamente acaudalada. Tres años más tarde se casó con George Townsend, siete u ocho años mayor que ella y que la había estado cortejando durante cierto tiempo, hasta que la convenció para que se casara con él...

—Lo siento —dijo Murdock al darse cuenta de que ella estaba hablando.

—Te pedí que vinieras porque quería preguntarte algunas cosas sobre George.

Murdock dejó el vaso, no estaba seguro de lo que querría decirle. Iba a coger uno de sus cigarrillos, pero ella se le adelantó, ofreciéndole una tabaquera de plata que había en la mesa. Tomó un cigarrillo y ella hizo lo mismo y se inclinó hacia adelante, el codo apoyado en las rodillas cruzadas, para aceptar la lumbre que él le ofrecía.

—¿Qué pasa con George?

—¿Le han detenido?

—No creo. Le han estado interrogando, pero eso es todo lo que sé.

—Me llamó hace un rato. Dijo que quizá tendría que pagar una fianza o algo así y me parece que pensaba que a lo mejor me tenía que pedir ayuda. ¿Qué es lo que pasa, Kent? —preguntó, con sus ojos de color avellana serios y preocupados—. ¿Qué es lo que ha hecho?

—¿Leíste algo sobre el asesinato de nuestro reportero deportivo, Clark Bailey, hace un par de noches? ¿Y sobre un futbolista llamado Wade Altman?

—He leído lo de Bailey, pero no sé da de ningún Altman.

Murdock le contó lo que pudo. Le habló de la fiesta del domingo por la noche e hizo un breve resumen de lo sucedido. Cuando hubo llegado al punto donde ya no podía continuar, le preguntó si sabía algo de resta de tantos y cómo podía hacerse en el fútbol.

—Temo que no —contestó—. No soy aficionada al fútbol y nunca apuesto, excepto a veces en las carreras o a la ruleta.

—Bien, cuando se apuesta en un partido los tantos son importantes. ¿Has visto alguna vez uno de esos impresos que sacan semanalmente los de las apuestas...? Generalmente es una lista de quince o dieciocho partidos universitarios los sábados —explicó, al negar ella con la cabeza—, además de los partidos profesionales que se juegan los domingos. Tengo entendido que las apuestas varían según las diferentes partes del país; pero la idea es que si tú eliges tres equipos y ganan, incluyendo los tantos que tú das o quitas, puedes ganar seis u ocho a uno. Cuantos más partidos selecciones más oportunidades tendrás, pero solamente tienes la obligación de elegir tres. ¿Me entiendes?

—Hasta ahora sí —contestó sonriendo.

—En una semana cualquiera realmente nunca encontrarás más de uno o dos equipos que estén igualados. Esto quiere decir que si eliges el equipo A y le han marcado favorito con siete tantos sobre el equipo B tienes que dar siete tantos. La cantidad de tantos puede variar uno o dos puntos hasta llegar a treinta o treinta y cinco algunas veces. Pero si apuestas a un equipo en baja y alguien te da veinte puntos y si algún jugador del otro equipo elude un pase, o comete falta, y tu equipo pierde solamente por catorce, entonces ganas. Que yo sepa, nunca ha habido escándalo en el fútbol profesional. En el baloncesto universitario, sí. Pero existe la sospecha de que tu marido ha podido colaborar con alguien para restar puntos al Spartans.

—¡Oh! —exclamó ella en voz baja, como si el monosílabo le hubiera salido del alma, sus labios quedaron entreabiertos—. ¿Quieres decir que George ha podido sobornar a alguien?

—No tengo pruebas —dijo Murdock—. Esto tiene que quedar entre tú y yo. Sé —añadió pensando en Charlie French— que George tenía a uno de los jugadores de su parte en los primeros tres partidos. Creo que quizá tenía también la colaboración de Wade Altman durante toda la liga.

—Pero yo creía que el Spartans estaba ganando.

—Últimamente, sí; pero a veces se pueden forzar los puntos para ganar o perder si se es inteligente y se tiene suerte.

—Si esto fuese cierto y tuvieran pruebas, ¿podrían meter en la cárcel a George?

—Eso me temo. No eso sólo; le expulsarían del foro.

—Pero tú no puedes creer que él matara a esa Altman —dijo ella dejando su vaso—. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Por miedo a que Altman pudiera contar la verdad? No lo creo.

Murdock le habló de los cinco mil dólares en billetes nuevos de cincuenta que se habían encontrado en los bolsillos de Wade Altman; no hubiera querido contárselo, pero pensaba que tenía derecho a saber la verdad igual que la sabía él. Vio cómo se nublaban sus ojos y cómo el disgusto se reflejaba en su boca.

—George le contó al teniente Bacon que era un préstamo —dijo —, pero la Policía no se lo va a creer. Piensan que debe de haber otra razón; es por eso por lo que le están interrogando.

Se quedó pensativa, tenía el ceño fruncido todavía cuando aplastó el cigarrillo.

—No creo que George fuera capaz de matar a nadie. Lo otro, el soborno, podría ser posible. Cualquier cosa podía suceder después de comportarse de esa manera con la Gordon. Temo que nunca podré entender cómo se ha podido dejar atrapar de esa forma. Al principio yo creía que era simplemente otra aventura y que George se limitaría a un coqueteo sin importancia, ya había sucedido anteriormente, pero que luego no pasaría nada —hizo una pausa con la mirada pensativa —. ¿Sabes lo de Ross Carlin y yo?

—Solamente que se os ha visto juntos a veces.

—Probablemente te han dicho más de eso, pero como eres un caballero no lo quieres repetir. No importa, lo que has oído es la verdad. Es curiosa la forma como se presentan las cosas —añadió con un extraño acento en su voz—. Hacía muchos años que conocía a Ross, pero yo creo que el hito que cambió nuestras relaciones se puede situar en una fiesta del Club Beverly hace casi dos años. Hasta entonces mi matrimonio no se podía considerar lo que pudiéramos llamar un éxito, pero era tolerable. Al principio yo creía que estaba enamorada de George y que él lo estaba de mí. Quizá fue cierto durante un tiempo, pero no pasó mucho antes de que me diera cuenta de que los viajecitos que hacía no eran solamente por negocios. Se dejaba conquistar por una cara bonita o una figura atractiva, me enteré de que no poseía lo que se dice un carácter fuerte; de todas formas esos asuntos no le duraban mucho, cuando terminaba uno de ellos transcurría un período de tres, cuatro o cinco meses durante los cuales se convertía en un esposo fiel y casero como cualquier otro. No tenía mala intención; se portaba de forma generosa y considerada la mayor parte del tiempo. Pero le era difícil resistirse a las conquistas. Con la Gordon fue diferente. No pudo vencerlo como lo había hecho en otras ocasiones y cuando Ross Carlin empezó a prestarme su atención no vi ninguna razón para no hacerle caso.

—¿Y ahora qué pasa? Ya que estamos en plan confidencial…

—¿Qué quieres decir?

—¿Estás enamorada de Carlin?

—Sí, hemos estado en contacto durante todo el año. Creo que nuestra relación ha transcurrido de forma discreta e inteligente. Nunca hablamos de matrimonio hasta hace poco, porque la mujer de Ross estuvo seminválida durante varios años. El es demasiado leal para divorciarse y el estar conmigo ocasionalmente durante esos últimos meses, antes de que ella muriese, no le hacía daño a su mujer, ya que no se daba cuenta casi de nada, no comprendía ni que se encontraba en un sanatorio. Respecto a mí, yo no me sentía como si estuviese engañando a nadie, ya que George estaba tan absorto con Beverly Gordon que ni se daba cuenta de mi existencia —se paró para tomar aliento, su firme busto oprimido por la tela del vestido—. Ya sabes que la señora Carlin murió hace seis meses. Ross y yo lo hemos discutido y hemos decidido que nos amamos y que no se trata de algo repentino. Es algo más que una mutua atracción y una relación sexual satisfactoria. Creo que sé lo que voy a hacer, ya tengo treinta y siete años, Kent, y quiero que esto sea para siempre —tragó saliva y continuó—. Queríamos esperar un intervalo adecuado antes de decidir nada en concreto. Yo había pensado ir a Nevada el mes próximo para conseguir el divorcio. Este es el motivo de querer saber qué es lo que le pasa a George. Si tiene problemas tengo que estar a su lado hasta estar segura de que el asunto ha terminado. No es que le deba nada en realidad; es que no me iba a encontrar en paz conmigo misma si le abandonase ahora. Quizá necesite ayuda, Kent.

—Puede que tengas razón.

—No quiero decir solamente por esto que está sucediendo hoy. Beverly Gordon se ha quedado casi con todo lo que tenía. Durante mucho tiempo le dejé que administrara las herencias que recibí de mi madre y de mi primer marido. Creo que fue una equivocación, porque mientras la Bolsa ha estado subiendo los dos o tres últimos años, el valor de mi dinero ha estado bajando considerablemente.

—Cuando Bacon comprobó los cinco mil dólares que encontraron en el cuerpo de Wade Altman —dijo Murdock—, el Banco informó de que, con ese cheque, la cuenta de George casi se quedaba en números rojos. Pero lo que no entiendo es cómo puede estar tan mal de dinero como tú me estás dando a entender. Realmente posee el veinticinco por ciento de las acciones del Spartans. Después de perder durante dos temporadas se supone que el equipo tiene que estar obteniendo un pequeño beneficio este año. Ese veinticinco por ciento vale un montón.

La reacción le sorprendió bastante. La sonrisa que recibió de ella era más automática que sincera y además algo así como una risa ahogada que no parecía alegre precisamente.

Inhaló y luego expelió el aire lentamente, relajando sus hombros al recostarse contra los almohadones.

—¡Cómo me gustaría que eso fuese cierto! —dijo con resignación.

—¿Que el equipo hubiera producido beneficios este año?

—Que George poseyera el veinticinco por ciento —dudó nuevamente y la duda se reflejó en sus ojos al enfrentarse con los de él—. Parece que vamos a estar repitiendo siempre que todo es confidencial, pero como tenemos confianza el uno con el otro y yo sé que lo que diga no va a salir de esta habitación, te confesaré que George no es el dueño del veinticinco por ciento del Spartans. Ross se enfadará conmigo si esto llega a saberse, pero George posee el dos y medio por ciento. Ross se lo dio para que figurase como propietario de esas acciones. George no podría comprar ni el veinticinco por ciento de un equipo de fútbol-sala de colegialas.

Murdock se dio cuenta por el tono de voz que lo que le estaba diciendo debía ser cierto, pero necesitó pensarlo un poco. Se dio cuenta de que el vaso de ella estaba vacío y se inclinó para reponer los de ambos. Durante unos segundos, el clic sonoro de los cubos de hielo y el caer del whisky y el agua fueron los únicos sonidos de la habitación, y cuando terminó ya había comenzado a comprender el motivo de la utilización del nombre de Townsend y su reputación.

—¿Es porque Carlin fue un jugador?

—En parte sí —dijo ella tomando el vaso—, pero no solamente por eso. Fue jugador hace mucho tiempo. Tuvo más que ver con la clase de negocios en los cuales ha invertido ahora.

—¿Hipódromos y canódromos y el hotel de Las Vegas?

—Sí. Cuando apareció la oportunidad de obtener una exención en la nueva Liga, el delegado quería asegurar que los propietarios estuvieran por encima de toda sospecha en el más amplio sentido de la palabra. No era cuestión de dinero.

Murdock se daba cuenta de esto y pensó en los tres hombres, que, junto a Townsend, habían puesto dinero y figuraban como propietarios. Recordó a uno que tenía inmobiliarias, un presidente de una firma de máquinas-herramientas y un consejero de una compañía de inversiones que había sido negocio familiar durante tres generaciones.

—Todos sabían que habría que gastar gran cantidad de dinero antes de empezar a recuperar algo —añadió ella—, pero querían obtener la exención. Quizá se trataba más de orgullo cívico que de negocios, pero podían permitirse el inscribir el equipo lo mismo que Ross y a él le aceptaron perfectamente. Pero el delegado dijo que no —se encogió de hombros levemente—. Bien, Ross no se rinde fácilmente y entonces George estaba trabajando bastante con varios negocios en los que Ross se encontraba interesado.

El resto de la historia era comprensible y Murdock escuchó cómo ella le explicaba que cada uno de los cuatro puso un cuarto de millón de dólares para empezar. La reputación de los negocios de Townsend era buena en esa época y nadie preguntó de dónde había conseguido su parte para el desembolso inicial. Todos los años habían tenido que poner sumas adicionales para mantener el equipo mientras éste se formaba y Carlin suministraba su parte a través de Townsend.

—Las acciones estaban a nombre de tu marido —dijo Murdock— y él las asignaba en secreto a Carlin. Por todo esto obtendría el diez por ciento de los beneficios cuando los hubiera.

—Así es cómo yo lo entendí —Laura tomó un sorbo y asintió—. Desde luego George no lo hizo por dinero. Lo que a él le gustaba era el prestigio, si se le puede llamar así. Era uno de los propietarios, alguien oficial en el equipo. Tenía un palco. Le hacía sentirse importante y le halagaba que hablasen de él como de un rico aficionado, como dijo un artículo de un periódico.

Murdock ya no estaba escuchando tan atentamente cuando dejó su vaso y se puso de pie. Ahora comprendía que Townsend tenía un motivo para asesinar. Si se sabía lo que había hecho, con pruebas para apoyar los cargos, no solamente tendría que enfrentarse con la cárcel y la expulsión del foro, sino también el haber sido una marioneta a la cual Beverly Gordon había dejado en la ruina moral y económica.

—No se lo dirás a nadie, ¿verdad? —Laura Townsend se levantó también con un interrogante en sus ojos color avellana.

—No —dijo Murdock—. Pero Carlin lo tendrá que hacer quizá, si la Policía se entera de demasiadas cosas.

Subieron los dos escalones hasta el vestíbulo y Murdock cogió su abrigo, ella le ayudó a ponérselo y se quedó cerca de él con sus manos sujetando levemente las solapas.

—Gracias por venir —dijo—. ¿Tú comprendes que tengo que estar al lado de George si necesita ayuda? Alguien tiene que hacerlo y dudo mucho que Beverly Gordon se exponga.

Le besó otra vez de aquella forma tan poco afectada, pero ahora había como más calor en sus labios, lo cual le hizo recordar otros tiempos ya a salvo en el pasado. Luego dio unos pasos para retirarse y su sonrisa era amistosa y adorable cuando él abrió la puerta. Le rogó que le comunicara si sucedía algo y él le dijo que así lo haría.

17

Kent Murdock se pasó por el departamento de Gene Drake en el Hill cuando regresaba camino del Courier, pero al no obtener contestación a su llamada se marchó al Club Beverly. Ya era casi anochecido y el lugar empezaba a revivir. Había actividad en el bar, como una anticipación a la hora de la cena, pero no encontró a Drake. Después de hablar brevemente con el trío que iba a empezar a trabajar en el salón todavía vacío, continuó su camino. Sonaba el teléfono al entrar en el estudio y Terry, que contestaba, se volvió hacia él ofreciéndole el auricular.

—¿Quién es? —preguntó Murdock.

—Una dama. Creo que es la misma que llamó hace cinco minutos. Sonaba como si no pudiera esperar —sugirió al levantarse de la silla —. Pregúntale si tiene una amiga.

La voz que escuchó Murdock estaba en tensión y transmitía urgencia. Las frases amontonadas, como emitidas sin aliento, las hacía incomprensibles. No sabía quién era, de forma que interrumpió preguntando:

—Un momento, ¿quién llama?

—Fay, Fay Loomis.

—Ah, sí, Fay. Habla más despacio. ¿Qué te pasa?

—Debería haberte hecho caso. Me advertiste que las cosas se podían poner mal. Dijiste que te llamara…

—Está bien. Tranquilízate. ¿Dónde estás?

—En la Estación Sur. Creo que alguien me ha seguido. Vi dos hombres y… —se interrumpió con un sollozo contenido, la oía respirar como si tratase de ahogar el pánico que la atenazaba y que se hacía contagioso. Rápidamente la urgencia se aposentaba en el cerebro de Murdock, donde antes no había habido nada de eso, y en algún lugar de su pecho pareció endurecerse un nervio.

—Fay —dijo con la voz deliberadamente dura—, estás bien, ¿verdad?

—Tengo miedo. Estuve intentando hablar contigo. No sabía qué otra cosa podía hacer.

—Está bien. Estoy aquí. No me cuentes nada más —dijo, una reacción normal al darse cuenta de que no había tiempo para preguntas—. Estaré allí en cinco minutos. ¿Dónde estás exactamente?

—En el comedor. Quiero decir en la cabina de teléfono del comedor.

—Corta la conexión, pero simula que estás hablando todavía. Quédate allí.

Comenzó a andar nada más colgar el teléfono y tuvo suerte de

coger uno de los ascensores que descendían. Se encontraba en el coche y en movimiento en menos de un minuto y aunque el tráfico era intenso transcurría en su mismo sentido sumergiéndose en la oscuridad naciente.

Dejó el coche en el lado de la estación que daba a la Avenida Atlantic, acercándose tanto a la entrada principal como pudo.

No se trataba de un aparcamiento, según indicaban las señales, de forma que se detuvo nada más que para coger de la guantera una tarjeta que decía Prensa y la puso contra el parabrisas. Luego se convirtió en uno más de los que corrían camino de casa, uniéndose a la fila que convergía en la esquina proveniente de tres direcciones distintas.

Estaba todo muy lleno, pero aquí también la muchedumbre parecía seguir el mismo camino que él. Los puestos de refrescos eran como islas de actividad en las amplias avenidas, donde se apiñaban inmensas hileras de gente, rotas a veces cuando uno se salía de la corriente y abría lo que parecía ser la puerta de un convoy para comprar cigarrillos y revistas y las últimas ediciones de prensa. Murdock, moviéndose en sentido diagonal camino de las salas de espera, llegó por fin al comedor; se encontraba sin aliento y no se le pasó el estado nervioso hasta que se encontró dentro y vio a Fay Loomis en la cabina de teléfono frente al mostrador.

Ella también le vio inmediatamente y sus ojos mostraron el alivio que sentía. Observó cómo colgaba el teléfono y se apresuró a situarse junto a la puerta cuando ésta se abrió hacia afuera. Llevaba el rubio cabello al descubierto y el abrigo de pelo de camello sin abrochar, al tomarla del brazo sintió un temblor. La condujo hacia dos taburetes vacíos ante el mostrador. Ella miró a un lado y a otro por encima de sus hombros, todavía se la veía asustada. Pero la tirantez comenzó a abandonar su rostro pálido y cuando comenzó a mover las mandíbulas se dio cuenta de que masticaba chicle.

—Oh —dijo la chica con un largo suspiro de alivio—. ¡Estoy tan contenta de verte! ¿Dónde vamos?

—Nos quedamos aquí —dijo Murdock e indicó uno de los taburetes—. Creo que un poco de café caliente te vendrá bien —hizo el pedido y no añadió nada hasta que lo hubieron servido.

Cuando vio cómo temblaba la cucharilla entre los dedos de la muchacha, de tal forma que le era imposible sostenerla, le cogió la otra mano y se la oprimió.

—Vamos —dijo—, el tío Murdock está aquí pequeña. Ya se han terminado los problemas... Eso está mejor —añadió al verla tomar un sorbo de café—. Dime, ¿qué ha pasado?

—Quería cambiar de taquilla. Me habían dicho que las limpian cada veinticuatro horas a menos que les echen más monedas. Quería

asegurarme de que todo iba bien.

Murdock no preguntó qué era «todo», ni le pidió que se explicase mejor. Ya se enteraría más tarde de los detalles, pero resultaba obvio que lo que le habían contado durante los dos últimos días era cierto. Clark Bailey había robado un sobre a Jack Fenner; lo había colocado en una taquilla para tenerlo seguro, por lo tanto Bailey tenía razón al fanfarronear. Fay Loomis se había hecho con esa llave utilizando algún método y esos datos eran suficientes por ahora.

—¿Por qué piensas que te seguían? ¿Cómo llegaste aquí?

—En taxi. Lo cogí en la esquina de mi casa. Vi que tan pronto como me metía en él aparecía un coche por la parte posterior y yo creo que nos seguía, pero estaba oscuro y había muchos coches y no podía estar segura. Pensé que se podía tratar simplemente de mi imaginación y mi estado de nervios y quizá la conciencia culpable.

—¿No viste a nadie entrar en la estación tras de ti?

—Había demasiada gente.

—Entonces, ¿por qué creías que te seguían?

—Abrí la taquilla y puse el sobre en la próxima que estaba vacía. Entonces, cuando iba a cerrar la puerta, tuve una sensación extraña y me volví; había dos hombres mirándome. Estaban un poco retirados y simplemente miraban. Todo el mundo andaba apresurado para tomar los trenes y preocupados solamente por sus propios asuntos, pero éstos estaban como esperando; uno de ellos era más alto que tú y más fuerte y el otro más delgado. Llevaban abrigos y sombreros oscuros —se estremeció de forma inconsciente—. Me parecieron terriblemente duros y..., no sé..., repentinamente me encontré como petrificada.

—¿Y luego?

—Cerré la puerta de golpe y cogí la llave, luego comencé a abrirme paso a través de la multitud. Una de las veces que miré hacia atrás vi que venían. Encontré este lugar y observé a través de las puertas de cristal que había un policía sentado en uno de los taburetes, de forma que me vine hasta aquí y me senté a su lado.

—Quizá eran detectives —dijo Murdock, pero al decirlo se dio cuenta de que estaba equivocado. Si los dos hombres hubieran estado trabajando para el teniente Bacon la hubieran detenido inmediatamente.

—No —dijo ella y negó con la cabeza—. He visto los suficientes detectives para conocerlos si me encuentro uno. Me daba miedo decírselo al policía que estaba a mi lado, pero me daba cuenta de que no iba a permanecer allí siempre y entonces me acordé de ti. ¿Has traído tu coche? ¿Te importa llevarme a casa, por favor?

—¿Tienes la llave todavía?

—Naturalmente que sí. Créeme, te la puedes quedar después de esto. Llévame a casa de forma que me pueda encerrar y no me importa

lo que puedas hacer con ella o lo que venga después.

—Está bien —dijo Murdock, dándose cuenta de que la muchacha había subido la voz otra vez y que la gente empezaba a mirarles. Le estrujó la mano nuevamente esperando que la presión tranquilizara sus nervios—. Termínate el café. Cuando salgamos, si ves a alguno de esos hombres me lo dices.

La tomó del brazo al salir a contracorriente de los que entraban. Sus ojos no cesaban de mirar mientras la guiaba camino de la puerta, pero no vio nada sospechoso. Nadie parecía estar observándolos; pero se daba cuenta de que Fay miraba a su alrededor de vez en cuando, mientras corría para mantener sus pasos a nivel con los de él. Ya en la acera se quedó parada dudando y de nuevo el miedo impreciso le temblaba en la voz.

—¿Está lejos?

—No.

Murdock cruzó la acera y abrió la portezuela del coche para que ella entrase. Luego dio la vuelta para sentarse al volante sin ver nada extraño, de forma que lo puso en marcha. Tardaron un poco en meterse en el río de tráfico y tuvieron que pararse casi un minuto, mientras el agente que se encontraba en la esquina daba paso a los peatones y luego a los coches que venían del lado contrario. Luego se encontró con que ya había pasado el cruce, dándose cuenta de los coches que venían tras él, pero no preocupado ya por su presencia.

A causa del tráfico tuvo que concentrarse solamente a conducir durante los tres o cuatro minutos siguientes, pensando en los dos hombres que habían asustado a la muchacha. Era obvio que se encontraba preocupada y casi histérica, pero eso no quería decir que hubiera estado en auténtico peligro. Se trataba de una chica atractiva y tenía cierto encanto, una manera de caminar cultivada durante años con el propósito de llamar la atención; el resultado era algo definido que cualquier hombre buscando mujer tenía que percibir. Dos hombres mirándola en otras circunstancias no la hubieran preocupado en absoluto, pero como ella misma había dicho era cuestión de sentido de culpabilidad y tensión nerviosa lo que quizá la había llevado a dar rienda suelta a su imaginación. El quería decir varias cosas, pero ahora no tenía prisa. Lo principal era obtener la llave de la taquilla. La mencionó nuevamente, a la vez que se colocaba en el aparcamiento detrás de la entrada del apartamento de ella.

—Dijiste que tenías la llave, ¿dónde está?

—En el bolsillo de mi abrigo —dijo sin parar de masticar el chicle furiosamente—, puedes quedártela en cuanto lleguemos arriba.

Se bajó de la acera y cuando él se acercó para unírsele, vieron que dos coches pasaban despacio. Murdock miró la calle y la acera de enfrente al pararse delante de la puerta del apartamento. No vio nada

que pudiera interesarle y esperó hasta que aquel coche que circulaba tan despacio diese la vuelta a la esquina; luego entró, tras Fay, en un portal que dos coches plegables de bebé y una sillita apoyados en una pared, hacían parecer más estrecho.

Ella le guió y subieron dos tramos de escaleras mientras oían los sonidos de los televisores o aparatos de radios a bastante volumen, el llanto de un niño, una frase de enfado, la risa de una mujer. En algún sitio, más abajo, se cerró una puerta, Fay sacó una llave y abrió su apartamento que estaba en la parte derecha del fondo del descansillo. Entró primero y encendió las luces. Murdock vio que el alargado salón decorado con gusto femenino, aunque no aparecía inmaculado, había sido ordenado desde la última vez que él estuviera allí.

Fay puso el bolso en la mesa de alas cerca del centro de la habitación. Junto a la lámpara de rosada pantalla abombada había revistas y dos novelas en rústica, así como un par de ceniceros de metal vacíos y una radio pequeña. Murdock colocó su sombrero junto al bolso de Fay, pero la chica no se detuvo. Se miró al espejo que había sobre la mesa del teléfono al fondo de la habitación, parada frente a él levantó los brazos para retocar su melena que le llegaba a los hombros. Todavía se encontraba así cuando llamaron a la puerta, fue un sonido fuerte que sobresaltó la tranquila habitación. Murdock, con el abrigo desabrochado, iba a tomar un cigarrillo, pero se detuvo y se quedó quieto. Miró a la puerta y luego a la muchacha, cuyos ojos se encontraron con los de él en el espejo.

—Quizás sea Gene —dijo.

Murdock se acercó a la puerta al repetirse la llamada.

—Sí —dijo—, ¿quién es?

—Un amigo de Jack Fenner.

«De forma que» —pensó mientras su mano se dirigía al pomo— «puede que sea esa la explicación».

El hombre que se encontraba en el umbral al abrirse la puerta era poco más o menos de la estatura de Murdock, pero más joven y más delgado. Tenía la cara huesuda y los labios finos, las cejas de color pajizo sobre unos ojos pálidos e inexpresivos. Llevaba un abrigo de color gris oscuro y un sombrero de ala estrecha, pero fue la pesada automática en su mano derecha lo que atrajo la atención de Murdock.

Durante un largo segundo se mantuvieron en esa postura, los ojos pálidos del hombre vigilantes, mientras Murdock hacía un esfuerzo para levantar la mirada. Después de eso decidió ignorar la pistola. Su mirada se oscureció y cuando habló finalmente su voz era desdeñosa.

—Si es usted amigo de Jack Fenner, éste se va a enterar.

—Olvídelo —dijo el hombre moviendo el arma—, es sólo un nombre que he oído en algún sitio. ¡Entre!

Murdock se echó hacia atrás y el hombre entró en el salón.

Empujó la puerta para entrecerrarla, pero no echó el pestillo.

—Usted —dijo fijando la mirada en Fay Loomis— no haga ninguna tontería. Si nos portamos bien nadie saldrá herido. Así me gusta.

—¿Qué quiere usted? —preguntó Murdock.

—Ya lo sabrá. Ahora no pregunte.

Murdock ya estaba imaginando el motivo que tenía aquel hombre para encontrarse allí. Era obvio que Fay tenía razón cuando dijera que alguien la había estado vigilando mientras cambiaba el sobre de Jack Fenner de una taquilla a otra. También pensaba que quizá podría golpear a aquel tipo si se acercaba un poco. El problema era que el otro no parecía con ganas de moverse de donde estaba a una distancia de unos tres metros y sujetaba la pistola sin vacilar, además había algo en sus ojos pálidos e inexpresivos que indicaba que usaría el arma si tenía que hacerlo.

Durante otro minuto o dos se quedaron parados, sin moverse y sin hablar. Luego se produjo una llamada leve en la puerta y el pistolero se acercó para que entrase un hombre más alto y más fornido, con cejas oscuras que llevaba el mismo tipo de abrigo y de sombrero de ala estrecha. Era mayor que su compañero y parecía que venía falto de aliento. Al entrar cerró la puerta e hizo una breve inspección de la habitación.

—Has tardado mucho —dijo el pistolero.

—Tuve que dar la vuelta a la manzana para encontrar aparcamiento. ¿Todo bien?

—¿No te lo parece?

—Sí. De forma que vamos a comenzar la reunión.

18

El tipo grande se hizo cargo de todo sin más preliminares. Se movía lentamente, con cuidado de no ponerse delante de la pistola. De cerca, Murdock pudo ver cicatrices en las cejas y una de las orejas ligeramente doblada, probablemente de golpes recibidos años atrás. Sin el abrigo podía haber pesado unos cien kilos, pero la edad le había dejado algo fofo. No parecía encontrarse en forma y Murdock pensó que podría tumbársele con un golpe adecuado. Se desabrochó el abrigo y lo echó hacia atrás. Luego colocó las enormes manos en las caderas mientras sus ojos pequeños tenían un aspecto vigilante al estudiar a Murdock. Al final su voz desagradable sonó llena de confianza.

—No perdamos tiempo, le diré qué es lo que queremos —miró a la chica con minuciosidad y volvió a mirar a Murdock—. La llave.

—¿Qué llave?

—La que esta muñeca cogió en la taquilla de la Estación Sur.

—¿Por qué piensa que la tiene todavía?

—Usted es el único que ha estado con ella. He estado revisando su coche antes de subir y sé que no se encuentra allí. De forma que no nos quedan más que ustedes dos. ¿Por qué no nos facilitan las cosas?

Murdock miró a la muchacha. Estaba de espaldas al espejo y el maquillaje resaltaba en la palidez de sus mejillas. Se mantenía erguida, el abrigo de pelo de camello desabrochado y el rostro inmóvil. Los azules ojos estaban muy abiertos, pero parecía controlar sus emociones, ya no quedaba rastro de la histeria o pánico.

Le alegró comprobarlo, de esta manera las cosas podían ser más fáciles para todos. Porque no podía haber duda de lo que iba a pasar ahora. Ella tenía la llave, la obligarían a entregarla y esta idea le dejó un gusto amargo en la boca cuando se dio cuenta de que no había nada que él pudiera hacer para evitarlo.

—Dámela —dijo el grande— y nos vamos.

Miraba a Fay Loomis y ella le miraba de forma directa. No hizo ningún comentario, ni se movió siquiera. El hombre se encogió de hombros.

—Está bien, o usted tiene la llave encima o —miró hacia Murdock— la tiene él —al no obtener respuesta habló con su compañero—. ¿Tú crees que han podido esconderla al entrar, Vinnie?

—No, a menos que lo hubieran hecho muy de prisa —dijo el pistolero—. ¿Y por qué iban a hacerlo? No tenían idea de que fuese a pasar nada.

—Eso es lo que a mí me parece. Bien, vamos a hacerlo de esta manera. Usted —dijo señalando a Murdock con un dedo— siéntese y

quédese quieto. Aquí en el sofá.

—Y si no lo hago —añadió Murdock— me sienta usted.

—Entre yo y Vinnie, claro.

—¿Y si les hago usar esa pistola? —preguntó Murdock, sabiendo que no iba a sacar nada hablando, pero se resistía a rendirse tan fácilmente—. ¿Cree usted que esa llave merece un juicio por asesinato?

—No va a haber ningún juicio por asesinato —contestó el otro—, pero Vinnie es muy bueno con ella. Si usted intenta hacer algo, él le detendrá. Un tiro en una pierna y durante mucho tiempo sentirá el no haberse portado bien. Y ahora siéntese.

Murdock se sentó en el borde del sofá.

—Ponga las manos en las rodillas y no las aparte de la vista —esperó hasta que Murdock hubo obedecido, luego cogió el bolso de la mesa y volvió a hablar con Vinnie—. Acércate un poco. Vigílale, quiero decir que no dejes de vigilarlo. Yo me ocuparé de la chica, si tengo que hacerlo.

Abrió el bolso y lo volcó sobre la mesa. Desde donde Murdock estaba sentado no podía ver todo el contenido, pero el ceño del tipo fue acentuándose al ir inspeccionando los artículos cuidadosamente. Incluso buscó en el forro del bolso, utilizando el pulgar y el índice para palpar cada centímetro. Satisfecho al final de que la llave no estaba allí, se dirigió a Fay Loomis.

—Deme ese abrigo, muñeca.

La chica dudó un momento, pero no muy largo. Dejó que el hombre se acercara solamente a dos pasos de ella y rápidamente se despojó del abrigo y se lo tiró. Él lo cazó diestramente y se sentó en el brazo del sillón. Miró primero los bolsillos, pero solamente encontró un pañuelo arrugado, un sobrecito de cerillas de papel y dos barras de chicle. Frustrado por el momento, dio un gruñido profundo y puso una rodilla en tierra al mismo tiempo que extendía el abrigo en el suelo. Nuevamente palpó centímetro a centímetro, hincando los dedos para sentir la tela, el forro y las costuras.

Cuando finalmente se dio por vencido y tiró el abrigo sobre una silla se le notaba fastidiado. Se echó el sombrero hacia atrás con un dedo dejando la frente baja y pensativa al descubierto. Su voz se hizo dura e impaciente.

—Está bien ¡maldita sea!, si es así como quiere, así se hará —dijo como si no hablase con nadie en particular. Miró a su compañero—. No apartes los ojos de él —dijo señalando a Murdock.

—Eso hago —contestó Vinnie.

Satisfecho con este punto, el grandote dirigió toda su atención a Fay Loomis.

—Quítese los zapatos —ella le obedeció con un movimiento

rápido y violento, lanzando sus zapatos de salón negros tan lejos del hombre que éste tuvo que ir a recogerlos. Hizo una breve inspección que le indicó que allí no había nada y entonces añadió—: Está bien, deme el vestido.

Esta vez la muchacha le miró con la boca apretada adelantando un poco la barbilla.

—¡Y un cuerno!

—¿Usted cree? —se acercó un poco más—. Entonces deme la llave.

—No tengo ninguna llave.

—O se quita el vestido y lo conserva entero o se lo quito yo.

Pareció darse cuenta rápidamente de que el hombrón no bromeaba. Pero, a pesar de eso, esperó hasta que él se aproximó, luego se echó hacia atrás y empezó a luchar con la cremallera que estaba en la espalda y no le dio ningún problema descendiendo como con enfado en la quietud de la habitación, se bajó ambas hombreras a la vez, tirando para sacar los brazos de las mangas largas. Luego sacudió las caderas y dejó que el vestido cayera al suelo. Se salió de él con un pie y con el otro lo lanzó de forma que cayó en sus brazos, y luego se lo lanzó al hombre a la cara.

Él lo cogió, torciendo su cabeza hacia un lado e inmediatamente le dedicó toda su atención.

Murdock le observó durante unos instantes y luego miró a la chica que estaba de pie muy derecha, los brazos cruzados sobre el sujetador y una rodilla ligeramente doblada. Había una marca amarillo-verdosa en uno de sus hombros y otras parecidas en el costado y en un brazo; el resto de su piel era tan blanca como la de su rostro. Llevaba un liguero para mantener las medias en su sitio y las breves braguitas eran tan transparentes que se percibía bajo ellas el oscuro triángulo de su madurez. Allí no podía haber ocultado nada, pero el sujetador era distinto y Murdock lanzó una mirada de reojo a Vinnie esperando hallarle con la guardia bajada. Pero el pistolero parecía no tener interés por la chica. No había movido la automática y los ojos pálidos permanecían fijos y atentos, un poco burlones.

El tipo grandote tiró el vestido sobre el abrigo. Inhaló aire y lo expelió ruidosamente. Dudó durante otro segundo, su rostro torpe brillaba y parecía enrojecido; luego pareció decidirse.

—Bueno —dijo tercamente—, puede continuar con las bragas puestas, pero quítese el sujetador. Siempre ha sido un buen escondite para las mujeres.

—Le digo que no está aquí —dijo Fay Loomis, su voz sonaba ya algo cansada, pero mantenía la cabeza todavía alta.

—Si se lo quita usted no se romperá. Si se lo quito yo va a tener que comprarse otro nuevo. Vamos, bonita.

Se acercó a ella al hablar y nuevamente la chica retrocedió. Tenía la mandíbula tensa y los ojos furiosos. Luego, el enfado superó su modestia, se desabrochó el corchete de la espalda y dejó que el sujetador cayera. Consiguió de alguna forma cruzar los brazos delante del pecho. En el sujetador no había nada. El hombre, cuando se aseguró de esto, dijo:

—Vamos hermana, baje los brazos. La puede tener entre los dos.

—Está bien, ¡maldita sea! —Fay Loomis le miró con enfado y odio.

Bajó los brazos durante un instante y adelantó el pecho de forma desafiante mostrando sus senos bien formados y firmes.

—No son lo suficientemente grandes como para esconder nada —gritó—. ¿Está satisfecho?

Murdock había visto poco de lo sucedido porque no dejaba de mirar al llamado Vinnie. Se había inclinado ligeramente hacia adelante con los pies juntos esperando que el pistolero tuviera solamente una vacilación en su postura. Sin mirar realmente a Fay Loomis se dio cuenta de cuando cayó el sujetador y de cuando bajó los brazos, pero no vio ni un destello de interés en la cara huesuda de Vinnie. Aparentemente había visto mujeres desnudas antes de ahora, o quizás no le interesaban; sin saber la razón, los pálidos ojos ni parpadearon y el gesto de burla no se borró de su cara.

—Está bien —dijo el tipo grande con voz que sonaba a frustración, pero no por eso menos decidida. Cuando Murdock volvió los ojos vio cómo la chica se había vuelto de espaldas para colocarse el sujetador y comenzó a comprender lo que venía a continuación cuando el hombre añadió—. Es su turno, compañero. Póngase de pie y déjeme ver el abrigo.

Murdock se puso de pie lentamente, midiendo la distancia entre él y el pistolero. La ventaja parecía mayor ahora con respecto al arma, a una distancia de metro y medio, pero era todavía excesiva, de forma que se despojó del abrigo y lo entregó. Observó, sin decir nada, cómo el hombrón vaciaba los bolsillos y comenzaba su cuidadosa inspección de la tela. Cogió luego el sombrero de Murdock, miró debajo de la cinta y lo echó a un lado.

—Bien —dijo—, deme la chaqueta.

Murdock se la entregó sin protestar. Sabía lo que se avecinaba, pero le pareció importante no demostrar cómo se sentía. Sentía como dos fuerzas en su interior, una de tipo mental y otra instintiva y emocional. El problema mental tenía como punto principal una sensación de asombro e incredulidad porque no podía comprender lo que había sucedido con la llave. Esperaba que el hombre la hubiese encontrado casi en seguida y pensó si Fay había mentido. Le había preguntado dos veces y ella aseguró que la tenía, pero no había

abandonado la habitación. La mesita del teléfono, bajo el espejo, no tenía cajones, ni sitio dónde poder esconder nada, pero, desde luego, la llave no se encontraba sobre el cuerpo de la chica.

Miró al grandote que rebuscaba en su billetero para luego dejarlo a un lado, luego inspeccionó cuidadosamente los cuatro bolsillos. En ese momento Murdock ya se sentía incapaz de pensar con claridad. El enfado, tanto tiempo contenido en su interior, estaba ya a punto de estallar. Podía sentir un temblor en las corvas al incrementarse la tensión. La indignidad y humillación a que la muchacha había sido sometida, aumentaba su encendida rabia y el darse cuenta de que le iban a humillar a él también, le producía no un sentido de vergüenza, sino algo ya difícil de contener.

Sabía que, según estaban las cosas, podía elegir entre desnudarse o que todo acabase para él. Lo que le preocupaba era que la pistola le amenazase de una forma tan continua. Sin el arma, la ventaja no estaba de su lado, pero se encontraba en un estado de ánimo que le podía hacer arriesgarse. Quizás se expusiera a recibir algunos disparos, pero a lo mejor ganaría tiempo de forma que Fay pudiese utilizar el teléfono. Si solamente se pudiera acercar un poco más...

—Bien —dijo, dándose cuenta de que el tipo grande había terminado con la chaqueta y estaba extendiendo la mano esperando los pantalones—, ¿qué prisa tenemos?

Se soltó el cinturón y se bajó la cremallera. Dejó que resbalasen y sacó una pierna para tener un pie libre. Sujetó el bajo de esa pernera con la mano derecha para que no rozara el suelo. Su moreno rostro tenía los músculos tensos y su expresión era inescrutable, tuvo cuidado de no mirar a la pistola al continuar la rutina que era tan familiar para los otros como para sí mismo.

Bajándose los pantalones todavía más, de forma que pudiera liberar la otra pierna, se balanceó como una cigüeña. El tacón del zapato se enganchó lo suficiente como para hacerle vacilar un poco, de forma que tuvo que dar un pequeño y torpe salto hacia adelante, luego al recobrar la estabilidad y erguirse lanzó el pantalón rápidamente como un látigo en sentido oblicuo, manteniendo sujeto el bajo de la primera pernera.

El resultado de esto fue la ventaja de acortar la distancia un metro. Hizo un movimiento rápido al extenderse los pantalones; la correa y la cinturilla cayeron sobre la pistola describiendo un arco. Se movió al sentir que los pantalones cazaban la pistola y se dio cuenta de que ya se había desprendido de la mano; revuelta en la tela golpeó contra la pared con un sonido ahogado y cayó, sin dejar su envoltorio, en uno de los extremos del sofá.

El movimiento había sido tan rápido e inesperado que todo funcionó perfectamente cronometrado. Casi se encontraba ya encima

de Vinnie antes de soltar los pantalones. Pegó fuerte en la huesuda mandíbula, sintiendo todavía dentro de sí la rabia salvaje que le atenazaba. Su peso ayudó al encontronazo que propinó con un hombro y que dio de plano sobre Vinnie, el cual cayó de espaldas como un fardo mientras su sombrero salía por los aires y su caída hacía vibrar el suelo.

No volvió a emitir ningún sonido, pero Murdock oyó que el otro blasfemaba y se dio cuenta de que se había puesto en guardia. Oyó a Fay que decía alguna cosa impropia de una señorita.

Sin atreverse todavía a mirar a su alrededor, se echó sobre el sofá y rebotó para ponerse en pie por el otro extremo arrastrando los pantalones consigo. Se levantó intentando hacerse con la pistola, el tipo grande le lanzó un izquierdazo, pero el abrigo le estorbaba y Murdock se agachó y le golpeó con la cabeza bajo la enorme mandíbula.

Este golpe obligó al hombre a dar un traspiés hacia atrás, dejando sitio a Murdock, entonces Fay Loomis entró en escena. Había conseguido recuperar los zapatos que anteriormente se viera obligada a abandonar. Ahora balanceaba uno de ellos en la mano y logró despojar al hombre de su sombrero para después comenzar a martillearle furiosamente la nuca y el cuello.

El efecto de este asalto inesperado por la espalda fue inmediato y satisfactorio. No estaba herido realmente, pero le distrajo. Tratando de evitar los golpes, el hombre se agachó, encogiéndose. Murdock ya había localizado la pistola y se libró de los pantalones que mantenía sujetos. Temblando todavía de rabia y del esfuerzo realizado, puso el dedo en el gatillo. Su voz sonó clara y amenazadora.

—Está bien, gigante. ¡Quieto! —miró a la muchacha, que ya se había puesto el vestido y había dejado de golpear al otro—. Gracias, Fay.

—Ha sido un placer, créeme —replicó ella con el aliento entrecortado mientras se balanceaba, primero sobre un pie y luego sobre el otro para calzarse.

El gigantón miraba la pistola. Luego levantó los ojos lentamente; al ver la expresión en el rostro de Murdock y el brillo duro de sus ojos se encogió de hombros y suspiró pesadamente.

—Está bien, compañero —dijo—, puede quedarse con ella. Pero no se ponga nervioso con ese chisme.

Vinnie, en el suelo, se movió un poco, quejándose.

—Arrástrele cerca de la pared —ordenó Murdock—. Vamos, muévase. Todavía me siento algo enfadado —esperó hasta que Vinnie estuvo sentado contra la pared, con la barbilla apoyada en el pecho y las piernas extendidas—. Cójale el billetero y échemelo…; ahora vuélvase de espaldas. Ponga las manos en la pared con las palmas

extendidas y apóyese.

—No llevo armas —dijo el hombre, pero obedeció sin protestar.

Murdock no encontró ninguna pistola, de forma que le quitó el billetero y se alejó de él. Una ojeada al permiso de conducir le informó de que había sido expedido a nombre de un tal Harold Bohak, con domicilio en Providence, Rhode Island. Según el otro billetero, descubrió que el nombre completo de Vinnie era Vicente Carney, también de Providence.

—Siéntese, Harold —dijo Murdock—. Ahí, cerca de Vicent..., las palmas de las manos en el suelo.

Le lanzó los billeteros, ya Vicent había abierto los ojos y empezaba a darse cuenta de lo que le rodeaba. Murdock se acordó de que estaba a medio vestir y con las pantorrillas al aire, de forma que esgrimió el revólver e indicó a la muchacha que se acercase.

—Apúntales con esto, Fay, mientras yo me visto.

Pero Fay se alejó un momento y cuando volvió llevaba un par de tijeras de manicura en una mano y una pequeña automática en la otra. No era muy diferente de la que había usado Beverly Gordon cuando saliera del armario del apartamento de Clark Bailey la noche del domingo, únicamente que parecía extranjera.

—Yo no sé manejar esa pistola —dijo Fay indicando el revólver—, pero ésta sí. Anda, ponte los pantalones.

Por primera vez, los ojos del tipo corpulento se mostraron alarmados.

—Un momento, ¿quiere? No me importa que usted nos apunte con esa pistola —dijo a Murdock—, usted sabe lo que hace, pero esa señora se puede poner nerviosa. Se le podría disparar el juguete.

—Seguramente se disparará si usted intenta hacer algo —dijo Fay —. Me hubiera gustado haberla tenido en la mano cuando dos idiotas me obligaron a hacer «strip-tease».

Murdock cogió sus pantalones y sacudió el polvo y los hilachos lo mejor que pudo. Luego se los puso y se ajustó el cinturón. También se colocó la chaqueta y comenzó a recoger las cosas que el tipo aquél le había sacado de los bolsillos. Cuando se acercó a Fay ella le entregó las tijeras de manicura sin mover la mirada.

—¿Para qué es esto? —preguntó Murdock.

—La llave —dijo Fay, y con la mano que le quedaba libre se levantó la larga melena rubia por la parte de la nuca. Murdock vio que la llave de la taquilla estaba escondida entre el pelo, pegada con el chicle que la muchacha había estado masticando.

Durante unos instantes no pudo hacer otra cosa más que mirar maravillado la llave, el chicle y los rizos que la mantenían sujeta. Entonces fue cuando se dio cuenta de que la muchacha había dejado de masticar el chicle después de entrar los dos hombres y empezó a

sentir un nuevo respeto por su valor y tesón. Podía haber entregado la llave en cualquier momento, pero había tomado la decisión en un instante al entrar el primer hombre y continuó sin dar su brazo a torcer a pesar del ultraje recibido.

—¡Qué tonto he sido! —dijo Murdock, con admiración y sorpresa en su voz—. ¿Cómo se te...?

—¡Fue muy sencillo! Estaba delante del espejo retocándome el pelo cuando vi quién era el que entraba y me di cuenta rápidamente de lo que deseaba. Yo tenía la llave en el bolsillo del abrigo y se me ocurrió lo del chicle y..., bueno, lo único que tienes que hacer es cortarla. No me quites más pelo del necesario.

Murdock utilizó las tijeritas con cuidado y una vez liberada la llave, apuntó con el revólver a los dos tipos sentados en el suelo. La muchacha abrió un cajón del extremo de la mesa y guardó dentro su pequeña automática. Mientras ella trataba de quitar el chicle y el pelo de la llave, Murdock contemplaba al par que había observado los acontecimientos con mudo asombro.

—¿Se sienten con ganas de pactar?

—Yo sí —dijo el más grande, y Vinnie, que se había retirado el largo pelo rubio de los ojos y se daba masaje en la mandíbula, asintió también.

—El haber entrado aquí esgrimiendo una pistola —dijo Murdock — podría denunciarse como asalto a mano armada. Un par de años como muy poco y si alguno tiene antecedentes algo más. Pueden aceptar eso y llamo a la Policía o me dicen quién les envió.

—No nos envió nadie —dijo Bohak—, estábamos siguiendo a esa chica. Ella tenía lo que buscábamos y por eso vinimos aquí.

—Está bien, ¿pero quién les contrató? ¿Para quién trabajan?

—¿Es eso todo? —preguntó Bohak como sin fiarse todavía—. ¿Le decimos quién nos contrató y nos podemos marchar? ¿Sin problemas?

—Sí.

—¿Nos podemos fiar de que no dará la alarma después de que se lo hayamos contado?

—Tienen mi palabra —contestó Murdock.

El tipo grande lo pensó, con sus cejas destrozadas fruncidas y los labios como en una conversación sin palabras. El proceso de pensar pareció tomarse tiempo hasta conseguir ponerse en marcha, pero finalmente miró a su compañero.

—¿Qué dices tú?

—Yo digo que se lo contemos —replicó Vinnie—. Díselo y marchémonos de la ciudad.

—Está bien, creemos en su palabra. Fue Ross Carlin.

A Murdock no le sorprendió esto. Carlin era el tipo de hombre que sabía cómo ponerse en contacto con semejante par y, además, con

sus inversiones entre bastidores en el Spartans, tenía mucho que perder. Miró su reloj de pulsera, pero tuvo que mirar nuevamente para convencerse de que eran nada más que las seis y media..

—¿Dónde puedo encontrarle?

—Dijo que estaría en su oficina hasta las siete, en el caso de que quisiéramos contactar con él —respondió Bohak.

—Vamos a ver si es cierto —y se acercó andando de espaldas al teléfono, diciéndole a la muchacha que buscase el número de 1a oficina de Carlin y que llamase.

—Se lo hemos dicho sin vacilar —dijo Bohak—. ¿Qué hay de lo de dejarnos marchar? A Carlin no le va a gustar esto y si le llevamos algo de ventaja nos vendrá bien.

—Se pueden levantar si quieren —dijo Murdock, y los dos lo hicieron, sacudiéndose los abrigos y recogiendo sus sombreros.

—¿El señor Carlin? —decía Fay mientras tanto en el teléfono—. Un momento, por favor.

—¿Carlin? Soy Kent Murdock. Tengo aquí un par de amigos suyos de Providence. Harold Bohak y Vincent Carney.

Se produjo un instante de silencio antes de que Carlin dijera:

—¿Y qué pasa con ellos?

—Irrumpieron en casa de Fay Loomis con una pistola y cometieron un par de equivocaciones. Les di a elegir entre enfrentarse con la Policía o decirme quién les había contratado. Me dijeron que usted.

Se produjo otro silencio.

—¿Dónde se encuentran ahora?

—De vuelta a Providence.

—¿Y qué es lo que quiere usted de mí? —Creo que es más bien al contrario, Ross.

—¿Cómo?

—Creo que tengo lo que los chicos de Providence estaban buscando. Me parece que puedo encontrar el sobre que robaron a Jack Fenner, pero en primer lugar quiero que tengamos una pequeña reunión. ¿Continúa el Fiscal del Distrito interrogando a George Townsend?

—No, Townsend se encuentra aquí conmigo.

—¿Y Jack Fenner?

—También está aquí. Estábamos reunidos.

—Llame a Charlie French y tendremos una reunión mayor —dijo Murdock—. Le encontrará en el Hotel Carlton.

—¿Cuánto tardará usted en llegar?

—Una media hora. Quizá menos. Murdock colgó el auricular y miró a Fay Loomis.

—¿No te importa que coja la llave y vaya a buscar lo que hay en

la taquilla?

—Ya te lo he4dicho y soy sincera. Estoy harta de esa llave y de la taquilla y de todas las cosas relacionadas con Clark Bailey.

—¿Tienes algo de comida en casa?

—¿Comida? —los ojos azules se abrieron desmesuradamente—. ¿Por qué, tienes hambre?

—No, pero creo que deberías prepararte algo aquí en vez de salir a cenar. Sería conveniente que te quedaras hasta que yo vea cómo se presentan las cosas. Quizá vuelva más tarde —lanzó la llave al aire y la volvió a coger—. Le diré a Carlin lo 78 que hiciste. Quizá quiera demostrar que lo aprecia de una forma más consistente.

Sin soltar el revólver de cañón corto hizo un gesto a los dos hombres para que fuesen delante de él. Vicent miró la pistola al abrir Murdock la puerta.

—¿Y eso?

—No la va a necesitar esta noche —dijo Murdock saliendo tras ellos al descansillo—, podría producirles problemas. Ya lo saben, ¿verdad? Vayan a verme al Courier algún día y charlaremos sobre el tema, si todavía se sienten interesados.

19

La oficina de Ross Carlin se encontraba en el cuarto piso de un pequeño y moderno edificio comercial situado no muy lejos de Park Square. Las puertas de cristales esmerilados, que daban entrada a los despachos, tenían solamente un austero rótulo donde se leía «Empresas Carlin». La recepción, de paredes cubiertas de paneles de madera, se encontraba vacía y poco iluminada a esas horas, y detrás de la cristalera de separación, se veía la oficina principal con sus mesas y máquinas, todo sumido en la oscuridad.

Una puerta, sin ninguna clase de rótulo, a la derecha, conducía a la oficina privada de Carlin. Al abrirla, Kent Murdock vio que el despachito cuadrado, generalmente ocupado por una secretaria, había sido tomado por Maxie, el guardaespaldas, chófer y factótum general, el cual bajó el periódico que estaba leyendo para mirar a Murdock con aprobación. Satisfecho de que la visita era amistosa, hizo un gesto indicando la segunda puerta.

—Puede entrar, señor Murdock. El jefe le está esperando.

El despacho, desde el cual Ross Carlin solía decidir la mayor parte de sus negocios, habría sido el apropiado de un alto ejecutivo, incluso de uno que trabajase ante una cámara de cine. Se trataba de una habitación que hacía esquina, con las paredes forradas de madera, al igual que la anterior, moqueta de tono verde pastel, una mesa enorme y un sofá muy grande tapizado de piel verde, al igual que los tres sillones mullidos y otros tres de respaldo rígido y asientos forrados.

La habitación estaba tranquila al entrar Murdock y sus pasos no hicieron ruido al acercarse y contar a los presentes. Nadie habló mientras él ponía su sombrero y abrigo en una mesa rectangular a la derecha de la entrada, donde ya había otras prendas semejantes. Carlin estaba sentado a la mesa, como le correspondía, el rostro duro e impasible y la oscura mirada muy fija. A su izquierda Jack Fenner, que parecía encontrarse a gusto en una silla de rígido respaldo. George Townsend se había sentado en uno de los sillones y Charlie French estaba en el sofá con alguien que no había sido invitado, su amigo y compañero de habitación Gary Hargrave.

El silencio continuó mientras todos los ojos se dirigían a Murdock hasta que se hubo acomodado en una de las sillas más cercanas y hubo colocado en sus rodillas el sobre de papel manila, de unos veintiocho por cuarenta centímetros, que acababa de sacar de una taquilla de la Estación Sur. No lo había abierto, pero se daba cuenta al tocarlo de que contenía las cintas mencionadas por Fenner. Lo levantó en alto para que el detective pudiera verlo.

—¿Tú crees que es éste, Jack?

—El mismo.
—¿Cómo lo pudo conseguir? —preguntó Carlin.
Murdock se lo contó. Tardó bastante porque tuvo que explicar cómo había llegado a esa conclusión. Según todos los indicios, si, como alguien había insinuado, existía una llave, Fay Loomis era la persona más indicada para tenerla.
—Se encontraba ya bastante asustada —continuó—, estaba poniéndose nerviosa y no sabía qué hacer. Cuando vio a esos dos tipos de Providence que usted contrató y la forma en que estaban siguiéndola, le entró el pánico y me llamó.
Explicó todo lo que había pasado después de que la hubo encontrado en la cabina de teléfono y añadió un detallado relato de lo sucedido en el apartamento de la muchacha, acentuando la astucia empleada para esconder la llave en su larga melena rubia. Hizo una pausa al terminar y, sin dejar de mirar a Carlin, añadió:
—Lo que quiero saber es por qué esos dos tipos sospecharon de ella en primer lugar.
Carlin miró a Fenner y acentuó sus palabras con un gesto de la mano.
—Jack tuvo la misma idea que usted sobre esa muchacha Loomis. Quería saber los pasos que daba y adónde iba, pero era trabajo para más de un hombre. Me ofreció contratar ayuda, pero yo me acordé de esos dos hombres de Providence No se les había dicho que se pusieran brutos…, hace mucho tiempo que no empleo esos métodos…
—Me relevaron a mí —interrumpió Fenner—. Yo había estado vigilando la casa de Fay la mayor parte del día y luego ellos siguieron haciéndolo, a eso de las cinco de la tarde.
—Si esos dos hubieran conseguido la llave —dijo Carlin— me la hubieran traído a mí. Acercándome a la estación en un momento hubiera cogido el sobre yo mismo. De forma que da la impresión que todos teníamos la misma idea.
—No del todo.
—¿No? —los ojos de Carlin se achicaron ligeramente—. ¿Qué es lo que pretende hacer con él? ¿Tiene algún plan?
—Nada en concreto. Ese es el motivo de encontrarme aquí. Desde mi punto de vista, da la impresión de que estoy haciendo un favor a alguien no yendo derecho a la Policía o al Fiscal del Distrito. Tengo derecho a recibir algo a cambio.
—¿Como qué?
—Información… sobre algunos puntos. Ahora, para asegurarme de que entiende lo que quiero decir, le contaré algunas cosillas, de forma que sepa el motivo por el que he estado haciendo el tonto con este asunto.
Les contó cómo se había sentido al descubrir el cuerpo de Clark

Bailey en la parte posterior de su coche y ver que estaba muerto. Habló de la charla mantenida con el teniente Bacon camino de la fiesta y el sentimiento de culpabilidad que continuaba atenazando su conciencia, no porque le gustara Bailey o porque aprobase su conducta, sino porque él pudo haber evitado aquella tragedia.

—No tenía que haber sucedido —dijo—. Yo podía haberlo levantado después de que Gary le dejara sin sentido. Si le hubiera puesto sobre el camastro, al ver la herida de la nuca hubiera llamado a un médico.

—Si vas a seguir con eso —intervino Hargrave—, tienes que pensar que yo lo podía haber hecho también.

—Y yo —dijo Charlie French—. Pero no quería otra escena, de forma que le saqué de allí y le dejé en el coche —su rostro rudo estaba torcido por causa de su fruncido ceño, pero su mirada era algo ovejuna—. Creo que tenía la esperanza de que le diese una pulmonía.

—Todo es cuestión de opiniones —dijo Carlin—. Bailey obtuvo lo que andaba pidiendo a gritos. Ya había robado el sobre de Fenner. Amenazó con crear problemas y lo hubiera cumplido. Si no le matan en la parte trasera del coche de Murdock, alguien lo hubiera hecho en cualquier otro sitio. No creo que nos haya reunido aquí para hablarnos de sus sentimientos acerca de Bailey.

—Se trata de un asesinato —replicó Murdock— y también tenemos el de Wade Altman. Puedo entregar este sobre al teniente Bacon y dejarle que investigue, o nos ponemos a esclarecer el asunto aquí, ahora. He hecho algunas preguntas y la mayoría de las respuestas obtenidas eran de tipo confidencial. Creo que esas cosas ya pertenecen al pasado. Si Fenner hizo un buen trabajo, y creo que así fue, todo se encuentra aquí en este sobre, de manera que no nos vamos a ir por las ramas. Hay una cosa que quizás el resto de ustedes no sabe —miró a los otros, antes de mirar a Carlin—. Laura Townsend me dijo que probablemente se iba a enfadar usted con ella si se enterara de que me lo había contado, pero tenemos que empezar por ese punto —se dirigió nuevamente a los otros—. Townsend no es propietario del Spartans. Es la fachada, el hombre de paja. Carlin es el auténtico propietario. Si ustedes saben esto se darán cuenta del motivo que tenía Carlin para contratar a Fenner para investigar... ¿Cómo se le ocurrió que algo iba mal con alguno de los jugadores? —preguntó.

—La idea me la dieron los de las apuestas, los corredores —replicó Carlin—. Conozco a varios de ellos. Cuando creen que hay algo fuera de lugar suelen tener razón. . No les gustaba el comportamiento del Spartans. Dejaron de apostar por el equipo. No era una cosa que el público o los reporteros deportivos, o incluso los otros propietarios pudieran percibir; se trataba de insinuaciones producidas en algunos

sectores y que me hicieron pensar. Decidí gastar algo de dinero para ver si podía descubrir si los corredores de apuestas tenían razón —apoyó los codos en la mesa y continuó—. He pagado un cuarto de millón por mis acciones y para poder contratar a los primeros jugadores y, en una palabra, poner el equipo a trabajar. Tuve que anticipar otros cien mil al final de la primera temporada para cubrir pérdidas y cincuenta más en la temporada última. He hecho una inversión de cuatrocientos mil que ya está casi empezando a dar fruto, si hay algunos interesados en hacer trampas, y eso se llega a conocer, no solamente estaré yo en peligro con respecto a mi inversión, sino que lo estará también el equipo y quizás la Liga entera. Todo lo que se necesita es arrojar algo de escándalo al público para que éste llegue a la conclusión de que el resto de los equipos también están podridos. No tenía más remedio que averiguar si lo que me decían era lo cierto, y si así era, impedirlo.

Miró a Fenner, que estaba sentado en silencio en su silla, impecable de aspecto, con su traje azul oscuro y sus negros zapatos Oxford muy pulidos.

—Jack empezó a trabajar en el tema —continuó Carlin—. Consiguió la ayuda de expertos y gastó bastante dinero. No he visto todavía el contenido de ese sobre, pero sé lo que hay en él. Además de informes escritos, tengo entendido que también existen unas cuantas fotografías, tomadas con una cámara oculta, provista de mira telescópica. También unas cintas de conversaciones telefónicas interceptadas y otro tipo de charlas. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, señor.

—Y me encuentro con que el tipo que está detrás de todo esto es mi amigo de confianza y antiguo socio —miró a Townsend—. Quizás eres tú el que deberías contarnos el resto de la historia, Georgie. Solías tener una buena reputación, creo que todavía la conservas. Eras un abogado de éxito hasta que te pescó esa pelirroja. ¿Qué es lo que te da...? No, eso no importa. No tienes que contestar. Ya me figuro qué es lo que te ha estado dando y lo que te ha costado, pero es agua pasada. De forma que ¿a cuánto asciende en dinero el lío en que te has metido? —preguntó, con un desprecio que no trataba de disimular.

—Quizás unos treinta mil.

—¡Treinta mil! —exclamó Carlin, todavía enfadado—. ¡Y te presentas como uno de los propietarios! ¿Por qué, maldito seas, no se te ocurrió pensar que no te estabas arruinando tú sólo, sino al equipo y quizás a la Liga entera?

George Townsend continuaba derrumbado en el enorme sillón de piel. Tenía un aspecto muy pulcro, con su traje marrón de estambre puro, camisa azul y corbata de seda. Pero su rostro tostado y fofo parecía desgraciado. No estaba ya tan seguro y su envoltura de

urbanidad se desvanecía. Le costó trabajo enfrentarse con la tormentosa mirada de Carlin, levantó una manicurada mano en un gesto superficial para luego dejarla caer sobre el brazo del sillón. Hizo un movimiento de impotencia con la cabeza y se humedeció los labios.

—Me encontraba en un aprieto —dijo—. No tenía dinero y debía pagar algunas deudas.

—Pero… ¿dedicarte a arreglar partidos? ¡Jesús!, esa pelirroja debe de tenerte realmente entrampado. Ella también estaba envuelta en eso, ¿verdad?

—Íbamos al cincuenta por ciento en las apuestas… Pero yo no la hice meterse —dijo el abogado en tono de defensa.

—Apuesto que no. Si hubiera alguna oportunidad de ganar un dólar de forma rápida, ella misma se metería dentro sin vacilar.

—Comenzaste a llevarte tus negocios de aquí —continuó Townsend—. Quizás yo descuidé algo mi bufete. Laura no estaba satisfecha con la forma en que administraba su dinero. Comenzó a insinuar que iba a buscar otro que se encargase del tema. Nunca pedí a nadie que ayudara a perder tantos, pero Beverly me comunicó que ella sabía algunas cosas de Charlie French, algo que pasó hace mucho tiempo, de forma que se nos ocurrió hablarle —hizo una pausa, evitando mirar al enorme jugador—. Charlie tenía miedo de que aquel viejo asunto pudiera traerle problemas, yo insistí y finalmente dijo que lo haría, siempre que no fuese para perder completamente un partido. El Spartans no estaba haciéndolo bien, entonces se convirtió en cuestión de unos pocos tantos, pero cuando llegó el nuevo entrenador y todo empezó a ponerse bien, él vino una noche, me devolvió los mil quinientos dólares que le había pagado y nos mandó al infierno.

—Pero os quedaba Wade Altman para el resto de la temporada —intervino Murdock.

—Sí, así es.

—¿A quinientos por partido? —preguntó Carlin.

—Sí. No nos hizo falta en un par de ellos, pero ayudó casi todas las tardes. Incluso cuando el Spartans estaba ganando. Altman sabía que se trataba de su último año. Creía tener éxito con las mujeres y no había ahorrado nada, de forma que deseaba una cantidad para regresar a Georgia y comprar una gasolinera o algo así —miró a Carlin; había como una súplica angustiosa en su voz y tenía el rostro brillante—. ¡Te lo juro por Dios, Ross! Nunca hice que el Spartans perdiese un partido. Tienes que creerme.

—Yo no tengo por qué creer nada—contestó Carlin fríamente—. Si un día las apuestas hubieran sido interesantes y tú hubieras creído que realmente podías ganar dinero, entre tú y Altman lo hubierais hecho y no me vengas con tonterías.

—Tú cogiste las llaves que estaban en el bolsillo de Clark Bailey

el domingo por la noche —dijo Murdock.

—¿Cómo? —Townsend se sorprendió como si no hubiera estado preparado para este cambio de conversación.

—Bailey estaba disparado la noche del domingo —explicó Murdock—, habló demasiado. También pronunció amenazas —añadió y les contó la charla que había tenido con Nancy Hargrave sobre las insinuaciones de Bailey a Wade Altman.

Contó que ella había salido hasta el coche con Altman, pero que no había podido enterarse de nada más, luego miró a Gary Hargrave.

—También se metió contigo, ¿verdad?

—Sí.

—Yo vi cómo discutías con él —dijo Murdock dirigiéndose a Townsend—. De forma que supongo que hizo lo mismo contigo y tú te asustaste. Tenía que asegurar que Bailey no se estaba inventando todo aquello. Sabías que te podía arruinar, a ti y al Spartans, y entendiste lo suficiente de su charla y amenazas para darte cuenta de que cualquiera que fuese la información que él había conseguido, la tenía encerrada en una taquilla de la Estación Sur —dudó un poco y continuó—.

No estamos intentando emular a la Policía con esta conversación, George, no se trata de un tribunal, pero ha llegado el momento de decir la verdad, y será mejor que nos lo cuentes. Ese futbolista y la chica del coro que le acompañaba estaban en un coche haciendo manitas y no mentían cuando dijeron que te habían visto.

—Sí.

—¿Había muerto Bailey cuando le registraste?

—Sí.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Fenner, entrando por primera vez en la conversación.

—Encendí mi mechero para ver lo que hacía —dijo Townsend—. Bailey estaba en el suelo, con la gabardina de alguien en la cara, la cogí y la puse sobre el asiento posterior. No sabía lo que había sucedido, pero por la forma en que había estado bebiendo, creí que estaba simplemente sin sentido. No se movió cuando le registré los bolsillos. No sé lo que me impulsó a hacerlo, quizás es que estaba asustado, pero me incliné y puse la llama del encendedor cerca de su cara. Tenía la boca abierta, pero no mucho, la llama ni siquiera osciló. No respiraba. Así es como me enteré de que estaba muerto. Después de eso no me encontraba con fuerzas para usar aquellas llaves e ir a su apartamento. Por eso lo hizo Beverly.

—Entonces Altman te vio —dijo Murdock—. Tiene que haber sucedido de esa forma.

—Sí —asintió Townsend.

—Y ese es el motivo por el que tuviste que darle cinco mil.

—¿Qué otra cosa podía hacer? No iba a exponerme a una investigación, por pequeña que fuese.

Murdock asintió, algunas cosas empezaban a encajar dentro de su mente. Miró nuevamente a Carlin.

—¿Qué es lo que pensaba hacer con esto una vez en su poder? —preguntó dando unos golpecitos al sobre que mantenía en sus rodillas.

—Meterlo en mi caja fuerte —dijo Carlin—. Iba a mantener una conversación con Charlie French —añadió, dirigiendo los ojos hacia el sofá—. Pero no era él el que me preocupaba. Había dejado de colaborar. Se equivocó, ¿y quién no?, pero rectificó a tiempo. Altman tendría que sufrir una sanción de las grandes y quizás permanecer cierto tiempo aislado; pensaba decirle que debía mantenerse alejado del fútbol a partir de ahora o lo iba a pasar mal.

Se recostó en la silla, los escrutadores ojos tenían una mirada de desprecio al mirar la cara ajada de Townsend.

—Respecto a Georgie no había ningún problema. Tenía, y todavía tiene, una acusación por soborno que le podía proporcionar de tres a cinco años, además de la expulsión del foro. Con respecto al juego, yo tengo métodos para enterarme de las cosas y la próxima vez que Georgie apueste a favor o en contra del Spartans, de ahora en adelante, por poco que llegue a mis oídos, se le va a desplomar el firmamento.

—Pero ¿no pensó nunca utilizar la información de Fenner?

—Claro que no. Como ya le he contado, quería proteger mi inversión en el equipo y la Liga, no porque yo sea un santo, sino por motivos personales. No quiero que se sepa nada de esto ni ahora ni luego —se inclinó hacia adelante de nuevo, su voz era baja pero intensa—. Lo cual nos devuelve a mi primera pregunta: ¿qué diablos va a hacer usted con ese sobre?

Murdock no contestó directamente, sino que se dirigió a Townsend.

—Tú eres abogado, George. ¿Qué crees que puede pasar si el fiscal del distrito pone sus manos sobre esto?

Townsend se encogió de hombros un poco sobresaltado.

—Si contiene lo que yo creo, no podría elegir. Tendría que proseguir las investigaciones.

—¿Se querellaría?

—Probablemente.

—Eso es lo que yo pensaba. Y ese es el motivo por el cual quería saber qué utilización se le iba a dar a este material... ¿Qué es lo que voy a hacer con él? —preguntó mirando a Carlin y luego a Fenner—. Creo que debo devolvérselo a Jack. Desde mi punto de vista, le pertenece.

Al hablar lanzó el sobre en dirección al detective privado, que

estaba situado a unos tres metros de él. Fenner apenas tuvo tiempo de cazarlo con ambas manos para que no le golpease en el pecho. Su asombro era sincero al colocar el sobre entre sus rodillas, pero no levantó los ojos hasta que hubo pasado un dedo bajo la solapa y hecho una rápida inspección del contenido. Cuando levantó los ojos había alivio en su mirada y en su rostro delgado se dibujó una de sus infrecuentes y más espontáneas sonrisas.

Carlin se había puesto en pie, pero no dijo nada cuando Fenner se aproximó para dejar el sobre en la mesa. Murdock esperó hasta que Carlin lo hubo cogido.

—¿Qué va a pasar con sus acciones en el equipo?

—He estado meditando eso también —contestó Carlin—. Lo único que puedo decirle con seguridad es que mañana temprano George Townsend va a hacer público que se retira de todos los asuntos del Spartans —golpeó el sobre con mirada ausente, sus ojos oscuros se mantenían pensativos—. Hablaré con los otros propietarios. Lo único que necesitan saber es que yo soy el dueño de las acciones. Creo que me aceptarán y si el delegado también lo hace, el público no pondrá reparos. En caso contrario, pensaremos otra fórmula mientras los otros se hacen cargo de mi parte. Como el equipo va camino de obtener beneficios, la cosa no va a ser muy difícil.

French y Hargrave esperaban a que Murdock se volviese. El más alto extendió su mano primero.

—Gracias, Kent —dijo, con la voz un poco seria—. Sabía muy bien que no me equivocaba al otorgarte mi confianza la otra tarde.

Hargrave empujó a su amigo a un lado, su hermoso rostro lleno de alegría y los azules ojos brillantes.

—Yo también lo agradezco —dijo con su habitual y espontánea manera—. No solamente por Charlie, sino también por mi hermana y el equipo.

Murdock se sintió azarado, no le quedaba mucho que decir. Había también otras cosas en su mente que no podía ignorar. Se volvió hacia George Townsend, el cual se había puesto también de pie y se pasaba un pañuelo por la cara rechoncha y sudorosa.

—No he terminado contigo del todo, George.

El abogado parpadeó ligeramente, con el asombro retratado en su cara.

—¡Oh...!, yo creí...

—No se trata de hablar aquí —dijo Murdock—. Pero me gustaría que te vinieras conmigo, es un pequeño trayecto. No tardaremos. Tú también, Jack —añadió, al ver que Fenner se aproximaba a él.

—Naturalmente —contestó Fenner—. ¿Por qué no?

Townsend parecía indeciso. Miró a Carlin y murmuró:

—Bien. Yo creí..., lo que yo quería...

—Deja de mascullar, George —interrumpió Carlin—. Este hombre te está haciendo un favor, lo menos que puedes hacer es ir con él, si es lo que te pide.

Townsend no continuó protestando, todos se aproximaron a la mesa rectangular para coger abrigos y sombreros. Al irse, camino de la salida, Carlin llamó a Murdock.

—No crea que no agradezco esto. No se olvide lo que le dije sobre unas vacaciones. Si no viene a comentármelo, iré yo a usted. Y no elija cualquier sitio, tiene que ser el mejor.

Murdock no contestó, pero dirigió una sonrisa a Carlin y un pequeño saludo al ceder el paso a Fenner, luego abrió la puerta para salir al antedespacho. Gary Hargrave iba primero, junto a Charlie French. Murdock les dijo a Fenner y Townsend que no tardaría y que le esperasen abajo. Cuando se cerró la puerta, miró los dos teléfonos sobre la mesa de la secretaria y luego a Maxie, que había contemplado la salida de todos sin comentarios.

—¿Alguno de esos dos es para el exterior, Maxie?

—Ese —contestó Maxie, señalando uno de ellos.

Murdock marcó un número, y cuando contestó uno de los detectives de la Estación de Policía, preguntó por el teniente Bacon.

—No está.

—¿Cuándo le esperan?

—¿Quién llama?

—Soy Kent Murdock, del Courier.

—¡Oh…!, bien. El teniente ha salido a comer.

—¿Va a volver?

—Eso dijo. No creo que tarde mucho, pero nunca se puede saber.

—Entonces tome nota de esta dirección, ¿quiere? —y se la dictó—. Dígale que debe acercarse lo más rápidamente que pueda. Que puede ser muy importante… ¿De acuerdo?

—Se lo diré.

Murdock colgó el teléfono. Se abrochó el abrigo y rectificó la posición de su sombrero. Después de dar las buenas noches a Maxie, salió cerrando la puerta.

20

Eran las siete y veinte minutos cuando Murdock llamaba con los nudillos a la puerta del apartamento de Fay Loomis y transcurrieron varios segundos antes de que la voz de la muchacha preguntase, a través de la madera, que quién era. Sonó el pestillo cuando Murdock se hubo identificado, pero al ver a Townsend y a Fenner detrás de él hubo un momento de indecisión y sus azules ojos se cubrieron de dudas, mientras las depiladas cejas se enarcaban.

—¡Oh! —dijo sin dejar paso—, yo creía…

—Te dije que volvería —le recordó Murdock—. ¿Podemos entrar?

—Bien…, sí. Creo que sí —contestó sin gran entusiasmo—. Pero no puedo ofreceros nada que beber.

—No lo necesitamos —replicó Fenner, y Murdock añadió que se marcharían rápidamente.

—Dejad los abrigos donde queráis —dijo la muchacha con un gesto vago de la mano, luego se volvió de espaldas para acercarse a la mesa de alas. Cogió un cigarrillo y fuego y retrocedió para sentarse en el sofá. Los vio cómo apilaban los abrigos en uno de los extremos de éste y colocaban los sombreros encima. Fenner dio la vuelta para sentarse en el otro lado del sofá y Murdock se apropió de una mecedora que crujió levemente al sentir su peso. Townsend, que tenía aspecto nervioso, seleccionó una silla forrada de chintz que hubiera sido más apropiada para un dormitorio y que parecía demasiado pequeña para él.

—Bien —dijo Fay, después del primer y embarazoso silencio—. ¿Qué sucede? —los miró a todos, uno a uno, tratando de disimular su propia incertidumbre—. Quiero decir, ¿se trata de alguna especie de comité?

—A mí no me preguntes —dijo Fenner—. Ha sido idea de Kent.

—Exacto —intervino Townsend—. Ha sido una invitación suya. La realidad es que insistió para que viniéramos.

—No lo entiendo —la muchacha expelió humo y su ligero ceño se hizo más profundo al dirigirse directamente a Murdock—. ¿No era la llave adecuada?

—Sí, perfecta.

—¿Qué hiciste con el sobre?

—Me lo dio a mí —dijo Fenner.

—Está bien. Tengo entendido que Clark te lo había robado…

—¿Te lo contó a ti?

—No, pero lo tenía en su poder. Así que ya lo has recuperado. ¿Qué es lo que pasa ahora?

—No pasa nada —dijo Murdock—. Es que tenemos que aclarar

algunas cosas. Fay, ¿abriste tú ese sobre?

—No lo tuve nunca en mis manos el tiempo suficiente para eso.

—¿Cómo te enteraste de que Bailey lo tenía?

—Me lo dijo.

—¿Cuándo?

—El viernes por la noche.

—Debió de ser muy tarde —dijo Fenner.

—Sí, era muy tarde. Se quedó hasta que cerraron el club.

Townsend tosió ligeramente para aclararse la garganta. Se colocó más erguido en su silla.

—¿Qué es exactamente lo que dijo? ¿Cómo sacó este asunto a relucir?

—Yo sabía que iba a atacar al Spartans —dijo Fay—. Debía de ser una especie de trauma que tenía porque de vez en cuando, al emborracharse, lo ponía sobre el tapete. Decía que le habían traicionado y que le habían birlado un trabajo y que algún día estarían en paz, pero de verdad. Estábamos tomando una copa tranquilos, después de cerrarse el club y empezó con la misma historia. Decía que iba a colocar un explosivo contra el Spartans y la Liga entera. Yo le pregunté cómo lo iba a hacer y él contestó que al fin había conseguido lo que necesitaba para ello. Que ahora ya tenía los datos, que estaban incluso escritos.

—¿Le preguntaste dónde los había conseguido? —inquirió Fenner.

—Sí, pero me dijo que no me importaba. Le pregunté que cuánto tiempo hacía que tenía esa prueba, o lo que fuese, y entonces me dijo que desde hacía un par de horas. Entonces fue cuando sacó la llave de su bolsillo y me la enseñó. Añadió que todo estaba guardado y bien guardado en una taquilla de la Estación Sur. Que valía un montón de dinero si se lo enseñaba a algunas personas en particular, pero que no era eso lo que él quería. El había estado investigando porque le parecía que había algo torcido en el equipo y que tenía razón. Que iba a dejar que estallase la bomba tan pronto como se le ocurriese la mejor manera de usarlo. Le pregunté otra vez qué era lo que había conseguido, pero todo lo que me dijo es que se trataba de informes, cintas y fotos.

—Eso fue el viernes —dijo Murdock—. El sábado, Fenner te comunicó noticias de la mujer y el hijo de Bailey que viven en Ohio. Entonces te enteraste de que no tenía ninguna intención de divorciarse de su mujer y que había estado tomándote el pelo desde el primer día.

—Sí... ¡El muy miserable bastardo! —dijo con acento ronco y vengativo—. Yo me lo creí porque le quería. Nunca dudé de él hasta hace un par de meses. Me creía lista —añadió en tono igualmente amargo—. He vivido bastante; estaba segura de que conocía todas las

respuestas, pero lo que yo representé realmente para él fue una especie de diversión.

—Tengo entendido que te pegaba —dijo Murdock.

—Sí, a veces —le miró directamente. Parecía que la pregunta le había sorprendido—. ¿Qué hay de raro en ello?

—¿Cuándo te pegó por última vez?

—¿Qué tiene que ver eso ahora?

—Esta tarde he tenido ocasión de ver tu cuerpo bastante bien, Fay —contestó Murdock—. Los cardenales se notaban todavía en el costado, el brazo y el hombro. El domingo por la noche y el lunes por la mañana llevabas demasiado maquillaje en los ojos. Me imaginé que había sucedido hacía poco.

—El sábado por la noche —dijo la muchacha—, Jack... —añadió, mirando a Fenner— me lo contó alrededor de las doce de la mañana del sábado, pero no pude encontrar a Clark hasta que llegó al club a la hora de cerrar. No quería empezar una escena, de forma que esperé hasta que casi todo el mundo se hubo marchado —hizo una pausa, con la mirada ausente y la boca en un rictus amargo—. Se rió de mí. Hubiera querido matarle. Cogí un cenicero y me fui hacia él y entonces fue cuando empezó a pegarme.

—¿Cómo entró en escena Gene Drake? —preguntó Murdock.

—No se había ido todavía. Oyó el ruido y vino corriendo, y Clark se ocupó también de él.

Se puso de pie bruscamente, como si el recuerdo de la escena fuese demasiado duro de soportar. Se acercó a la mesa y aplastó el cigarrillo violentamente en un cenicero de metal que ya tenía bastantes colillas, algunas largas y otras cortas. Volvió al sofá y se sentó nuevamente con la cara larga y reflejos duros en la mirada.

Murdock encendió uno de sus cigarrillos, comprendía cómo se debía sentir y no deseaba acosarla, pero no había otro camino.

—¿Cuándo empezaste a odiarle?

—En aquel mismo instante —la respuesta fue rápida y directa.

—¿Es por eso por lo que cogiste la llave el domingo por la noche?

Le miró y repentinamente hubo un cambio en su rostro. Los ojos azules se abrieron y parecieron nublarse y los músculos en torno a su boca y mandíbula se relajaron súbitamente.

—Tuvo que ser así —dijo Murdock en voz baja—. Bailey no te dio la llave con toda seguridad, pero eras tú la que la tenías —como ella no contestara, continuó—. Fuiste al coche de Gene Drake a coger cigarrillos, pero debiste estar allí bastante tiempo. Viste cómo Charlie French salía y dejaba a Bailey en mi sedán. También tuviste que ver a Wade Altman echar una ojeada y regresar a su coche. El admitió haberlo hecho, lo mismo que Nancy Hargrave. ¿A quién más viste? ¿A Townsend?

Su mirada se dirigió al abogado y luego se retiró. Movió la cabeza en sentido negativo.

—¿La viste tú a ella? —dijo Murdock mirando a Townsend.

—No.

—¿Y a Nancy volver a la fiesta? —preguntó Murdock a la muchacha.

—Sí.

—Pero ¿tú sabías que Altman estaba todavía allí, en su vehículo?

—Sí, pero yo no me acerqué a tu coche de esa manera. Salí del de Gene y di la vuelta por el otro lado. Quiero decir, por el lado de la acera. No pensé que me pudiera ver nadie.

—¿Pusiste la gabardina sobre su cara?

Esta vez se produjo un silencio antes de que la muchacha contestase. Bajó los ojos, se notaba desgana en sus hombros. Inhaló un poco de aire como para recuperar alguna fuerza oculta que la permitiera volver a levantar la barbilla.

—Sí. No podía soportar el mirarle. No quería más que una cosa: hacerle daño. No me preocupaba la forma en que podía hacerlo. Le oía respirar y no podía soportarlo tampoco —tragó saliva y continuó con la voz más baja—. No me importaba nada el equipo. Eso no me interesaba de ninguna de las maneras, pero sabía lo importante que era esa prueba para Clark y que él tenía la llave de esa taquilla. De forma que busqué en los bolsillos hasta que la encontré. No pensé que se iba a asfixiar —dijo, y luego dudó—. Quizás sí. A lo mejor deseaba que sucediera eso —enderezó los hombros e irguió el pecho—. ¿Es por eso por lo que has venido? ¿Quieres que te acompañe a la Policía ahora mismo?

Murdock percibía el esfuerzo que había hecho para afrontar las implícitas acusaciones de forma tan desafiante y recordó otra vez el valor y la serenidad que había mostrado tener, poco tiempo antes, en aquel mismo lugar. Como le conmovió su deseo de aceptar la culpa y pagar por ello, no pudo afrontar su mirada, se volvió hacia Townsend.

—Vamos a ver si podemos fijar la hora, George. ¿Quién vio a Charlie French poner a Bailey en mi coche, tú o Beverly?

—Beverly. Se fue a la cafetería a llamar por teléfono y al mirar atrás vio a French que llevaba a alguien a cuestas. Se quedó hasta verlo todo y al regresar me lo contó. Ninguno de nosotros sabíamos que Bailey estaba herido; pensamos que habría perdido el conocimiento. Beverly dijo que iba a aprovechar la ocasión para registrar su apartamento si yo le cogía las llaves —suspiró y movió la cabeza con resignación—. Y lo hice.

Murdock le creyó, pero había otros dos puntos que quería aclarar mientras se acordaba de ellos.

—Tengo entendido que también registraste este piso ayer por la

tarde. Fay me dijo que Beverly le había pedido que fuese al club, pero que tú no llegaste allí hasta más tarde.

—Sí —contestó Townsend, sin mirarle directamente—. Nos pareció una buena idea en aquel momento.

—¿Y respecto al piso de Bailey?

—¿Qué pasa con eso? De sobra sabes tú que Beverly fue allí el domingo por la noche.

—Quiero decir antes de ese momento. Quizás después del partido.

Townsend movió la cabeza. Dijo que no sabía qué era lo que quería decir Murdock, entonces éste miró a Fenner.

—Creo que nos quedas tú, Jack. Me dijiste el sábado por la mañana que ibas a empezar a buscar el sobre.

—Bailey estaba en mi lista —dijo Fenner—. Sabía que después del partido se había ido al periódico para escribir su historia, de forma que me pasé por allí para echar una ojeada —se encogió de hombros —. Pensé que lo había hecho muy bien.

—Lo hiciste —replicó Murdock—, pero Bailey notó algo.

Evocó el momento abriendo algunas puertas mentales y finalmente se encontró con fuerzas para responder a la pregunta de la muchacha.

—¿A la Policía, Fay? No creo que estemos preparados para ello todavía. Deberíamos hablar de Wade Altman primero. A menos que hicieses una confesión sobre el asunto Bailey, y no veo el motivo por el cual deberías hacerla, dudo que haya evidencia suficiente para que la Audiencia te pudiera condenar.

—Estoy de acuerdo —asintió Townsend.

—Pero el asunto Altman es diferente —continuó Murdock—. Altman pasó mucho tiempo dentro de su coche el domingo por la noche y vio demasiado. En vez de declararlo, creyó haber encontrado un filón. Consiguió dinero de George y creo que intentó sacarte a ti algo. Ese fue el motivo de que viniese ayer por la tarde cuando yo me marchaba, ¿verdad?

Dudó un instante al ver el cambio de su rostro y la mirada de asustado asombro al intentar la resolución de este nuevo problema.

—Me extrañó bastante aquello —continuó Murdock—. Altman mariposeaba un poco con las chicas, pero nunca le había visto contigo. No esperaba encontrarme aquí, de forma que tuvo que inventar algo y dijo aquello de tomar una copa y cenar, con la pretensión de animarte. ¿Fue ese el motivo de invitarte a salir, verdad?

La muchacha asintió con un movimiento casi imperceptible de su cabeza, y luego, como si le hubieran arrebatado la capacidad de discutir, suspiró y emitió un breve:

—Sí.

—¿Cuánto te pidió?

—Me preguntó cuánto tenía. Yo había ahorrado un poco, le dije que debían ser unos mil doscientos dólares y que se los daría, pero a él no le pareció suficiente. Entonces le hablé de la llave. Que no sabía lo que había dentro del sobre, pero que se lo podía dar. También que no podía sacar el dinero hasta que estuviese el banco abierto, pero él dijo que se quedaría con la llave —tragó saliva y los nervios la hicieron hablar más de prisa—. No sabía qué hacer. No me decidía a darle la llave en aquel momento, de forma que le conté un cuento. Le dije que no la tenía aquí, pero que la podía conseguir. Nos citamos...

—¿Aquí? —interrumpió Murdock.

—No. El no quería que le viesen venir otra vez. Me recogería con su coche en la esquina de Washington y Gray.

—¿Y fuiste a la cita con una pistola?

—Sí.

—Le hiciste llevarte hasta la calle Barry, donde sabías que a esas horas habría quietud porque estaba desierta.

—Sí.

—Le dijiste que parase el coche y cuando él se dio cuenta de lo que iba a pasar agarró la pistola. Tuvisteis una lucha y se disparó dos veces.

—Exacto.

—Luego saliste del coche y echaste a correr camino del Club Beverly.

—Sí.

Murdock inhaló y expelió lentamente el aire. Volvió los ojos hacia Jack Fenner. El detective movió la cabeza ligeramente, sus ojos de ágata tenían una expresión adormilada y enigmática. George Townsend se había inclinado hacia adelante en la silla y miraba a la muchacha. Murdock se dirigió a ella nuevamente.

—No me lo creo, Fay.

—¿Cómo?

—Lo has dicho muy bien, pero no es la verdad.

Parpadeó un poco y trató de discutir.

—¿Por qué no es la verdad?

—Por una razón. El teniente Bacon piensa que a Altman le mataron entre las ocho y las ocho y quince. A las ocho y treinta, Fenner y yo estábamos hablando contigo en el club. Ibas a entregar un par de fotografías a un cliente. Dijiste que el negocio iba bien y que esas fotos eran las segundas. Hubiera sido imposible tomar esas fotografías, revelarlas, imprimirlas y tenerlas preparadas en unos veinte o veinticinco minutos, además no es esa tu forma de trabajar. Si Bacon tiene razón, y casi siempre la tiene, es imposible que tú matases a Wade Altman.

Se puso en pie y echó su cigarrillo en el mismo cenicero que la

muchacha utilizara anteriormente. Ya había notado las otras colillas, pero quería hacer una inspección más detallada. Con la punta del dedo separó las que tenían filtro de las que no lo tenían y estas últimas eran, como bien las recordaba, muy cortas y manchadas. Tomándolas con cuidado apretó los extremos entre el pulgar y el índice. Cuando se dio cuenta de que una estaba ligeramente húmeda la cogió. Luego, abriendo la boca, gritó dirigiendo su voz hacia el pasillo y el dormitorio.

—¡Gene! —dudó un momento, mientras miraba a la muchacha, luego lo intentó otra vez—. ¡Sal de ahí, Gene! Sé sociable.

El silencio que siguió a esto no fue muy largo. Oyó un movimiento, unos pasos en la delgada alfombra. Luego, la alta y flaca figura de Gene Drake apareció en el vestíbulo. Se quedó quieto un segundo mientras su mirada medía la habitación; luego, inclinando un poco la cabeza, entró en el salón.

21

Nadie pronunció una palabra mientras Gene Drake sacaba sus cigarrillos, seleccionaba uno y volvía a guardar el paquete. Al ver que estaba ligeramente torcido lo enderezó entre sus largos dedos, antes de colocárselo en los labios.

—Coge una silla, Gene —dijo Fenner—, únete a nosotros.

Drake encendió el cigarrillo, echó una mirada a su alrededor y luego se fue hacia la silla de rígido respaldo colocada ante el escritorio. La puso de forma que pudiera estar frente a los otros y plegó su delgada estructura sobre ella. Se pasó una mano por la nuca, donde el pelo era más largo, y dirigió sus tristes ojos castaños a Murdock.

—¿Cómo te diste cuenta de que me encontraba aquí?

—Fue un palo de ciego —dijo Murdock indicando las colillas del cenicero—. Las que tú dejas son especiales. Ya sabía que vendrías después de marcharme yo. Al ver que una de esas colillas estaba un poco húmeda, pensé que quizás estabas aquí todavía.

—¿Cuándo llegaste. Gene? —preguntó Fenner.

—Unos quince minutos antes que vosotros.

—Le llamé yo —dijo Fay Loomis—. Estaba todavía asustada. Quiero decir que no sabía si había hecho lo que debía respecto a la llave. Tenía que hablar con alguien.

Murdock miraba a Drake sin apartar sus ojos.

—¿Has oído lo que estábamos diciendo aquí?

—La mayor parte.

—Fay nos contó una bonita historia —dijo Murdock—;. Lo intentó de verdad. Pero tú no la ibas a dejar que se echase la culpa para protegerte, ¿verdad?

—Ya deberías conocerme—contestó Drake—. Solamente quería ganar algo más de tiempo.

—Estuve hablando con el trío esta tarde en el club. Me dijeron que se te hizo un poco tarde anoche. Que no llegaste allí hasta cerca de las nueve menos diez. George —dijo, mirando a Townsend— y Beverly estaban en su mesa desde las siete y media. Fay no podría haber matado a Altman...

—Pero sí podía haber matado a Clark Bailey —interrumpió la muchacha—. Creo que a lo mejor lo hice. Yo fui la que le puse la gabardina sobre la cara, la dejé allí y...

—Eso no fue suficiente, Fay —interrumpió Murdock a su vez, y continuó explicando las cosas que le había contado el teniente Bacon sobre la llamativa marca en la frente de Bailey—. Esa señal se la produjo un botón de mi gabardina. Alguien tuvo que presionar para

hacerla. Alguien que se apoyó con fuerza y mantuvo esa presión unos…, digamos un par de minutos.

—¿Por qué piensas que fui yo? —preguntó Drake.

—Lo único que sé es que tú estabas allí —contestó Murdock. Señaló nuevamente el cenicero y cogió una de las colillas que tenía una longitud de dos centímetros aproximadamente—. Dejaste tu marca registrada.

El rostro largo y amarillento de Drake dibujó un gesto de disgusto. Murdock continuó con su historia.

—Cuando volví a la fiesta acompañado del teniente Bacon, este quería saber dónde había estado aparcado mi coche. Se lo indiqué y él encendió una linterna para inspeccionar aquel área, pero no había mucho que ver. Un paquete de cigarrillos arrugado, un trozo de celofán, un par de cerillas quemadas y esas tres colillas, una de ellas podía haber sido hermana de ésta. Daba la impresión que la había aplastado un coche o que alguien la había pisado, pero la longitud era la misma. Pensé entonces que era tuya, pero no me aclaró nada, yo todavía pensaba que Bailey había muerto a consecuencia del golpe de la cabeza.

—¿Y eso prueba que yo maté a Bailey?

—No prueba nada —contestó Murdock—, excepto que yo sé que habías estado allí. Sé, y George está de acuerdo, que no hay suficiente evidencia para que el Gran Jurado condene a Fay. Eso puede aplicarse a ti también. A menos que la Policía sepa algo que yo ignoro, dudo que el fiscal del distrito se vaya a molestar demasiado por ese crimen; pero el de Altman es algo distinto.

Fay Loomis se levantó para aproximarse a uno de los extremos de la mesa. Su rostro estaba pálido, pero decidido, y se comportó con gran educación al pasar delante de George Townsend, diciendo:

—Perdone —abrió el cajón último y sacó la pequeña automática que había colocado allí hacía menos de dos horas. Antes de que nadie pudiera comprender qué intentaba hacer dio otro paso y entregó la pistola a Drake.

—Está cargada —dijo.

Durante unos segundos Gene Drake pareció tan sorprendido como el mismo Murdock. Observó cómo la muchacha se aproximaba otra vez a la mesa, tomaba un cigarrillo y lo encendía. La miró mientras ella volvía al sofá, se sentaba y se cruzaba de brazos, luego contempló la pistola, que parecía diminuta en sus largas manos. Después izó el arma, apuntando frente a él sin amenazar a nadie en particular.

Jack Fenner fue el primero en hablar. Emitió un sonido burlón, que era parte gruñido.

—¿Para qué diablos quieres eso?

—Te lo diré yo —contestó la muchacha desafiante—. Sé que si yo

tuviera un poco de sentido común, Gene y yo podíamos haber llegado a construir algo sólido; pero no, yo me tuve que encaprichar de ese periodista deportivo con su charla atractiva y sus promesas falsas. No fue esa la primera vez que había oído cosas bonitas, ya me habían hecho promesas anteriormente y todo lo que hice fue con los ojos bien abiertos, sabiendo el resultado. ¡Nadie se iba a reír de la buena Fay diciéndole tonterías! ¡Oh, no…! —añadió amargamente—, no a mí… —tomó aliento para continuar—. Quiero decir que Gene siempre estuvo a mi lado para animarme y tener un gesto amable cuando lo necesitaba. Sé cómo se sentía. Sabía que podía contar con él y todo lo que consiguió de mí fueron las sobras, desde el principio al fin.

—Eso no es verdad, Fay —protestó Drake.

—Por lo tanto, lo menos que puedo hacer —continuó ella, como si no le hubiese oído— es darle la oportunidad de marcharse si quiere. Si es su deseo, que lo haga, se lo debo.

—Para eso no necesita esa pistola —dijo Murdock—. Nadie va a intentar detenerle.

—¿No habrás creído que alguno de nosotros lleva una insignia de Policía, verdad? —preguntó Fenner.

—Lo que le pasó a Wade Altman es tanto por mi culpa como por la suya —dijo la muchacha, continuando en su línea de pensamiento —. Después de que viniera aquí a decirme sus pretensiones y se marchara, yo llamé a Gene. El me dijo que iría en mi lugar para encontrarse con Wade y ver si lo podía arreglar. Si hubiera ido yo, no hubiera pasado nada.

—No estoy tan seguro —dijo Murdock.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que Gene estaba en peligro y lo sabía. Altman sospechaba que tú o él habíais matado a Bailey y Gene sabía que había un solo camino para asegurarse de que Altman no hablase — dirigió los ojos a Townsend y preguntó—. ¿Qué es lo que te dijo Altman? ¿Qué era lo que sabía?

El abogado estaba contemplando la pistola, su frente brillaba bajo la luz de la lámpara.

—Que yo no lo había hecho. No me dijo quién había sido, pero no es difícil imaginar lo que sucedió. Después de que esa muchacha Hargrave le dejara en su coche, Altman se quedó durante un rato. Vio a Fay y a Gene. Debió de sentir curiosidad por lo que estaba sucediendo en la parte posterior de tu coche y, cuando se acercó a echar una ojeada, se encontró con que Bailey estaba muerto —dudó un poco antes de continuar—. Tuvo que suceder así. Estaba cerrando la puerta del coche cuando me vio salir y dirigirme hacia allí. Tuvo tiempo de esconderse tras uno de los costados. Yo no le vi, ni a él ni a nadie: pero él sí me vio a mí.

—Si tú no le mataste —dijo Murdock—, ¿para qué le diste los cinco mil dólares?

—Para tenerle de mi lado. El podía testificar que Bailey estaba ya muerto cuando yo me acerqué al coche. Esos cinco mil eran para asegurarme de que iba a decir eso en el caso de que yo tuviera que enfrentarme a un proceso. No podía negarme a pagarle.

—Estuviste mucho tiempo en aquella oscuridad con tu cigarrillo la noche del domingo —dijo Murdock dirigiéndose a Drake—. ¿Mató Fay a Bailey o lo hiciste tú?

—Lo hice yo.

—Pero yo lo hubiera querido hacer —dijo la muchacha—. Fui yo la que le puse la gabardina en la cara.

—Tú no tuviste nada que ver con ello —contestó Drake—. Creo que había estado esperando la oportunidad de matarle durante mucho tiempo, pero no tenía el valor necesario. No era porque me había hecho romper con Fay —añadió—. Yo eso lo acepté. Me convencí de que ella creía que él era mejor que yo. Me dijo que se iban a casar y como no podía ser para mí aquello me pareció bien. Últimamente me enteré de que la cosa no marchaba. Algo me dio la idea de que la pegaba de vez en cuando, pero ella no quería admitirlo. Entonces, el sábado, cuando realmente me di cuenta de cómo se había portado con ella y el daño que le había hecho, todo se puso peor. Comenzó a pegarla y yo traté de defenderla, pero no pude. Yo sería incapaz de luchar para salir de una bolsa de papel mojado —comentó con enfado —. Casi me rompe la mandíbula.

—Esa fue la razón del cuento que me narraste sobre una muela infectada —dijo Murdock.

—No sabía qué era lo que estaba pasando el domingo por la noche, pero finalmente decidí salir para enterarme de algo —añadió Drake, como si no hubiera habido ninguna interrupción—. La gabardina estaba sobre su rostro y yo la levanté, no sabía lo que había sucedido. Puedo asegurar que todavía estaba vivo y, cuando me encontraba mirándole, abrió los ojos. No creo que se diera cuenta de quién era yo, pero algo sucedió dentro de mí y todo el odio que se me había estado acumulando explotó repentinamente. Fue algo que me resulta difícil de explicar. Nunca me había sentido así en la vida, dudo que ni siquiera me diese cuenta de lo que estaba haciendo. Me limité a poner otra vez la gabardina sobre su cara y me apoyé —se encogió de hombros y continuó—. Recuerdo haber leído en el periódico que cuando alguien mata a una persona suele decir que fue como perder el sentido. Nunca me lo creí, pero ahora sí me lo creo. Lo que recuerdo a continuación es que me encontraba de vuelta en el motel, tratando de recuperar el aliento y encendiendo otro cigarrillo.

Se paró bruscamente como si se le hubiesen acabado las palabras

y todas sus emociones se hubieran ido por un desagüe. Se humedeció los labios e inhaló. La mano se afianzó sobre la pistola y Murdock, que no sabía lo que podía estar pasando por su mente y preocupado por lo que pudiera venir a continuación, rompió el silencio. Se preguntaba dónde podía estar el teniente Bacon y cuánto tardaría en llegar. Deseaba ganar tiempo, mantener a Drake entretenido y le preguntó lo primero que se le ocurrió.

—¿Por qué vino Altman a ver a Fay en vez de ir a verte a ti?

—No estaba seguro de quién había matado a Bailey, pero sabía que tenía que haber sido uno de nosotros. Vino primero a verla a ella porque se imaginaba que sería más fácil de manejar —masculló algo en voz baja, algo amargo—, me reservaba para el segundo acto.

—¿Habías pensado ya matarlo cuando te reuniste con él en la esquina de Washington y Gray?

—No lo sé. No lo sabía entonces. No lo sé tampoco ahora.

—Pero te llevaste la pistola.

—Quería asustarle.

—Le hiciste conducir hasta la calle Barry, que estaba tranquila.

—Me dijo lo que había visto el domingo por la noche y yo le contesté que ni Fay ni yo teníamos dinero para un chantaje. Entonces él dijo que se quedaría con la llave de la taquilla. No estaba seguro de lo que había en su interior, pero con todo el jaleo que se había armado, pensaba que podía valer un dinero. Yo no podía confiar en él. Se lo dije. El mismo era algo sospechoso y yo sabía que si la Policía le acorralaba él tendría que decir la verdad. Yo quería apretar el gatillo, pero no podía. Le dije que si iba a la Policía o contaba a alguien lo que sabía le mataría, porque ya no me quedaba nada que perder.

—¿Y él trató de arrebatarte la pistola? —preguntó Murdock.

—Sí. Se disparó y yo no pensé que estaba herido, porque seguía intentando retorcer mi muñeca; luego se disparó otra vez y se quedó quieto. Empezó a inclinarse hacia adelante y yo le sujeté antes de que su cabeza se apoyase en el claxon. No pensé realmente qué era lo que estaba haciendo, simplemente lo hice. Salí del coche y le dejé agachado, de forma que no le viese nadie. Temía que alguien hubiera oído los disparos, de forma que me marché de allí rápidamente.

Levantó su desgarbado cuerpo de la silla y se irguió. Sujetó nuevamente la pequeña automática. Su largo rostro estaba pálido y tenía los labios apretados.

—Creo que me voy a dar un paseo —dijo—. No quiero que nadie resulte herido, así que no se pongan en mi camino, por favor —miró a la muchacha—. ¿Me quieres traer el abrigo y el sombrero que dejé en el dormitorio?

22

Durante un momento de silencio Fay Loomis pareció tan asombrada como los demás presentes, y cuando reaccionó fue con algo definido e inesperado al mismo tiempo. Se puso de pie y tiró su cigarrillo. Luego enderezó la espalda y suspiró. Se aproximó a Drake para poner la mano en el brazo de él, su rostro estaba pálido, pero se la veía decidida.

—Está bien. Me voy contigo.

Durante casi un segundo, Murdock no creyó que ella fuese a hacerlo, pero rápidamente se convenció de que era sincera.

Al tratar de comprender su actitud se acordó de algunas observaciones que Fenner hiciera la noche anterior:

—Para una chica que ha vivido tanto como ella no es demasiado inteligente.

Pero hay que reconocer una cosa, si está contigo es más fiel que algunas que parecen muy señoras.

Ahora, cuando la chica parecía dar la razón a Fenner con sus palabras, Drake se echó para atrás, su mirada era a la vez sorprendida y asustada.

—¡Oh..., no!

—Pero Gene, cariño —dijo ella, como si fuese la cosa más natural del mundo—. Es tanto mi culpa como la tuya. Si no hubiera sido por mí no te encontrarías ahora en aprietos.

—No.

—Podemos conseguirlo —había súplica en su voz—. Estaríamos juntos un poco de tiempo por lo menos.

Drake negó con la cabeza y su rostro pareció relajarse, una nueva dulzura apareció en sus ojos. Luego, el sentido común vino a destruir el momento y la sonrisa se hizo mueca. Su voz sonó sin tono y desesperanzada.

—Es demasiado tarde para eso, nena Demasiado tarde, créeme. Lo único que tú hiciste de malo fue enamorarte de Bailey y supongo que no lo pudiste evitar —miró a Murdock—. Ella no tiene culpa de nada, solamente de haber cogido una asquerosa llave del bolsillo de Bailey y la Policía ni siquiera lo sabe.

—Tiene razón, Fay —dijo Murdock—. No tienes nada que temer. No te enredes. Le puedes ayudar mucho más si consigues que deje esa pistola y hable con Townsend.

Drake contempló a Murdock y luego volvió sus ojos hacia Townsend, su expresión era de asombro.

—¿Para qué tengo que hablar con él?

—Solía ser un buen abogado criminalista cuando se dedicaba a

eso —dijo Murdock.

—¿De dónde iba yo a sacar el dinero para pagarle la minuta?

—Creo que podríamos hacer algo... ¿Qué te parece, George?

El abogado pareció un poco lento en reaccionar.

—No entiendo muy bien lo que quieres decir.

—Si defiendes a Gene y lo haces bien —dijo Murdock—, no hay razón para sacar a relucir ninguna llave o hacer investigaciones sobre el Spartans. Creo que te vendría bien que las cosas siguieran como están.

—¡Oh! —exclamó Townsend, asintiendo rápidamente al comprender el mensaje—. Ya veo lo que quieres decir. Sí, naturalmente —añadió con una esperanza renovada—. No hay razón para sacar eso a relucir, si Fay y Gene cooperan.

—No sé —dijo Drake, gesticulando con la pequeña automática, empezaba a vérsele menos seguro—. Pero si puedo ganar algo de tiempo, es mejor que lo aproveche.

—No llegarías muy lejos —dijo Fenner—. Eres demasiado alto y delgado y tu pecho es estrecho. Cualquier policía te cogería antes de veinticuatro horas.

—Dame un dólar, Gene —dijo Townsend levantándose y extendiendo la mano—. Si no tienes un dólar, dame cinco o lo que tengas.

Drake le miró con sospecha.

—¿Para qué?

—Como depósito. Si lo acepto, significa que acabas de contratar un abogado y...

El golpe de la puerta, que interrumpió al abogado, había sido propinado con un puño pesado y sonó fuerte, exigente y autoritario. El efecto dejó a todos inmóviles durante un largo segundo o dos, Murdock y Fenner en sus sillas, Townsend con la mano todavía extendida y Fay Loomis junto a Drake. Sus azules ojos tenían una mirada desencajada y asustada al mirar a la puerta y luego a Murdock y de nuevo a la puerta varias veces. Cuando éste empezó a levantarse, ella se movió. Dio dos pasos camino de la entrada y se detuvo. Al final pareció recuperar la voz.

—Sí, ¿quién es?

—Oficiales de Policía —dijeron—. Abra.

Murdock reconoció la voz, mientras la chica avanzaba hacia la puerta.

—Es el teniente Bacon —dijo Murdock—. Es mejor que dejes esa pistola, Gene. Probablemente viene el sargento Keogh con él.

Drake no lo dudó. Pareció darse cuenta de que el tiempo se le acababa y actuó rápidamente. Con una larga zancada llegó a la mesa, abrió el cajón del fondo y metió la pistola dentro. Al cerrar el cajón se

metió la mano en el bolsillo y sacó un billete de cinco dólares.

—Toma —dijo, y lo lanzó hacia Townsend.

—Todos ustedes —anunció el abogado— son testigos de que el señor Drake acaba de contratarme.

Al abrirse la puerta el teniente Bacon, con el sargento Keogh pegado a sus talones, entró en la habitación pisando con seguridad. Si le sorprendió encontrar a tanta gente allí no lo demostró. Los agudos ojos grises fueron de un rostro a otro al detenerse con las manos a la espalda.

—¿Te dieron mi recado? —preguntó Murdock.

—Me lo dieron —contestó Bacon—, pero ya me dirigía hacia aquí de todas formas. ¿Tiene su abrigo y sombrero, señor Drake? Si es así, tómelos.

—¿Dónde le lleva? —preguntó Townsend.

—¿Dónde cree?

—¿Se trata de un arresto?

—Sí.

—¿Tiene usted una orden?

—La tengo —dijo Bacon, y sacó de un bolsillo interior una hoja de papel doblada—. ¿Quiere leerla?

—¿De qué se le acusa?

—De asesinato.

Un silencio momentáneo recibió la nueva y nadie se sintió más sorprendido que el mismo Murdock. Había llamado a la oficina del teniente primero, de forma que no le pudieran acusar de retener información y ahora su sorpresa cambió para convertirse en un sentimiento de desolación que le aplanó. Sentía como un peso silencioso en el pecho y en la mente, el sabor de su derrota se le acumuló en la garganta.

Porque resultaba obvio que Bacon tenía lo necesario para efectuar un arresto y que todos los desagradables detalles de sobornos y arreglo de partidos podían salir a la luz a pesar de los esfuerzos. Era demasiado desolador. Tuvo que hacer un esfuerzo mental para contestar y lo hizo lo mejor que pudo.

—El detective con el que hablé me dijo que habías salido a comer.

—Eso era solamente una parte de la verdad —dijo Bacon—. Habíamos salido también para registrar el apartamento del señor Drake.

—Lo dice usted como si se tratase de uno de esos casos que se abren y cierran rápidamente, uno de esos casos que a veces se oyen por ahí —intervino George Townsend.

—Es que casi se trata de uno de ellos. El Estado no necesita tener un motivo para el asesinato, pero es bueno que lo haya —dirigió una leve sonrisa a Murdock—. Vosotros, los de los periódicos,

probablemente lo escribiréis calificándolo como un crimen pasional o el eterno triángulo.

—Has debido de estar muy ocupado desde la última vez que te vi.

—Muy ocupado; y también otros cuarenta detectives.

—¿Podrías contarnos algo?

—¿Por qué no? —dijo Bacon—. Sé que tú intentaste ayudar, pero nosotros conseguimos saber lo del triángulo a base de mover las piernas y hacer mil preguntas. Obtuvimos muchas respuestas, algunas fueron positivas. Oímos esto y aquello, un rumor aquí y otro allá y al final nos encontramos con el señor Drake, la señorita Loomis y el señor Bailey —hizo una pausa para que lo meditasen y continuó—. Drake estaba enamorado de la señorita Loomis y Bailey se la quitó. Recientemente ella se enteró de que Bailey no tenía intención de casarse y que la había estado engañando para aprovecharse todo lo que pudiera. Se pelearon y Bailey la pegó. Cuando el señor Drake se metió por medio le pegó también.

—¿Es ese el motivo? —preguntó Murdock, mientras el aire se le escapaba casi silbando al sentir una sensación inmensa de alivio que disipaba sus miedos recientes.

—¿Qué hay de malo? —preguntó Bacon, entornando los ojos al sospechar algo más—. Coge un hombre y una mujer con suficientes celos y odio y ya tienes el mejor motivo del mundo. Lo prueba la historia. Esta vez la oportunidad llegó el domingo por la noche, cuando encontraron a Bailey inconsciente en la parte posterior de tu coche y una gabardina a mano…

—No podría probar eso en un millón de años.

—No lo intento, pero un tipo llamado Wade Altman sabía lo que había pasado y cometió el error de tratar de conseguir dinero. Usted le pagó cinco de los grandes, todavía no sé por qué, y cuando intentó sacar más del señor Drake le pagaron con dos disparos.

Se balanceó un poco sobre los talones y las punteras, mantenía las manos a la espalda.

—Pensé que había seis personas que podían haber matado a Bailey y a los cuales podía haber visto Altman y hubiera intentado chantajear. Pero sabemos que a Altman le dispararon entre las ocho y las ocho y cuarto de la tarde. Sabemos que Charlie French cenaba con Nancy Hargrave y estuvieron juntos desde las seis, poco más o menos, hasta después de las diez. El joven Hargrave cenó con dos compañeros del equipo. La señorita Loomis estaba ocupada haciendo fotos desde las ocho de la tarde y que usted, consejero, y su novia, la señorita Gordon, se encontraban en una mesa del Club Beverly desde las siete y media. De forma que cuando supimos que el señor Drake era el único que pudo matar a Altman le prestamos un poco de atención. Uno de mis hombres le siguió hasta aquí, está todavía fuera. Cuando Drake

salió de su apartamento, ya estábamos preparados para echar una ojeada y… ¿qué creen ustedes que encontramos? —Bacon abrió las manos, se metió la derecha en el bolsillo y sacó un revólver chato—. Es una treinta y dos. Dos tiros del treinta y dos fueron los que mataron a Altman. Aquí hay dos cartuchos vacíos. El Departamento de Balística no ha tenido todavía ocasión de comprobarlo, pero no tenemos grandes dudas —lanzó un pequeño suspiro de satisfacción e hizo su exposición a toda la audiencia—. ¿Dónde creen ustedes que un pianista puede esconder una pistola? En un piano, naturalmente. Uno de esos antiguos de forma vertical. Detrás del panel más bajo, al fondo de los pedales, o como se llamen… No debería haberla guardado allí, señor Drake, a menos que estuviese pensando usarla de nuevo.

—¡No digas nada, Gene! —gritó Townsend.

Bacon lanzó una mirada de disgusto al abogado.

—¿Usted qué tiene que ver con esto?

Townsend mantenía el billete de cinco dólares todavía en la mano y lo levantó.

—He sido contratado por el señor Drake para que le represente. Cualquier cosa que quiera decir tendrá que ser con mi permiso.

Bacon hizo un gesto de fastidio con los labios y mostró su disgusto con una pregunta:

—¿Cuándo fue eso?

—Habíamos estado hablando del tema cuando usted llegó —dijo Townsend—. El trato se hizo un segundo antes de que llamase a la puerta.

Fue a coger su sombrero y su abrigo y Murdock y Fenner le siguieron.

—Mis cosas están en el dormitorio —indicó Drake.

—El sargento irá a recogerlas —intervino Bacon e hizo un gesto a Keogh, antes de hablar con Fay Loomis—. Tengo que pedirle que venga también, señorita Loomis.

Esto no pareció sorprender a la muchacha, pero al comenzar a andar camino del pasillo interior se paró para mirar a Townsend, que se colocaba el abrigo en ese momento.

—Quizás sería mejor que le contratase a usted yo también, señor Townsend. Bueno, si tiene sitio para otro cliente.

El abogado consideró la petición y miró a Bacon.

—¿Qué intenta hacer con ella, teniente?

—Unas pocas preguntas —dijo Bacon—. Quizás tengamos que retenerla como testigo material. Depende.

—Para eso puedo conseguir una fianza —dijo Townsend—, pero me gustaría pedirle un favor.

—¿Cuál?

—Le seguiré a usted hasta la Estación de Policía con mi coche y

me gustaría que la señorita Loomis me acompañase. No he tenido la oportunidad de hablar con ella y eso nos ahorrará tiempo.

Bacon lo pensó un momento y asintió, a la vez que Keogh y Drake volvían del dormitorio. Mientras la muchacha se colocaba el abrigo y se paraba ante el espejo nuevamente para alisarse el pelo, Bacon se llevó a Murdock aparte. Todavía permanecía un reflejo de duda en su mirada gris, pero su voz y sus modales no dejaban de ser amistosos.

—Gracias por molestarte en llamarme —dijo—. No tengo idea de lo que estabais cocinando aquí, pero...

—No estábamos cocinando nada.

—Lo dudo. El hecho de que me dejaras aviso para que me pasara por aquí me hace pensar que no era sólo para que me diese un paseo. Tú debías tener alguna idea...

—Eso era —dijo Murdock, sonriendo un poco porque comprendía las sospechas del teniente—. Solamente una idea.

—Está bien. Pero si sabes algo de lo que yo debería enterarme, espero tu cooperación.

—Si me acuerdo de algo te lo diré —prometió Murdock—, pero, por el aspecto de la cosa, creo que lo sabes todo —su sonrisa se hizo más amplia—. Voy a volver al periódico un momento. Tendré cuidado de que tu nombre aparezca en la edición de la mañana.

—Sí, hazlo —se burló Bacon. Su tono era tajante, pero no parecía disgustado—. Lo recortaré para pegarlo en mi álbum de recuerdos.

Abajo, en la acera, Murdock se subió el cuello del abrigo para protegerse del aire frío que llegaba del mar y contempló cómo se alejaba el coche de la Policía, seguido por el de Townsend con Fay Loomis. Jack Fenner estaba a su lado, de pie y en silencio; luego se rectificó la posición del ala del sombrero y aportó un poco de filosofía.

—Nunca se puede decir. Algunos días uno tiene como un respiro. Como hoy, por ejemplo.

Murdock se daba cuenta del significado de las frases de Fenner, pero no hizo ningún comentario. El detective continuó:

—Ese Townsend es todavía un buen abogado. Cuando termine de hablar con Drake y la chica no volveremos a oír nada de sobornos, gracias a ti. ¿Qué vas a hacer ahora, irte al periódico a dar las noticias?

—Sí.

—¿Cuánto vas a tardar?

—No mucho, ¿por qué?

—Bien, tenemos que comer, ¿no? Después de lo que has hecho por mí estoy todavía en deuda. Podemos comparar notas mientras cenamos.

—¿Sobre qué?

—Mujeres. Quizás podamos encontrar un par de chicas simpáticas

y divertidas que cooperen. No me vendría mal un poco de relajación. Vamos.

Cogió del brazo a Murdock para ir camino del aparcamiento y Murdock no protestó. No estaba preparado para aceptar la propuesta del detective al completo, pero tenía que reconocer que merecía meditación; porque se le ocurrió que después de un día semejante un hombre necesitaba relajarse, preferiblemente con una compañía atractiva y divertida.

Créditos

Título original: *The Hidden Key*
George Harmon Coxe, 1963
Traducción: Ana Muñoz Ariza
Forum: 1983
SBN: 978-84-7574-032-4

Maquetado a partir de un Epub de ***Rutherford / Rbear / dino51bd*** en *ExVagos*
Convertido a Doc con AVS Converter
Retoques de conversión con Word
Convertido a HTML con Word
Convertido a QED con QualityEbook
Retoques de QED con Notepad++
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor